SOL Y LUNA

2

BUENOS AIRES
1939

S O L Y L U N A

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Registro Nacional de la Propiedad
Intelectual. Nº. 54730.

Se ruega dirigir la correspondencia a SOL y LUNA,
Pueyrredón 1777 - Buenos Aires.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

147-4-2.

SOL Y LUNA

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS ★ BIBLIOTECA ★ BUENOS AIRES

DIRECTORES

Ignacio B. Anzoátegui *Juan Carlos Goyeneche*

SECRETARIO DE REDACCION

José María de Estrada

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
BIBLIOTECA

DESPLEGADO

2

BUENOS AIRES

1939

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

S U M A R I O

Fides intrepida 7
La restauración aristotélico - tomista de la ciencia económica, por *Gino Arias* 9
El emperador vuelve del destierro, por *Ignacio B. Anzoátegui* 29
Absurdos del especialismo, por *César E. Pico* 32
Cinco sonetos, por *Mario Carbajal* 47
La Iglesia en la "Leyenda Negra" hispano - americana, por *Rómulo D. Carbia* 53
Poemas donde la tarde es un pájaro, por *Ricardo E. Molinari* 61
Notas sobre historia de Filosofía, Fenomenología y Filosofía, por *Juan R. Sepich* 65
Romance del Señor San Ignacio, por *Alberto Franco* . . 81
San Juan de la Cruz, por *Leopoldo Marechal* 83
Pastor Angelicus, por *Julio Meinvielle* 101

DESPLEGADO

FLOR DE LEER

Vida de San Alejo, traducción y nota de *Angel J. Battistessa* 123
Acerca de la leyenda, por *Hilaire Belloc*, traducción de *Cosme Beccar Varela* 141
Desesperaciones de amor que hizo un penado galán (anónimo Siglo XVI) 154

L I B R O S

Por *Máximo Etchecopar, Ignacio B. Anzoátegui, Marcelo Sánchez Sorondo, Enrique Pearson, José María de Estrada, Carlos A. Bertachini, César E. Pico y Juan R. Sepich* 161

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

S O L

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

PORQUE la fe no trepida, sino que se mantiene firme delante de todo aquello que padece temblor; porque la fe no se mueve, sino que se conserva inmóvil en el centro de las cosas movibles; porque los días actuales —en que todo tiembla y se mueve al capricho de numerosos vientos— necesitaban un testimonio vivo de la inmovilidad, que es atributo de Dios y de los principios eternales; por todo eso Pío XI realizó en sí la firmeza y el heroísmo de la Fe, y mereció el alto nombre que le asignaba la profecía, y se llamó *"Fides intrepida"*.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

LA RESTAURACION
Aristotélico-tomista de la ciencia económica

EN su profundo estudio sobre "el tomismo y la filosofía contemporánea" publicado en el primer número de la revista "Sol y Luna" (Buenos Aires, 1938), el Rdo. Padre Garrigou-Lagrange, O. P., ha demostrado cumplidamente que "la filosofía aristotélico-tomista tiene una amplia base inductiva que le permite permanecer en contacto con los hechos", y una "gran capacidad de absorción y de asimilación, lo que le permite juzgar de su valor, no sólo abstracto, sino vital".

La filosofía aristotélico-tomista, añade el P. Garrigou-Lagrange, tiene "una fuerza de absorción, de asimilación y de síntesis que corresponde a la amplitud y a la sinceridad del análisis".

Ahora bien, se puede afirmar que la observación de los hechos convenientemente iluminados por la razón, no sólo confirma la opinión del P. Garrigou-Lagrange, sino que señala la posibilidad, o mejor dicho, la necesidad de nuevas expansiones de los principios aristotélico-tomistas en el terreno de las ciencias morales, algu-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

nas de las cuales no saben librarse, ni siquiera hoy, de la perniciosa influencia del materialismo, del positivismo y del seudo "idealismo", derivados de las corrientes filosóficas del siglo pasado.

Entre estas ciencias ocupa, naturalmente, el primer lugar la Política y por lo tanto la Economía, que constituye, según la infalible enseñanza de la filosofía aristotélico-tomista, parte viva e integrante de la primera.

Desgraciadamente hasta hoy los economistas, llenos de su *tecnicismo* agnóstico, desconfiando de cualquier penetración filosófica en el campo de su ciencia, se resisten a reconocer tales verdades, sin darse cuenta, como muchas veces lo he dicho, que rechazar la filosofía auténtica, como guía de una ciencia particularmente moral, equivale a acoger y aplicar, aun negándolo, la peor filosofía.

El tecnicismo agnóstico olvida que la técnica si bien es un instrumento indispensable para la solución de los problemas científicos, su rendimiento depende de la manera como se la usa, y que de todos modos es incapaz de *plantear* los problemas y establecer las directivas para su solución. Una ciencia sin filosofía se halla en manos del empirismo; es como una nave sin piloto.

En realidad, la ciencia económica, en sus varios y sucesivos rumbos, se presenta a veces como una expansión o *proyección* del utilitarismo, del sensualismo, del mecanicismo y, menos distintamente, del hegelianismo monista y estatólatra, como en las orientaciones socialistas de toda especie y en algunas recientísimas afirmaciones italianas.

La filosofía aristotólico-tomista ha quedado lejos de

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS BIBLIOTECA

la ciencia económica por la mentalidad de los cultores de ésta, cuyo afán de garantir la "autonomía", ha llegado a ser, por mal entendida, un verdadero aislamiento inconcebible.

Indudablemente ha existido —y por fortuna, aunque ásperamente combatida, existe todavía— una *escuela católica,* que reconoce algunos de los principios fundamentales de la filosofía perenne y sobre todo la subordinación de la economía a la moral. Sobresale cada día más el nombre de José Toniolo, quien en pleno tecnicismo y escepticismo positivistas, no comprendido por los más y por nadie seguido, sostuvo decididamente esta subordinación, no sólo en las aplicaciones prácticas sino también en las doctrinas científicas.

Esto no obstante *no se ha efectuado aún la penetración del sistema aristotélico-tomístico en lo vivo de la ciencia económica, como para vivificarla y renovarla "a fundamentis"*; sea porque, como he dicho, los técnicos continúan ostentando cierto desdén por la filosofía, sea porque un mal entendido espíritu de conciliación ha persuadido a algunos a mantener *pro parte* las viejas ideas, inconciliables con el espíritu vital de la sana filosofía tradicional e innovadora; y esto lo hacen en nombre de exigencias "técnicas" que no existen. De lo cual hemos tenido nuevas pruebas en la Asamblea de la Sociedad Filosófica Italiana en Bolonia, en el mes de septiembre pasado.

Estoy profundamente convencido de que permanecer a mitad de camino es un error y un peligro a la vez. Tuve ocasión de afirmarlo muy claramente en mi comunicación de mayo de 1932 en la segunda reunión de

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

estudios corporativos en Ferrara, y lo he repetido al año siguiente en mis lecciones en la Universidad del Sagrado Corazón, de Milán, y después siempre, máxime en el extenso curso de economía corporativa que tuve el honor de dictar durante tres años en la Universidad de Roma y que, recogido en volumen, ha visto recientemente la luz en su tercera edición.

La posición de la ciencia económica y la cuestión de su "autonomía"

La filosofía aristotélico-tomista elimina ante todo el gran error de la "autonomía" de la ciencia económica. Se trata de un preconcepto y de un círculo vicioso, para rechazar los cuales, basta comprender su origen histórico.

A mitad del siglo XVIII, bajo la influencia de las doctrinas individualistas, utilitaristas y sensualistas surge la *economía,* como *ciencia de lo útil material* (cuya patria es Inglaterra y padre, Adam Smith), pero esto se verifica sacrificando, aunque sea sin expresa voluntad, la consideración de la posición de la economía en el orden de las ciencias morales y sobre todo frente a la Política. *Se da por resuelto el problema negándolo.*

Sin embargo, la sabiduría aristotélica había dejado en herencia la solución del problema. Se trata de proseguir sus desarrollos, de orientarlo conforme a los nuevos tiempos, de insertar en la doctrina la experiencia de los hechos. Es justamente lo que, a distancia de un siglo y

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

medio, puede y debe realizarse hoy, con un patrimonio de conocimientos verdaderamente conspicuos y en continuo incremento. La economía contemporánea es ciertamente un campo de experiencia mucho más rico e instructivo que la del siglo XVIII, aun cuando las teorías verdaderas encuentren su confirmación en toda la historia, sin distinción de períodos.

Según la enseñanza aristotélica, la Economía no puede ser planteada sino como parte de la Política; su "autonomía", entendida en sentido diverso de una simple autonomía de materia o de territorio, es decir, como autonomía de principios, no puede existir sino como fuente de los errores más graves. Bien entendido que la "Política" es la aristotélica, la ética misma tomada en uno de sus aspectos, como a su vez la Economía es un aspecto de la Política y de la Etica. *Los principios económicos son por esto principios políticos y por lo tanto éticos.*

Es ésta la suprema verdad que proyecta su luz también sobre la Economía. Los rayos de esta luz son y serán otras tantas enseñanzas económicas necesariamente reconstituídas bajo la inspiración de una de las más seguras y fructuosas enseñanzas de la sabiduría aristotélica.

Es útil reconocer que, si no los economistas, por lo menos algunos de los más autorizados representantes de la filosofía perenne se han mantenido fieles a esta verdad. En mi curso dictado en Roma recordé al P. Cathrein, el cual en su *Philosophia moralis* afirma: "*oeconomia politica est pars scientiae politicae universae, quae docet quomodo societas civilis sit recte regenda; praeterea subordinatur aliis partibus scientiae politicae, quae versatur*

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

circa bona altioris ordinis, scilicet bona intellectualia, moralia, religiosa".

Algunos han observado superficialmente que la compenetración de la Economía y de la Política amenaza sumergir la economía en la "conveniencia" y quizás también en el oportunismo político; pero con esto han demostrado no comprender el concepto aristotélico de Política, ciencia arquitectónica que rige la vida de las sociedades civiles y las somete a sus normas *infalibles*, porque deriva de la Etica, de la cual a su vez procede y con la cual en cierto sentido se identifica la Política misma: "*Oeconomia politica, sicut universim scientia politica, praesupponit philosophiam moralem ex eaque sua principia fundamentalia haurire debet*", como prosigue el P. Cathrein, siguiendo fielmente a Aristóteles. De ahí derivan múltiples consecuencias, todas implícitas en el concepto aristotélico.

En primer lugar la Economía, como la Política, es *ciencia normativa*, del *debe ser*. Establece las normas que deben actuarse a través de la libre voluntad humana, de los consorcios sociales, de los Estados, de los individuos.

Hay también aquí una de las tantas aplicaciones necesarias de los criterios aristotélico-tomísticos sobre la libertad humana, que el P. Garrigou-Lagrange considera justamente superior en mucho al determinismo de Leibnitz y a otras corrientes filosóficas. Aun a través de las normas de las ciencias del acto humano "la inteligencia mueve objetivamente la voluntad proponiéndole el objeto de la volición", *Video meliora*. ¿Qué importa si las elecciones efectivas han diferido hasta hoy y difieren de

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

las indicadas por la razón? La voluntad puede apartarse libremente de la ley moral, pero sabe bien cuáles son las consecuencias, aun en el campo político y económico. Esto ha ocurrido, ocurre y desgraciadamente ocurrirá siempre; pero la inteligencia debe preservarse de los errores, de los peligros y de las faltas en los cuales los hombres tropiezan. Debe enseñar el bien, aunque el mal a menudo triunfe. *Deteriora sequor.*

Existe otra consecuencia bien clara. Vano es el empeño, con el que tanto han insistido las diversas escuelas económicas, de establecer la existencia de *leyes económicas,* confundiendo, también en este caso, las disciplinas técnicas subordinadas, con la ciencia moral, política y social de la economía.

Las leyes económicas, en el verdadero y más alto sentido de la palabra, no pueden ser, y efectivamente no son sino leyes morales.

La bondad, la imperfección o la perversidad de los sistemas económicos dependen de la adhesión u oposición a las leyes morales en que ellos voluntariamente se colocan y se mantienen; pero no deben ser confundidas con ese vago "*eticismo*", que es acogido también por los economistas más utilitaristas, como temperamento momentáneo, pero insuficiente del egoísmo dominante y, según ellos, "natural" y benéfico.

Toda la historia atestigua esta afirmación. La degeneración del sistema capitalista, por todos admitida, la exasperación de la gran crisis económica que parece acentuarse cada día más, no obedecen a leyes "económicas" sino a leyes morales, que se manifiestan también

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

bajo apariencia política y económica, con evidencia siempre mayor.

Pero las consecuencias de la justa solución del problema que se refiere a la posición de la economía en el orden de las ciencias, son muchísimas, y de carácter altamente científico.

La "economía pura", que ha tenido hasta hoy mucho crédito y muchos secuaces, sobre todo en Italia, *no puede existir*. La economía no puede ser "pura", es decir, *aislada* según un falso principio "económico", precisamente porque no puede *ser*, si no es política y moral. La economía "pura" o sigue fantasmas "*vani fuor che nell' aspetto*" o, cuando desciende de la esfera de lo abstracto para acercarse a lo real, se concreta en un falso conjunto de leyes empíricas, sumamente peligrosas. Por ejemplo, la "purificación" de los esquemas de los tipos de intercambio, como serían la competencia, el monopolio y otros menores, cada uno con sus propias "leyes" dependientes de la estructura misma del esquema y matemáticamente calculadas, ha terminado por convertirse en la exaltación irracional de la competencia, arbitrariamente separada del sistema político y moral en que actúa y en el cual residen sus propias ventajas o desventajas. Más tarde se incurrió en la rehabilitación igualmente nociva del monopolio, mediante, muchas veces, la justificación teórica en sí y por sí de los sindicatos industriales y de los trusts, que tantas injusticias y tantas ruinas han sembrado en el mundo, en completa oposición con las leyes morales.

Está bien claro que el conjunto de normas morales y políticas de la ciencia económica, deducida de los prin-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

cipios aristotélicos, no puede de ningún modo conciliarse con el relativismo historicista que se detiene en la contemplación del hecho, de lo contingente, negando o descuidando lo *universal.*

La economía política en su desarrollo doctrinario de dos siglos se ha debatido entre las abstracciones formales del materialismo y del mecanismo, que es su derivado, y el empirismo historicista que no alcanza a elevarse más arriba del hecho para levantarse del análisis a la síntesis, de lo provisorio a lo eterno.

Los dos errores tienen el mismo origen. Ambos derivan de la falsa ubicación filosófica de la ciencia. El aislamiento de la economía la ha vuelto infecunda, excepto, se entiende, en algunas conquistas particulares, especialmente de carácter técnico, que nada quitan a la caducidad y a lo infundado de los sistemas.

Se ha olvidado la verdad suprema a la cual es necesario volver para reconstituir la economía política, con la ayuda de la razón y de la experiencia cada vez más vasta y elocuente. *Las leyes económicas, en cuanto verdaderamente existen, representan un aspecto de las leyes morales, siempre operantes, aun cuando sean negadas o conculcadas.* Es necesario reconocerlo para señalar a la voluntad humana el "juicio práctico" a que debe atenerse, para que al *video meliora* siga el *meliora sequor.* Pero ante todo urge *ver distintamente* y sacar de la proclamación de las "leyes económicas", como leyes morales, todas las consecuencias de que esta verdad es capaz. Veamos algunas como un simple ejemplo.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

La definición tomista del concepto de "utilidad" ha quedado insuperada, a pesar de las repetidas tentativas, que aún hoy se renuevan de parte de filósofos y economistas, para impugnarla y abatirla.

"Ad primum ergo dicendum quod honestum et utile dicuntur secundum rationem; et ideo nihil est honestum vel utile quod non sit bonum. Delectabile autem dicitur secundum appetitum qui quandoque in illud tendit quod non est conveniens rationi" (Summa Ia, IIae, quae. 34, art. 2). Poco antes Santo Tomás había dicho que existen dos géneros de "delectationes": *"est quaedam delectatio bona, secundum quod appetitus superior aut inferior requiescit in eo quod convenit rationi; et quaedam mala ex eo quod quiescit in eo quod a ratione discordat et a lege Dei"*. (Summa Ia, IIae, quae. 34, art. 1).

En cambio se ha pretendido por los autores modernos edificar la economía política sobre un falso principio, el de la pura *utilidad económica*, definida, a veces, sujetivamente, como capacidad del bien para satisfacer al sujeto, y otras como correspondencia del medio al fin a través del mismo medio.

Una vez emprendido este camino, ha ido arraigándose la idea de que la economía política es la "ciencia de los medios" o de algunos medios, alejándose aún así de la verdad aristotélico-tomista que permanece inmutable y que debe volver a tenerse en cuenta.

Y lo "útil", ¿qué es?. Según el comentario de la edición Leoniana a los citados pasos de Santo Tomás

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

"utile significat aliquid consonum rationi, delectabile vero consonans appetitui".

Corresponde al economista, como de mi parte lo he tentado siempre, lograr la penetración del concepto tomista de utilidad en el campo de las relaciones individuales y sociales que se refieren a la vida de la riqueza. Tendremos así la *moralización* de los actos económicos, sean ellos individuales o estatales, considerados siempre como *norma agendi;* tendremos la armonía unificadora de las selecciones individuales y estatales y por consecuencia el equilibrio entre Estado e individuo, aun en la actividad económica, bajo el gobierno de las leyes morales.

Ni tiene valor la objeción demasiado fácil de que la realidad de hoy está en completo contraste con esas enseñanzas. Es ésta, por el contrario, una razón más para afirmarlas resueltamente y hacer cuanto esté en nosotros para que penetren en las conciencias y sean seguidas, pues haberlas ignorado u olvidado sigue siendo la verdadera causa de todos los desastres puntualizados. El sistema económico es tanto más racional o tanto más difiere de la razón, cuanto más o menos se conforma al concepto moral de la utilidad concretado por la filosofía tomista. La producción desorganizada y anárquica, y la concentrada en el Estado; la distribución inicua del producto, particularmente con daño del trabajo; las odiosas especulaciones del capital, que no deben confundirse con la justa remuneración debida al ahorro, son otras tantas negaciones de la *utilidad moral,* de lo útil verdadero, y constituyen otras tantas concesiones a los apetitos ilícitos, a las *delectationes* de los individuos y de los grupos. Una ciencia moral como la economía, bien lejos de

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

reconocer semejantes aberraciones delante de los "appetitus" o del instinto, o de quedar frente a ellas indiferente debe condenarlas, para llamar a los individuos, a los pueblos y a los Estados a la observancia del verdadero principio de la *utilidad racional,* la cual "convenit rationi" mientras que la otra "discordat a ratione et a lege Dei". Es pues, deber del Estado actuar el principio ético, realizarlo en pleno aun en el terreno económico, bien lejos de crearse una *falsa* ética, como complaciente instrumento de sus arbitrariedades y de sus abusos.

En estos últimos tiempos se ha hablado mucho del Estado "ético", pero se lo ha hecho siguiendo ciertas tendencias de la filosofía contemporánea, completamente antitomista; se ha entendido por ello glorificar la llamada *ética del Estado,* incluso pagana y anticristiana, con las consecuencias múltiples que de ella derivan en todos los campos de la vida civil. Ahora bien, la filosofía tomista, apoyada por las más recientes y dolorosas experiencias, nos enseña que la sola ética admisible es la religiosa y cristiana, conforme a las leyes de Dios, y que los Estados deben someterse a ella también en el campo de las relaciones económicas, que al fin y al cabo son también políticas.

Para recordar otro ejemplo de gran importancia, la defensa de la independencia económica es un derecho de los Estados, y es útil y honesta, esto es verdaderamente útil, pero la autarquía entendida como aislamiento de una nación es dañosa y moralmente condenable, o sea, útil sólo para ciertos grupos que momentáneamente sacan provecho para sí mismos y satisfacen así sus "apetitos".

De aquí resulta que las "leyes" de las relaciones eco-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

nómicas internacionales son también un aspecto de las leyes morales. Se puede admitirlo, y entonces a través de la *utilidad racional* tenemos la *economía racional;* se puede desconocerlo, y entonces la *economía racional* es substituída por la de los "apetitos" y de los intereses, lo que significa la negación de las leyes morales y la provocación de sanciones inmediatas o mediatas que no pueden faltar.

El liberalismo del siglo pasado, por sí mismo irreligioso, no quiso nunca someter a las leyes morales —a las leyes mismas de Dios— las relaciones económicas, y pretendió ver en la espontaneidad de los contratos y de los contrastes la solución universal e infalible de todos los problemas económicos, abriendo el camino al socialismo y al estatismo, los cuales, distantes de las leyes supremas no menos que el liberalismo, han terminado por crear otros inconvenientes más graves aún, substituyendo al control de las *fuerzas* individuales de los grupos aislados la única *fuerza,* a menudo oprimente, del Estado.

No hay que admitir pues, ni el liberalismo ni el socialismo, ni el estatismo, sino la doctrina tomista, eternamente viva, que nos presenta un Estado que armoniza, dirige, moraliza y unifica las múltiples iniciativas económicas, de conformidad con las leyes morales de la utilidad racional o "*secundum se*".

Cuanto se ha dicho precedentemente fué aceptado, en substancia, por un joven y valiente discípulo de la escuela católica italiana, Pablo Emilio Taviani, quien, después de un amplio análisis del concepto de utilidad según los economistas, refiriéndose a mi escrito sobre la "filosofía tomista y la economía política" concluye que:

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

"lo útil que interesa a la economía, encuadrado en su puesto de útil para el hombre, queda subordinado a lo moral, ya que como el orden material no está separado, sino que sólo es distinto del espiritual, así lo útil no está separado, sino sólo es distinto de lo bueno". "Las dos distinciones, añade, implican recíprocas conexiones que se desenvuelven en una relación de subordinación de lo material a lo espiritual y de lo útil a lo bueno". (Taviani, *Il concetto di utilitá e la teoria economica en* "Pubblicazioni della Universitá Cattolica del Sacro Cuore", Milano 1938, p. 140).

No hay duda de que estas declaraciones representan una separación saludable del tradicional concepto hedonístico de lo útil aceptado por los economistas; pero, a mi juicio, para cortar todo equívoco, es necesario acoger y aplicar, sin limitaciones o transformaciones, el concepto tomista. *Lo realmente útil, lo útil humano, y por lo tanto también económico, no es distinto de lo honesto, de lo bueno.* Toda vez que, aun en las relaciones económicas y sociales se pretende hacer distinciones, es justamente entonces que se acaba por substituir la utilidad verdadera, es decir, racional, por una utilidad falsa, esto es, irracional. La filosofía tomista nos invita a romper todas las ataduras con la "tradición" irreligiosa y a menudo inhumana del materialismo económico, porque los peligros de estos contactos y de estas supervivencias son enormes.

Todo esto lleva naturalmente a negar la existencia de un "*útil económico*" y por lo tanto la posibilidad de construir la doctrina, según los repetidos esfuerzos que en vano se han realizado, especialmente por la escuela

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

"psicológica" y por la mecánica que de ella deriva. Pero es aún más condenable la tentativa de *vaciar* deliberadamente la utilidad de todo contenido moral, definiendo como "utilidad" la correspondencia de un medio cualquiera a cualquier fin, o bien proclamando el principio del "mínimo medio" como principio económico.

Por otra parte, ¿de cuál fin se trata "in moralibus", como dice Santo Tomás? Y ¿cuál es el fin que los elementos de la sociedad civil deben conseguir? El fin moral que a todos los otros domina y comprende es el perfeccionamiento individual; el fin social es el "bonum multitudinis", que Santo Tomás (Summa IIa, IIae, quae. XXXIX, art. 2, ad secundum) llama "*maius quam bonum unius*". "*Ille qui quaerit bonum commune multitudinis, ex consequenti etiam quaerit bonum suum*". Pero el fin individual y el social coinciden: "*per virtuosam vitam pervenire ad fruitionem divinam*".

Por lo tanto, es útil, aun económicamente hablando, todo lo que responde al fin moral del hombre, y en particular en las relaciones sociales, lo que responde al bien general. No es útil lo que corresponde sólo a la máxima satisfacción individual, sin tener en cuenta la finalidad ultraterrena del hombre y de sus deberes morales, ni lo que puede constituir un bien individual si no responde al bien común. Aquí el juicio moral de la acción se vuelve juicio político, pero en substancia este último es tan sólo una derivación o extensión del primero.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Es fundamental el problema de la posición del individuo en la sociedad y frente al Estado. Es también un problema económico, por la absoluta imposibilidad de separar, como intentó la ciencia materialista, lo económico de lo moral y de lo político dignamente entendido. Las aberraciones del liberalismo desenfrenado y de la estatolatría deprimente son una consecuencia del descuido de esta verdad.

La teoría tomista de la "unitas ordine" referente a la sociedad civil, y de la necesidad de "ordenar" el bien privado al bien común, *es perfecta.* En vano se busca alejarse de ella o de superarla; los acontecimientos contemporáneos lo demuestran en forma cada vez más convincente. No es verdad en absoluto que la ciencia social, y por lo tanto la economía, vuelta a los criterios básicos de la filosofía aristotélico-tomista, deba consistir sólo en la proclamación de las normas supremas del vivir social. Esto es sin duda fundamental, pero es necesario también refirmar, a través de la historia y de la vida actual, la *perennidad* de esos principios, confirmados constantemente por la experiencia sobre todo cuando se hallan abiertamente violados. Nada o bien poco se ha hecho hasta ahora, habiéndose servido más bien de la historia para justificar las más diversas y extrañas ideas.

La "*ordinatio boni privati ad bonum commune*" no significa el sacrificio absoluto del individuo y tanto menos su "anonadamiento" en la sociedad de la cual es "parte". "*Homo non ordinatur ad comunitatem politi-*

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

cam secundum se totum, et secundum omnia sua". (Summa, Ia, IIae, quae. XXI, art. 4, ad tertium).

Grave error es pues la absorción del individuo por el Estado, quitándole toda autonomía. Tal error no puede dejar de tener también sus aspectos económicos, como la supresión o disminución de las iniciativas individuales, las cuales deben ser "ordenadas" y unificadas, nunca eliminadas o reducidas a simple apariencia, como en los sistemas estatistas. Aquí, trayendo las consecuencias del principio, se puede decir que el instituto unificador, más que el Estado con sus órganos burocráticos, es naturalmente la *corporación*, siempre que esté provista de una suficiente libertad de movimiento, controlada, sí, por el Estado, pero con verdadera autonomía y capaz por lo tanto de la más amplia expansión.

La responsabilidad social de las empresas y de la propiedad privada son dos corolarios que Santo Tomás deduce explícitamente de la autonomía de la personalidad humana frente al Estado y de la subordinación del ciudadano al mismo. De ello resulta el equilibrio, naturalmente moral y político, entre individuos y Estado que debe considerarse como uno de los máximos criterios de orientación de las ciencias sociales, incluso la economía. Cada vez que el equilibrio es perturbado o se pierde, sin duda falta la "unitas ordine", que es el fundamento de la vida social, ya sea que el desequilibrio pese del lado del individuo, como en el liberalismo sin límites, o del lado del Estado, como en las diferentes formas de la estatocracia.

El realismo de la filosofía tomista unifica todos los aspectos del orden civil, todos necesarios y concordes,

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

pero el espiritual es el que domina. La "unitas ordine" no existiría si no fuese ante todo y sobre todo unidad espiritual. Es por esto inútil hablar de un orden que se apoye sólo sobre las fuerzas políticas, si falta la convergencia de los espíritus; mejor dicho, las fuerzas políticas deben concurrir a establecer y mantener la unidad espiritual en todo terreno de la convivencia social. Sin embargo, cuando decimos que las acciones individuales —y por lo tanto también las relaciones económicas— deben ser *políticas,* no entendemos afirmar en absoluto que deben ser realizadas exclusivamente por el Estado, ni tampoco necesariamente controladas todas por el mismo; queremos sólo decir que deben inspirarse todas según las exigencias de la sociedad política, las cuales son ante todo espirituales.

Lo *político* de las acciones individuales en la sociedad, comprendidas también las económicas, es un aspecto del valor ético de las mismas.

Estas consideraciones están bien lejos de agotar este tema vital, pero pueden ser suficientes para demostrar que ninguna ciencia social, y tanto menos la economía, puede lanzarse hacia nuevas y duraderas conquistas si no renovándose bajo la fúlgida luz de las verdades eternas enseñadas por la perenne filosofía aristotélico-tomista. Evidentemente mucho hay que añadir en el campo de las aplicaciones, y siempre se descubren nuevos horizontes a medida que se adelanta en estas verdades, en las cuales Fe y Ciencia se armonizan. En el ámbito de mis fuerzas lo voy haciendo personalmente desde hace varios años y en este sendero muchos jóvenes valerosos se van encaminando...

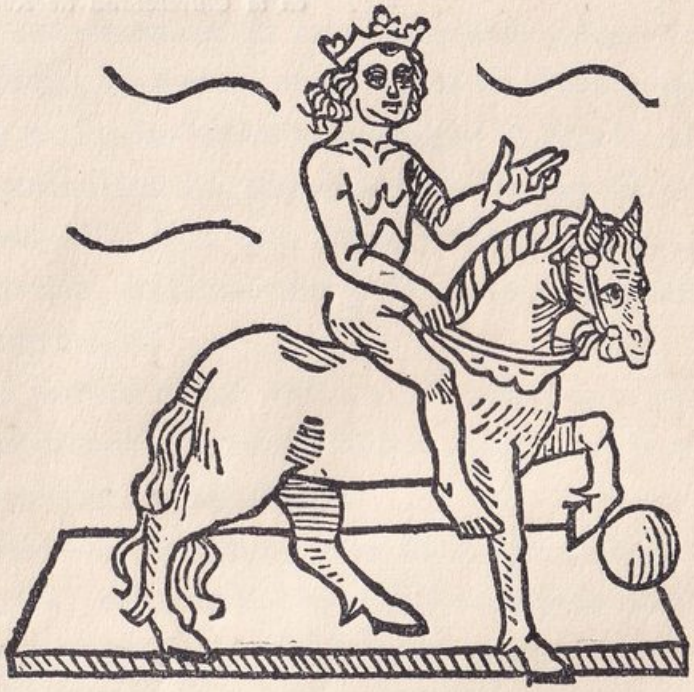
Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Agradezco a los directores de esta hermosa revista, de nombre altamente simbólico, el haberme permitido hablar también desde tan autorizada tribuna, luego de una pausa involuntaria, en esta generosa y hospitalaria tierra argentina.

GINO ARIAS

ex-profesor de economía política
en la Universidad de Roma

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

EL EMPERADOR VUELVE DEL DESTIERRO

En su guante de hierro se ha posado un halcón.
Tiene los ojos fieros del destierro
Y tiene un hierro clavado en el medio del corazón.

Es como la sombra militar y señera de una amargura,
Como la sombra de una batalla irremediablemente perdida,
como un pobre trozo de hierro
Que fué el hierro glorioso de una lanza y la pieza alabada de
una armadura.

Es el dolor antiguo de saber que la vida nos acerca a la
muerte.
Y el dolor de saber que la muerte nos levanta a la Vida
Y el dolor de ser débil y el dolor de ser fuerte.

Es el orden que acaba y es la imperiosa necesidad de imperio
Y es la necesidad de despertar con los clarines la esperanza
dormida
Y es la tentación del revólver y la tentación del monasterio.

Es la llama comedida del cirio
Y es la llaga que relumbra en el pecho
Como una condecoración de martirio.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Y es el lirio quemado por el sol implacable
Y es el cielo deshecho
Y es el dolor rotundo de saberse inútil e irremplazable.

De su guante de hierro se levanta un halcón.

Los clarines triunfales ensillaron su grito de esperanza y de guerra
Y una estrella de oro le incendió el corazón.

Era el grito de los siglos que esperaban el siglo de la aventura perdida y rescatada,
De la vieja aventura de la tierra,
De la aventura de jugarse el alma para defenderla con el filo de la espada.

(Porque la espada tiene un filo de luz
Y tiene una empuñadura para apretar la decisión de la aventura
En la empuñadura de la cruz).

Era la estrella que se adelantaba al encuentro de la profecía,
La estrella luminosamente madura
Que se rompía sobre la armadura para pintarla con los clamores del día.

(Porque la estrella tiene un privilegio de amor,
Y, desde que existen hombres bajo las estrellas,
Es oficialmente la que le echa las cartas al Emperador).

En la luz de los campos apretaron las filas las escuadras de flores;
Rechinaron las huellas

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Y las flores tenían el olor de la pólvora y el corazón de los tambores.

Era la guerra necesaria y temible, necesaria y temible
Como el agua y como el fuego,
Como lo perdido y como lo imposible.

Era la tierra que se vestía de guerra para restaurar el sentido de las cosas,
La tierra que renunciaba a su propio sosiego
Para rescatar a los ruiseñores y a las rosas,

Para que la vida no fuera simplemente una pequeña suciedad amable,
Para que la muerte no fuera simple y descansadamente
Una liviana distancia innumerable,

Y para que la vida y la muerte vivieran en la breve armonía
De procurarse juntamente
El cielo con el pan de cada día.

Era el halcón y era la rosa y era la hoguera jubilosa
Y era la estrella y la amargura
Y era la luz de la armadura bajo la noche milagrosa.

Era la tierra que se vestía de guerra
Para jugar su triunfo en la aventura
De restaurar la paz sobre la tierra.

Un escudero le traía una lanza y la Emperatriz le traía una flor.
Ihesus Christus vincit, Ihesus Christus regnat, Ihesus Christus imperat, se santiguó el Emperador.

IGNACIO B. ANZOATEGUI.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

ABSURDOS DEL ESPECIALISMO

UBI *est thesaurus tuus, ibi est et cor tuum*"; dónde está tu tesoro, allí está tu corazón (Math, VI, 21). Esta máxima evangélica resume toda la filosofía de los valores, no en lo que éstos tienen de absoluto —para ello, un texto precedente de San Mateo nos da la regla infalible: atesorad en el cielo donde el oro queda a buen recaudo— sino en cuanto dependen de la estimación individual. El vulgo no acierta con el distingo: lleva al orden absoluto las propias inclinaciones de su apetito. Lo mismo ocurre con la civilización moderna, imbuída de doctrinas subjetivistas que suplantan la objetividad del conocimiento con simples opiniones o pareceres individuales y —paralelamente— los valores objetivos con los caprichos subjetivos.

Esta es la raíz profunda de la desorientación contemporánea, del desorden espiritual que presenciamos; porque donde falta la objetividad perece toda jerarquía real.

Mientras se discuten, en un clima escéptico, todas las verdades tradicionales y se abaten las ejecutorias su-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

premas de la inteligencia, los abismos inferiores ejercen una atracción incontrastable. El hombre se entrega, entonces, al peso de la materia. Presa del vértigo espiritual, recurre, para salvarse, a sus órganos prehensiles, y proclama que no hay seguro refugio sino en la inmediata experiencia del sensorio. Se ha llegado así a una quimérica unificación del saber sobre el tipo noético de las ciencias "positivas" —vocablo revelador de una escéptica jactancia— y también a una sobreestimación de las mismas.

Aunque las masas ignoren este proceso, concurren por su parte a fomentarlo. El profano, por definición, no sabe nada acerca del valor de dichas ciencias en cuanto implican un conocimiento desinteresado. No conoce su índole, ni el grado de su dificultad, ni su ubicación exacta en la escala del saber; pero extiende, con gesto indebido, el asombro que le producen las aplicaciones prácticas de las ciencias al huerto cerrado donde se cosechan los frutos. Así, sobreestima al huerto y al horticultor. Acerca de este último —del hombre de ciencia— el profano se forja una imagen pasablemente falsa. Lo considera, claro está, un tipo de excepcional talento, desinteresado de los afanes comunes, absorto y distraído, recto, adusto y —con tal de destacarlo— un tanto extravagante. Ni sospecha que el hombre de ciencia —hablo del modelo corriente— sea un hombre como cualquier otro, que posee como dotes intelectuales y morales las mismas que comparte el tipo común. Tiene, sin embargo, un rasgo distintivo: la unilateralidad, resultado del especialismo. Este aspecto difícilmente lo sopesa el gran público, porque se lo impide la equilibrada ba-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

lanza igualitaria, insensible a toda diferenciación. Por eso la literatura universal —ese fiel espejo de los caracteres humanos— no ha logrado describir con hondura la vida de los hombres de ciencia, sus pliegues anímicos, el separado horizonte donde actúan, el ambiente de los laboratorios. Fuera de algunas biografías de espíritus excepcionales, los ensayistas y novelistas apenas si han detenido sus miradas en el tipo ordinario del investigador científico. Raros son aquellos que han penetrado a fondo en ese clausurado recinto. Por eso resalta más la perspicacia con que —por ejemplo— Ortega y Gasset, en "La rebelión de las masas", ha fustigado la "barbarie del especialismo", y la no menos discriminativa con que Sinclair Lewis, en "Arrowsmith", ha descrito la mediocridad opaca de sus personajes, tipos característicos en los laboratorios norteamericanos.

No señalo estos aciertos con el ánimo mezquino de desprestigiar los hombres de ciencia (tanto valdría desprestigiar la humanidad ordinaria), ni tampoco para menoscabar el valor de las ciencias, siempre que se las sitúe correcta y modestamente en los grados del saber; los advierto, por el contrario, para combatir los peligros de la mencionada sobreestimación y sobre todo, aquí, con la intención precisa de oponerme a ciertas directivas pedagógicas y culturales destinadas, según se pretende con entera buena fe, a favorecer la investigación y el progreso de las ciencias y que —por provenir de ese tipo de mentalidad estrecha que caracteriza al especialista— son un verdadero dislate y capaces de originar una atmósfera asfixiante para la auténtica invención. Quienes hayan observado la nefasta influencia de la

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

mediocridad en auge sobre los temperamentos más eximios, comprenderá la urgencia de estas reflexiones.

En todas partes se observa una alarmante disminución —cualitativa y cuantitativa— de las vocaciones científicas. El hecho obedece a causas muy complejas que no quiero ahora considerar; pero sí voy a detenerme en una que interesa particularmente a este ensayo, y es el estrecho especialismo que campea en los centros de investigación original. A fuerza de reducir el horizonte de su cultura, el especialista ha perdido el sentido de los valores fundamentales; y víctima de las tendencias igualitarias de la vida moderna, pretende, en su afán nivelador, reducir todas las diferencias espirituales al denominador común del trabajo mecánico. Para él, en efecto, trabajo es sinónimo del trabajo material. Obsérvese, si no, el sentido que la palabra tiene constantemente en sus labios, y corroboraremos el aserto. De esta manera, cada día se confunden más las funciones respectivas del pensador y del obrero, los inconfundibles oficios del inventor y del simple ayudante. Y cuando todo el mérito se adjudica al trabajo material, no es extraño que la mayoría deserte de la faena común: los mejores asfixiados y los otros extenuados. Aparte las fuertes y raras vocaciones acompañadas de un temperamento insensible a las adversidades, sólo perseveran quienes hallan en la notoriedad científica un fácil y exclusivo medio de alcanzar la estimación pública. Si se les privara del impulso que la vanidad les imprime, también ellos desertarían.

Desde esta perspectiva, el riesgo cobra apariencias inquietantes: lo adivina incluso el especialista. Y, aun-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

que no atine con las verdaderas causas, trata de poner remedio a la amenaza. Mas el intento importa un peligro todavía mayor, porque —en su miopía mental— atribuye la defección de los más capaces, precisamente a su capacidad. De ahí el instintivo horror que demuestra por las personalidades definidas, por el espíritu humanista, por la cultura general, en una palabra. Contra todo eso, se aconseja, y hasta se exige, una dedicación exclusiva en los linderos de la especialización forzosa, es decir, se insiste tozudamente en uno de los factores del malestar apuntado. En cuanto a los otros —los menos calificados— la receta prescribe medidas burocráticas tendientes a asegurar la eficiencia en la rutina.

No se diga que exagero. Quiero, pues, evitar el reparo, reforzando mi opinión con la de probadas autoridades.

Como dice con abrumadora verdad Ortega y Gasset en el citado libro, "el hombre de ciencia actual es el prototipo del hombre-masa. Y no por casualidad —añade— ni por defecto unipersonal de cada hombre de ciencia, sino porque la ciencia misma (en sus tendencias presentes) —raíz de nuestra civilización actual— lo convierte automáticamente en hombre-masa; es decir, hace de él un primitivo, un bárbaro moderno (...). Llega a proclamar como una virtud el no enterarse de cuanto quede fuera del angosto paisaje que especialmente cultiva, y llama *dilettantismo* a la curiosidad por el conjunto del saber. El caso es que, recluído en la estrechez de su campo visual, consigue, en efecto, descubrir nuevos hechos y hacer avanzar su ciencia, que él apenas conoce (en sus complejos resquicios), y con ella la

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

enciclopedia del pensamiento que concienzudamente desconoce. ¿Cómo ha sido y es posible cosa semejante? (...) La razón de ello está en lo que es, a la par, ventaja mayor y peligro máximo de la ciencia nueva (porque) una buena parte de las cosas que hay que hacer en física o en biología, es faena mecánica del pensamiento que puede ser ejecutada por cualquiera o poco menos... (De tal especialista) habremos de decir que es un sabio-ignorante, cosa sobremanera grave, pues significa que es un señor, el cual se comportará en todas las cuestiones que ignora, no como un ignorante, sino con toda la petulancia de quien en su cuestión especial es un sabio (...). Esa condición de *no escuchar*, de no someterse a instancias superiores, que reiteradamente he presentado como característica del hombre-masa, llega al colmo precisamente en estos hombres parcialmente calificados. Ellos simbolizan, y en gran parte constituyen, el imperio actual de las masas, y su barbarie es la causa más inmediata de la actual desmoralización europea... (Pero el especialismo) se aproxima a una etapa en que no podrá avanzar por sí mismo si no se encarga una generación mejor de construirle un asador más poderoso. (El remedio no podrá provenir del especialista, porque éste) ignora radicalmente las condiciones históricas de su perduración, es decir, cómo tienen que estar organizados la sociedad y el corazón del hombre para que pueda seguir habiendo investigadores".

He aquí el mismo problema que planteaba yo al comienzo. En muchos centros de investigación se presiente que se ha llegado o se está por llegar a un punto muerto donde a la ciencia no le cabe otra tarea que

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

entretenerse en búsquedas extremadamente detallistas, en perfeccionar técnicas o en mejorar las aplicaciones prácticas de lo ya conocido. Se echa de menos aquel hálito vital que estimuló pasadas épocas de creación, la era de los grandes descubrimientos. Y ante la decepción subconsciente que provoca semejante estado, fallan los estímulos espirituales —¿dónde los podrá hallar la miopía especialista?—, la vanidad defraudada va en pos de sucedáneos y se apela, para eludir la molestia, a recursos exteriores, a máximas y consejos de corte "normalista", a medios coactivos sobre la organización burocrática del trabajo, el empleo del tiempo, cuando no destinados a exigir una dedicación exclusiva en la propia especialidad.

Esta absurda creencia en la eficacia infalible de los métodos, reglas o procedimientos, en substitución de aquellas permanentes disposiciones vitales o espirituales que constituyen la calidad de las potencias anímicas, tiene larga data. Sin ir demasiado lejos, podría afirmarse que tiene una fuente cartesiana. Descartes, en efecto, creyó encontrar en el *método* un medio fácil y seguro para adquirir la ciencia, para llevar la verdad "même aux gens du monde". Y Leibnitz ¿no pretendió, acaso, encontrar un sistema lógico que dispensase del pensamiento? "Así el método o las reglas —dice Maritain en "Art et Scolastique"— considerados como un conjunto de fórmulas y de procedimientos de eficacia propia y que son para el espíritu una armadura ortopédica y mecánica, tienden en el mundo moderno a reemplazar a los *hábitos*" (en el sentido tradicional del vocablo, es decir, como expresión de aquellas cualidades

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

o disposiciones estables que perfeccionan al hombre en su naturaleza o en sus facultades operativas). Más adelante agrega el insigne filósofo: "Los antiguos pensaban que la verdad es difícil, que la belleza es difícil, que la vía es estrecha, y que para vencer la dificultad y la altura del objeto es absolutamente necesario que una fuerza y una elevación intrínsecas —es decir, *hábitos*— se desarrollen en el sujeto. La concepción moderna del método y de las reglas les hubiera parecido un absurdo sangriento. De acuerdo con sus principios, las reglas son esenciales para el arte (y para las ciencias), pero a condición de que se haya formado el *habitus*, regla viviente. Sin él, ellas son nada".

Estas profundas reflexiones de Maritain, contradicen y refutan las tendencias en boga.

Ya Ramón y Cajal en su difundido libro titulado "Reglas y consejos para la investigación biológica" pretendía suscitar cultores en el vasto campo de las ciencias mediante una invitación a los mediocres. Para la investigación, afirmaba, no se requieren primariamente dotes extraordinarias de talento; el triunfo está prometido a los tenaces. De ahí su constante y primordial referencia a "los tónicos de la voluntad". En idéntico sentido se ha expresado entre nosotros el distinguido fisiólogo Bernardo A. Houssay: "No hay tipos de hombres privilegiados —ha dicho en un discurso publicado en su libro jubilar— ni razas forzosamente inferiores en las lides de la inteligencia. Siempre creí que un hombre puede hacer lo que hace otro si se prepara intensamente y trabaja tenaz y reflexivamente". No transcribo otras citas para no cansar al lector. Lo cierto es

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

que semejante negación explícita de los *hábitos* traduce las tendencias igualitarias a que aludía y ostenta una aversión inconfesada por los dones innatos y por toda ejecutoria o blasón diferencial. Es la actitud expresada por la máxima norteamericana, según la cual "ser diferente es indecente".

Ni se objete afirmando que la cualificación diferencial puede proceder de la voluntad, porque ésta necesita sostenerse en la consideración intelectual del bien que la solicita. Suprimida aquí la diferenciación debida a las desigualdades del talento ¿qué otra cosa le queda a la voluntad, desamparada de su estímulo propio, que no sea vanidad pueril, simple jactancia de la auto-estimación y la del vulgo? Por eso decía que las reglas y consejos de Cajal no eran más que un llamado a la mediocridad. No me quejo yo de tal apelación: los mediocres, efectivamente, son necesarios para integrar la falange gremial de la ciencia; pero sería un crasísimo error el suponer que la creación heurística y el adelanto profundo de las ciencias sea mero oficio mecánico de método y de trabajo manual. Repito que hay un gravísimo peligro en confundir las funciones respectivas del inventor y de sus colaboradores materiales.

¿Será necesario recordar que los hallazgos más ricos proceden del genio? La auténtica invención es fruto de la unión entre el talento y su esmerado cultivo: eclosión de cultura en el complejo sentido de la palabra. Basta echar una mirada sobre las épocas de progreso fecundo para certificarse en este juicio. La época de los grandes descubrimientos en la biología es época de perfiladas individualidades que sufrían el "pathos"

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

lírico de la belleza y del saber. Es la época de Verlaine y de Beaudelaire; la era del humanismo alemán que trasladó a las nieblas germánicas un rayo de la luz de Atenas. Estas concomitancias históricas no son casuales como podría tontamente suponerse.

Tal fué el clima que respiró Pasteur y que perduró en los más sobresalientes continuadores de su obra. A título de ejemplo, quiero citar unos párrafos de Charles Nicolle, descendiente ilustre de aquella estirpe, y que por provenir de una de las más grandes figuras de la biología contemporánea no debieran suscitar recelo en el "especialista". En su libro "La biologie de l'invention" ha escrito: "Espontaneidad, libertad, indisciplina e incluso "sauvagerie", son las condiciones del acto creador. El genio no debe tolerar ninguna coacción sobre esos dones". Parejamente, otro eximio discípulo de Pasteur, Emile Roux, solía repetir a quienes le rodeaban: "el mejor ambiente para la especulación científica es la anarquía". ¡Qué distancia entre estas hondas reflexiones y el "normalismo" que ahora impera! Así, mientras actualmente se aconseja organización burocrática, laboratorios ricamente montados, personal especializado y con eficaces anteojeras respecto al vasto panorama de la cultura, la sabia pluma de Ch. Nicolle insiste: "La erudición atiborra el cerebro con detalles polvorientos (...). Ella substituye el gusto por lo inédito con una estéril pasión de coleccionista (...). En biología no sólo las ideas fijas, la erudición y la deformación profesoral paralizan el espíritu; también conduce a parecida carencia el detenerse largamente sobre un mismo problema. Es un hecho ciertamente picante, pero explicable, que

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

a fuerza de vivir en presencia de una dificultad, el hombre se encuentra cada vez con menor aptitud para resolverla. Este estado de espíritu, esta impotencia, se dan con sorprendente reiteración en aquellos medios donde menos se piensa, particularmente en los Institutos ampliamente dotados y fundados para la solución de un grande y novedoso problema. Parecería que las condiciones que se consideran más favorables para preparar los descubrimientos: riqueza en materiales de estudio, en medios financieros, en aparatos, en personal, contrarían la iniciativa caprichosa del genio. Y es que el genio es selvático, y se encuentra cohibido por el peso de una copiosa impedimenta, por la librea oficial, por la especialización estrecha".

Cohibido: exactísima palabra. Ella señala el peligro de las actuales recetas, la atmósfera enrarecida que los reglamentos engendran y que sofoca la vida del espíritu. Y aunque no excluya el advenimiento de la mediocridad laboriosa, cosechadora de porciúnculas científicas e indispensable para rematar la fábrica integral del saber, ¿qué será del edificio cuando se prescinda de los arquitectos? ¿Se pretenderá curar, acaso, la anemia intelectual con drogas literalmente caseras, insistiendo v. gr. en la barbarie de la especialización, del exclusivismo a sueldo o —para decirlo con la palabreja de moda, que delata su origen norteamericano— del *full-time* obligatorio? "Antiguamente —advierte el mencionado Nicolle— nuestros grandes hombres no se avergonzaban de emplear una parte del tiempo en ocupaciones profesionales (...). A estos hombres, el oficio no sólo los ha alimentado y distraído: *los ha documen-*

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

tado de una manera fecunda. Y después de todo ¿le está prohibido al genio, por ventura, utilizar las diversas cartas con que le ha obsequiado el destino, cuando comprueba en sí mismo más de una aptitud?"

Comprendo yo que en este siglo hostil a todas las irradiaciones del espíritu —la ciencia pura es una de ellas —se trate de remediar el desamparo de las vocaciones más nobles apartándolas, con amplia retribución económica, de la disipación inherente a la lucha por la vida. Lo que no admito es que a ese excelente motivo se le saque una consecuencia ilógica y se pretenda someter al intelectual a coacciones reglamentarias, a exigirle la estrecha celda de una sola actividad. ¿A título de qué viene esa exigencia? Quienes la propician aducen dos argumentos absolutamente inanes. El primero implica una tutoría inaceptable sobre la libertad y la dignidad humana: "Nosotros —es decir, el Estado o las instituciones— sabemos más que tú acerca de lo que te conviene; exigimos de ti un oficio exclusivo porque tememos que dilapides el talento". He aquí una manifestación típica de la pendiente totalitaria por la que se desliza nuestra civilización. Están invertidas las relaciones recíprocas que median entre la colectividad y la persona; según esto, la persona debe sacrificarse a las instituciones y al Estado, en lugar de la doctrina tradicional que pone el Estado al servicio de la persona, aunque ésta, no en cuanto connota espiritualidad, sino en lo que tiene de individuo, es decir, la parte animal, se ordene al todo colectivo. Hay en la novel inversión de relaciones, no sólo estúpido autoritarismo, sino tam-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

bién limitación de miras e intromisión abusiva en los fueros inalienables de la conciencia.

El segundo argumento está impregnado de moralina. Dice así: "A cambio de lo que te damos, exigimos esta retribución: que te especialices". La frase revela muy poca estima por los valores del espíritu; supone que éstos no merecen de suyo y que la ayuda económica que la sociedad les otorga importa el derecho de recobrarse arbitrariamente, p. ej., a trueque de una dedicación exclusiva en los lindes menguados del especialismo. Habría que decir justamente lo contrario para estar en lo cierto, porque de tal manera la sociedad resulta beneficiada por obra de sus filósofos, sabios y artistas —obra tanto más honda y fecunda cuanto más libremente dimane de la auténtica fisonomía personal— que éstos tienen derecho a los medios materiales de subsistencia. No caben aquí demandas arbitrarias, ni debe haber privilegios para los oficios impuestos. Los bienes del espíritu no se pagan; son inconmensurables con los bienes materiales.

Déjese, pues, en libertad, a la persona, en cuyo concepto está implicado lo más noble que existe en el universo: la dignidad del espíritu. Resuélvansele las necesidades económicas para que las vocaciones no se dispersen en afanes inferiores, pero no se exija nada determinado a cambio de ello. Por la senda de la verdadera libertad encontrará el hombre su inconfundible destino, su vocación en el mundo. Si éste, como decíamos, ahora está organizado contra el espíritu, no compliquemos la liberación con artificiosos expedientes. ¿Que debe haber especialistas? —De acuerdo; pero la especialización es

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

una de las tantas vocaciones espontáneas y debe resultar del juego intrabado de los factores naturales que producen la cultura. Esta es una tradición viva, una continuidad formal, una *vis a tergo* que apunta hacia el futuro; no es rutina, ni andamiaje inerte. En Europa, en los países más cultos, el sedimento de los siglos engendra una división orgánica del trabajo social que determina la diversificación de los oficios. Vista desde ese ángulo, la especialización es un fruto natural y maduro de la civilización. Por ser natural es libre; por maduro, está exento de barbarie. Ahora bien; no se obtienen sucedáneos artificiales de un fruto viviente. La cultura no se improvisa. Tal es la absurda pretensión de generar hombres de ciencia implantando métodos forzados y el especialismo a sueldo; recurso coactivo que comienza a propiciarse entre nosotros y que importa una sutil y tremenda amenaza para nuestra cultura científica. No se aduzcan, a título de objeción, ciertos resultados inmediatos que sólo halagan, sin sólido motivo, nuestra vanidad nacional. Lo que en Norte América, por ejemplo, es índice de eficiencia, no puede transplantarse al país así nomás, y aun cabría discutir el valor de la cultura norteamericana...

Si se quiere, pues, proceder con verdadera inteligencia y sin incurrir en ingenuas falacias, no se consulte sobre el particular a los especialistas, a los hombres de ciencia. Como puntualiza el ya citado texto de Ortega, el especialista suele ignorar radicalmente "las condiciones históricas de su perduración, es decir, cómo tienen que estar organizados la sociedad y el corazón del hombre para que pueda seguir habiendo investigadores".

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Ignora, en efecto, los complejos factores sociales que favorecen el cultivo de las ciencias. Improvisado, de la noche a la mañana, en erudito investigador, no sospecha —tal un "nouveau riche" de la cultura— lo que vale la tradición viviente, la floración de las generaciones. E ignora también el corazón del hombre, claustro secreto. ¡El corazón del hombre, oh perspicaz Ortega! He aquí un tema seductor para otro libro: la deshumanización de la ciencia.

CESAR E. PICO.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

CINCO SONETOS

1

ASUNCION DEL CANTICO EN LA VOZ PURA DE LA POESIA

Posesión de la ansiada lejanía.
Azul verdad de la divina altura.
En fondo eterno tu raíz oscura
clavada al fin ya tienes, Poesía.

Y es en mí ya tan tuya esta voz mía
que en el silencio de su gracia pura
sólo cabe el temblor de tu hermosura,
cifra y totalidad de su armonía.

¡Oh, voz mía! ¡Voz tuya! Arcana esencia,
soplo transfigurado, como el trino
del ave, por la luz de tu presencia.

Muda voz, seca ya de humano acento,
que instala y mueve en ámbito divino,
maduro en Dios, el alto pensamiento.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

2

QUIETUD Y SOLEDAD DE LA DIVINA COMPAÑIA

Todo, menos a Ti, tengo olvidado:
hasta el dolido amor de mi querella.
Ya en mis ojos el día no destella,
ni descansa la tarde en mi collado.

Cuando escuché tu silbo enamorado
ya nada más oí, ni a ver aquella
lumbre torné de la escondida estrella
que era prez de mi cielo desolado.

Ya mi vuelo no alcanza el coro ardiente
de los profetas, que en mi voz vertía
la angustia de su cántico doliente.

Ya nada existe en mí de lo que había.
¡Oh amorosa quietud del alma ausente!
¡Oh soledad de tu alta compañía!

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

3

VUELO ARCANO SOBRE LA CIMA DEL CANTICO ESPIRITUAL

Roto mi ser se hubiera si esta hora,
inmóvil y sin tiempo, no estuviera
más allá de la mística ribera
en que fallece el tiempo y se evapora.

Esta no es ya tu soledad sonora,
oh San Juan de la Cruz, mas ni siquiera
tu música callada, que antes era
medida de mi noche soñadora.

La claridad que ahora me circunda
carece de color, y de sonido
la inmensa voz que el corazón me inunda.

¡Oh arcano mar sin olas, hondo cielo
sin aire, luz sin llama, estremecido
temblor de ala en detenido vuelo!

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

4

ALABANZA DE LA LUZ, IMAGEN MISTICA DE LA GRACIA

En los brazos del aire suspendida
tiembla la luz, melódica y ufana,
como al dar su regazo, en la mañana
del génesis, al soplo de la vida.

Primera entre las cosas, su medida
ella les da a las cosas, y en arcana
música de silencios, leve, mana
de Dios hacia la tierra estremecida.

Imagen de la gracia, su profundo
río de amor lustral renueva el mundo
en el prístino ser de su inocencia.

Todo en sus urnas incorpóreas cabe,
hasta la sombra de la noche grave,
herida de luceros por su ausencia.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

5

RECLAMO DE LA LUMBRE DE DIOS EN LA DESOLACION DEL ALMA CONTURBADA

CÓMO abrasa la sal de esta amargura!
¡Cómo aflige esta sombra y enajena!
Y no saber en dónde está la pena
ni en dónde el filtro que la hiel apura.

No es aquella aflicción clara y segura
que entre sus propios límites se ordena;
menos aún la espada que encadena
su razón a la herida que procura.

Es un dolor de niebla difundida;
ráfaga sin origen ni destino;
honda angustia de angustia contenida.

¿Dónde, Señor, tu lumbre y tu presencia?
Desolación de viaje sin camino.
Noche quemada al hielo de la ausencia.

MARIO CARVAJAL.
Cali-Colombia

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

LA IGLESIA
en la "Leyenda Negra" hispano-americana

DESDE hace aproximadamente una doble decena de años, he venido acumulando materiales para abordar, con la severidad de exigencia, el estudio del origen, difusión y verdadero punto de mira de la *leyenda negra hispano-americana.* Todo hombre culto la conoce. Es aquella conseja según la cual cuanto Castilla realizó en el Nuevo Mundo se redujo a una diabólica hazaña de pillería, en la que lo burdo atroz rimó al unísono con lo más refinadamente inícuo. Lo que no todos saben, sin embargo, es que quienes explotaron la fábula buscaban a la Iglesia por encima de España, y que, en el supuesto más favorable para ellos, aparecen siempre fusionando en un mismo desamor —el que tenían al monarca católico y el que profesaban a la catolicidad de éste— la razón que acicateaba los ataques.

Poco efecto tuvo, a tal respecto, el grito de alerta con que a principios del siglo XVII Vargas Machuca llamó la atención sobre el aprovechamiento que, para sus planes religiosos, los hugonotes hacían de la leyenda (1). Los po-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

cos que llegaron a conocerlo, no se resolvieron a prestar crédito al peligro que Vargas insinuaba en su *Discurso.* Quizá creyeron que se excedía en los temores. Y, lógicamente, aquel llamado a la realidad no tuvo frutos. No es posible negar, esto empero, que el trono español, anticipándose inclusive a Vargas Machuca, había dispuesto —hoy diríamos *oficialmente*— que el mundo fuera informado con verdad, acerca de todo lo atañedero a su obra en América (2); pero tampoco lo es que el aspecto puramente anticatólico de la campaña difamatoria, no fué contemplado como habría sido necesario y justo. Castilla, esto es cierto, dispuso que se documentara, en una crónica verídica y con solidez erudita, la preocupación que ella tuviera por difundir la Fe en las tierras develadas por Colón, así como, también, el cuidado que prestara a todo cuanto se vinculaba con el culto divino (3); pero la verdad es que lo que con ello se perseguía, muy de preferencia, era dar cimiento al por entonces discutido *justo título.* Llamábase así al derecho legítimo que para la total conquista americana, España proclamaba como suyo, y cuya licitud procedía de la donación papal de 1493, que sólo le había impuesto una condición esencial: la de propagar la doctrina evangélica. Insisto, pues, en que el aspecto de ataque a la Iglesia que involucraba la leyenda, no fué por entonces contemplado, por lo menos con la nitidez de rigor. Y como, en el andar del tragín erudito al que ya me referí en los comienzos de esta nota, he ido viendo perfilarse tal singularidad específica del incalificable fabulón, me ha parecido útil extraer del libro, próximo a aparecer (*), y a modo de anticipo suyo, las

(*) "La historia de la leyenda negra hispano-americana".

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

conclusiones que, en este particular, tengo logradas en mis pesquisas. Tal es el asunto real de las presentes líneas. Ahora bien: ¿qué fundamento tiene la aseveración de que es la Iglesia el punto de mira último y capital del conocido engendro? La respuesta me es fácil. Bástame exhibir algunas de las diez y siete láminas en que, hacia fines del siglo XVI, el editor holandés Bry concretó la visión objetiva de la leyenda. Aquí mismo inserto dos. Ambas son por demás elocuentes. Para cualquiera que las observa, la Iglesia, aparece, cuando menos, como un cómplice de las atrocidades. Y un cómplice que saca provecho de las circunstancias. El niño bautizado en las condiciones en que nos lo exhiben en la lámina primera, así como el indígena a quien se predica el Evangelio mientras las llamas de la hoguera aniquilan sus carnes, tal como lo pinta la lámina segunda, son pruebas que patentizan la dolosa intención de los propagadores de la calumnia. El enemigo verdadero era el Papado, la Iglesia, lo católico romano, y en la misma protesta contra la España, dominadora de Flandes, había más de sentimiento religioso que de móvil político o anhelo patriótico. Hasta lo testifica el hecho de que, cuando parte de Flandes —aquella que era la parcela realmente católica— se avino a permanecer bajo el dominio de Felipe II, los holandeses reformados hincaron más hondo el diente de la difamación y lanzaron a los vientos, en versión al francés, —pues era esta lengua la mejor conocida por los reacios a sus inspiraciones—, el desdichado panfleto del P. Las Casas: *Brevísima relación sobre la destrucción de las Indias.* La torcida intención está a la vista. Alzan contra España una grita en la que el vocero mayor es, nada menos, que un misionero indiano, que, para colmo, había ceñido la mitra episcopal. Se ofre-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

ce así su testimonio como irrecusable, desde que es uno de la grey. Y se señalan los pasajes en que el dominico denuncia horrores, cuya responsabilidad deben repartirse, por mitades parejas, la espada del rey y la cruz de los evangelizadores. Claro está que, cuadrando ello maravillosamente al objetivo que los hugonotes perseguían, el título original de la Obra del P. Las Casas no fué conservado y se le substituyó por otro que rezaba: *Tiranías y crueldades perpetradas por los españoles en las Indias Occidentales.* Para mejor denuncia de propósitos, el impreso fué decorado con un añadido bien elocuente... Decía: *Pour servir d'exemple et advertissement aux XVII Provinces du päis bas* (4).

No hay para que advertir que la hipocresía alardeó aquí habilidades sutilísimas. Las descubre cualquiera has-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

ta en la elección de la obra difundida. El librillo del P. Las Casas, escrito como se sabe en 1542 y publicado diez años después, no había tenido, originariamente, más finalidad que mover a piedad al Emperador e inclinarlo a reformar las ordenanzas que regían el tratamiento del indígena americano. Lejos estuvo del autor el propósito de difamar. Exageró, sin duda, cayó en sofismas de generalización, y hasta, quizá, incorporó a su relato alguno que otro embuste eficaz para el logro de lo que buscaba, pero nada hay en el panfleto que acuerde el derecho de proclamarlo la obra de un calumniador sin entrañas. Las Casas era hombre frenético y carecía de equilibrio en sus actitudes. Ese fué su doble mal, y de ahí nace el daño que ha producido al prestigio de España. Los hugonotes

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

ignoraban este detalle, pero lo que no se les ocultaba, era la calidad del desborde pasional de la *Brevísima relación*, cuya sola denuncia de existencia —en cualquier momento de la cultura— obliga a no prestar crédito mayor a cuanto asevera quien así lo padece. Sin embargo, apareciendo como respetuosos del testimonio de Las Casas, sólo porque era religioso y obispo, los reformados lo usaron, precisamente, para combatir la causa en la que el autor del libro era soldado. Y que la actitud de atacamiento a su testimonio fué cosa de hipocresía, lo proclama a gritos la circunstancia de que sólo aceptan de él aquello desorbitado y tremebundo que el dominico escribe contra la conquista, pero se cuidan de huír de cuanto el mismo escritor establece acerca de cosas de agradable recuerdo para la catolicidad de España. Este recurso, por otra parte, ha sido de todos los tiempos. En estos que nos alcanzan, hemos asistido, nuevamente, a su reflorecimiento. Hace denuncias de tal realidad, la lámina que, al comienzo, ilustra esta nota. Trátase de la portada de una publicación, tendenciosa y perversa, hecha en Alemania en los días en que el paganismo oficial arremetía contra la Iglesia. La carátula —cualquiera lo advierte— está inspirada en una de las láminas de Bry que aquí se reproduce, y lleva un título que es, en sí mismo, un categórico pregón de lo que el editor busca sin esbozos. *Bajo el signo de la Cruz*, reza la portada, traducido el texto en su más exacto sentido. Y, naturalmente, intenta así proclamarse que es la Cruz —nuestro excelso símbolo cristiano— la que, por encima de todo, ha dado amparo y ha prestado sombra de protección a cuantos horrores describiera Las Casas con el propósito de exhibir lo que tenía por genuino de la con-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

quista americana. El propósito avieso salta a la vista y no requiere señalamiento mayor. Ello, a pesar, me resisto a silenciar que el prólogo introductorio con que el libro se abre, ofrece todas las características de fina perversidad y avieso fondo que tipificó el *modus operandi* de los hugonotes de las postrimerías del siglo XVI, y de principios del siglo siguiente.

Y esto basta. La "Leyenda negra hispano-americana", pues, fué, cuando menos, un combinado ataque contra España y contra la Iglesia, y, quizá, en algún momento, más contra la Iglesia que contra España. Me lleva a sostener esto último, la verificación de que la repudiable fábula fué empleada en España y por españoles, en las campañas ideológicas a las que se entregó el liberalismo ceñudo de principios del siglo XIX. Mucho puede decirse acerca de esto, pero no quiero anticipar lo que ya tengo escrito en "*La historia de la leyenda negra hispano-americana*", próxima a aparecer. Allí desarrollo, con prueba superabundante, las aserciones que constituyen mi punto de vista personal en este asunto. Y a tal lugar remito a cuantos quieran conocer los fundamentos de lo que aquí sólo presento en esbozo.

Remato esta nota diciendo, con la seguridad que me confiere el hallazgo de pruebas que no dan asidero alguno a la duda: la Iglesia, a la par de España, sufrió en su nombradía las consecuencias de una fábula maligna, edificada sobre la base del testimonio falaz de un desorbitado, y difundida, con intención de descrédito, por quienes proyectaban usufructuar a éste en su beneficio. Y como ocurre en el caso de todas las calumnias, en este de la "leyenda negra", el tiempo, al develar el verdadero obje-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

tivo de ella, ha permitido sentenciar definitivamente en su contra. Hoy ya no es serio, para cualquiera que se precie de culto, —no importa el color de su ideología—, dar crédito alguno a la secular conseja. Aceptarla importa, sin disputa, una descalificación intelectual.

ROMULO D. CARBIA.

(1) Bernardo de Vargas Machuca: *Defensa de las conquistas occidentales.* Este tratado forma parte de sus *Discursos apologéticos,* inéditos hasta mediados del siglo XIX.

(2) Tal lo certifica el mandato dado al cronista mayor Antonio de Herrera y Tordesillas, y al que éste respondió en sus *Décadas.* La orden real va implícita en su designación, hecha en 1596.

(3) Esta fué la comisión dada, en 1635, al doctor Tomás Tamayo de Vargas (Véase: Carbia: *La crónica oficial de las Indias Occidentales,* La Plata, 1934, págs. 186 y siguientes).

(4) Translitero la leyenda sin variarla en nada. Ella es la que lleva el libro a que me refiero y que fué impreso en Amberes, en 1589, por François de Ravelenghien.

(5) El libro es la reproducción del panfleto de Las Casas, exornado con las 17 láminas de la edición de Bry, de fines del siglo XVI. Ha sido publicado, en 1936, por Adolfo Klein, de Leipzig, bajo la dirección de Alfred Miller, que es quien se ha encargado de presentar la figura de Las Casas acomodada a las conveniencias de su finalidad proselitista.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

P O E M A S
donde la tarde es un pájaro

1

Hay un cielo de miel y crisantemos que se me pierde
por las venas de tus hombros;
hay una luna con lengua que se extravía entre muchas voces,
que trato de recoger sobre unas flores.

Hay un cielo que nace de ti, que a veces espero al atardecer,
que aguardo conteniendo el aliento, mis prematuras muertes.

Hay una noche mía que sale a buscarte en los inviernos,
por intensas galerías de cuadros;
allá, por donde las paredes están pintadas, y mi sombra va
detrás de lo movible,
posesionándose de lo que nunca será mío,
de lo que huye con tu cuerpo sin sentirlo.

(Qué voz más desesperada brota de algunas flores cuando te
recuerdo, solo).

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Yo te creo insustituible, pero mi corazón
rechaza una luz obscura que te sube de los senos angostos
de la garganta.

Quisiera estar seguro; no, de nada.
Quisiera huir: deseo lo perfecto absoluto,
lo que vive sin nadie, esperando un largo dolor entre mis labios.

2

Contigo el mundo abriría su luna,
donde mi voz reluciente, perdida,
sobria de haber estado sola, quieta,
te aguardó única, en solitaria agua.

En verano dormido, en fruta aceda,
mojé mi piel de ángel desventurado,
de flor maciza, indestructible, sola.
Algunas tardes han visto mis venas

por los ríos; la sombra de mi cara
obscureciendo las islas, inmenso
de amor, ay, desprendido, descubierto.

Quisiera abandonarme eternamente,
ser antiguo en tu boca majestuosa:
ya del olvido, sí!, necesitado.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

3

Hay varios días de lluvia que guardan la sombra de
tus piernas, tus pies marchando sobre el agua;
hay una estación de ferrocarriles que oculta un lugar
para que yo me habitúe a querer.

La gente que me rodea se preguntará, mirándome la
cara desconocida, apagada de tanta nube,
¿qué viaje solitario he de emprender?
Y yo sólo sé de una vía, de una ciudad, que a veces
nace de tu boca,
y muere en muchas palabras. En desdichadas cosas.

Por momentos me queda un olvido tan profundo,
que me empapa el pecho y distrae mi corazón,
como si apoyara en él inmensas hojas de goma,
de raíces que hunden sus venas en hirvientes ríos,
sin misericordia.

Qué viaje triste el de la tierra por tu boca;
este momento en que pienso en ti, para ti únicamente.

RICARDO E. MOLINARI.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

LA TORRE DEL CONOCIMIENTO

Para penetrar en esta Torre debía el estudiante aprender el alfabeto, y luego la puerta se le abría por medio de una llave llamada Gramática. Su primer maestro era Donato, que escribió una gramática latina elemental. Una vez dentro, subía un tramo de escalera y continuaba el estudio del latín en la gramática de Prisciano; aprendía la aritmética de Boecio, la retórica de Cicerón, la lógica de Aristóteles, la astronomía de Ptolomeo, la geometría de Euclides, la música de Pitágoras, a lo cual se agregó la filosofía moral de Séneca y la filosofía natural de Plinio, todo ello custodiado por la Teología, aquí representada por el discípulo de Abelardo, Pedro Lombardo.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.rabira.com.ar

NOTAS SOBRE HISTORIA
de Filosofía, Fenomenología y Filosofía

LA presente nota tiene por objeto determinar el concepto de esas tres formas de actividad filosófica, y, comparadas las dos primeras —pues presentan una estructura semejante— determinar su valor o, mejor, su posición respecto a la filosofía. La Historia de la Filosofía puede ser tratada de dos maneras: material y formalmente.

La primera forma determina los temas y problemas sobre los cuales han trabajado los filósofos y señala las vistas y soluciones sistemáticamente, en sus mutuos nexos causales.

La Historia de la Filosofía así tratada, tiene una peculiar adaptación a la cronología, que le sirve entonces de hilo conductor en su investigación.

La segunda forma goza de una mayor libertad y se independiza de la estricta sucesión cronológica como camino obligatorio de su exposición. La exposición formal puede empezar allí donde una tendencia filosófica ha logrado su plena afloración, para remontarse luego, en sen-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

tido múltiple, hasta sus propios orígenes. Entonces la historia se convierte en investigación de una forma plenamente manifestada; y por lo mismo es ella la que explica todo el proceso anterior que llega y lleva hasta ella; esa forma es como un fin que preside la concatenación de los medios.

La exposición histórica es entonces más bien genética que sistemática. La sistematización de los períodos históricos es sólo una manifestación de esa otra influencia generadora que actúa al través de todo el desenvolvimiento. Entonces la explicación del sentido del pasado filosófico se hace mediante la explicación del sentido del presente. Así, por ejemplo, un filósofo beneficiario del patrimonio de sus predecesores sirve para explicarlos, en la medida en que él los continúa y ellos condicionan su filosofía. Esto es explicar lo obscuro (como son todos los comienzos, por lo más claro (como son los términos de un proceso); lo potencial de una filosofía por lo actual de la misma, una vez que ha llegado a pleno desarrollo. Toda capacidad tiene su explicación última en el acto propio, y el acto es la manifestación inteligible del caudal potencial.

Si se toma la filosofía de Platón, por ejemplo, como núcleo de cristalización de todo un proceso filosófico anteriormente iniciado, se podrá comenzar la interpretación del sentido de la Historia de la Filosofía a partir de Platón y explicar el alcance legítimo de lo que precedió por lo que posteriormente cristalizó como forma típica de esa tendencia inicial.

El proceso siguiente es, sin duda, causado por el antecedente, pero éste es explicado por aquél, puesto que las causas tienen una influencia recíproca.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Una filosofía es una *tendencia* que se abre camino quizá a través de muchas generaciones; es ella la que da sentido de continuidad no sólo a la cultura sino a la filosofía misma. No es la simple yuxtaposición de pensamientos en el tiempo sucesivo lo que constituye la continuidad histórica del pensamiento filosófico, sino la *intencionalidad* que impulsa ese movimiento vital que es la filosofía.

Por eso hay dos maneras de investigar la historia: investigar el proceso que aparece señalando un proceso íntimo (tendencia formal); e investigar el proceso íntimo a través del proceso de manifestación. Hemos llamado a la primera, investigación material y a la segunda, investigación formal de la Historia de la Filosofía.

La investigación material necesita sistematizar las manifestaciones diferentes del pensamiento filosófico; la investigación formal busca el *aislamiento de las tendencias filosóficas,* de en medio de las manifestaciones históricas diferentes.

Esto supuesto, es posible preguntar acerca del carácter epistemológico de la Historia de la Filosofía.

Los elementos del problema son los siguientes: Primero: La inteligencia humana, que tiene una ley de funcionamiento condicionada por la medida de inteligibilidad relativa del ser. La inteligencia humana conoce el ser en cuanto éste tiene un cierto grado de inteligibilidad coaptado a su capacidad. Pero puede trasponer esas fronteras y acceder al ser que posea una mayor inteligibilidad, por los caminos de la analogía. Así progresa y pasa de lo menos inteligible, pero más asimilable para ella, a lo menos asimilable para ella, pero más inteligible en sí.

Segundo: Estos conocimientos de la Filosofía se jalo-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

nan a través del tiempo en forma de sistemas filosóficos o núcleos coherentes de principios, soluciones y conclusiones relativos al ser.

Tercero: Entre un sistema y otro, entre un filósofo y otro, hay dos relaciones: una cronológica, según la cual el siguiente recibe la expresión de un conocimiento precedente; la otra lógica, según la cual una orientación, impulso, sentido, dirección precedente, se coloca al comienzo de una filosofía siguiente, de modo que condiciona su origen y desarrollo.

Dos preguntas se pueden hacer, previas a la determinación epistemológica de la Historia de la Filosofía.

¿La Historia de la Filosofía debe ser la exposición cronológica de los sistemas, con su crítica correspondiente y su valoración según los principios del recto uso de la inteligencia, añadida la exposición de los lazos causales que ligan la aparición de un sistema a otro anterior? De ser así la Historia de la Filosofía, tendría, proporcionalmente, el mismo punto de mira (objeto formal) que, por ejemplo, la Historia de las Instituciones del Derecho; la diferencia estaría en el conjunto historiado (objeto material). Entonces podría formar una sección de la ciencia histórica general, sin necesidad de conceptuarla como *disciplina filosófica.* El concepto de *filosófico* sólo tendría como base el hecho de versar sobre sistemas de Filosofía. Si fuera formalmente el juzgar de expresiones históricas de la Filosofía mediante los criterios de la verdad, no tendría entonces una función histórica sino una función que corresponde *pleno jure* a la Filosofía misma ([1]).

¿La Historia de la Filosofía debe ser, por el contrario, la exposición sistemática o la *aislación destacada* de las tendencias, orientaciones y direcciones posibles del

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

pensamiento filosófico, *en relación a las posibilidades de la inteligencia*, constituyendo, por lo mismo, una disciplina que para descubrir y *aislar* esas tendencias, orientaciones y direcciones posibles, utiliza las manifestaciones habidas en el tiempo, usando la manifestación de los sistemas simplemente como material manifestativo de una tendencia, desentendiéndose de la cronología estricta, por cuanto intenta explicar un proceso progresivo, un devenir, no por el devenir mismo sino mediante la comprehensión de un proceso a partir de su estado de consumación definida (en el caso de que esa tendencia haya agotado sus posibilidades especulativas), y que es una disciplina de las mutuas influencias entre varias tendencias, orientaciones o direcciones, con vistas a tener una visión sistematizada de las posibles direcciones en cuanto se han manifestado históricamente?

Entonces puede concebirse esta disciplina con un punto de mira (objeto formal) diferente respecto a otras disciplinas históricas, de las cuales se aleja no sólo por su material historiado sino también por su *finalidad* y su *estructura formal*. Su finalidad sería, entonces, la develación fenomenológica de la Filosofía en la historia; su estructura sería de carácter filosófico.

¿Una disciplina así enfocada, puede considerarse como una ciencia?

La intención de esta nota es determinar el tipo epistemológico de la Fenomenología, tomando como punto de referencia el concepto de la Historia de la Filosofía anteriormente esbozado.

¿La Fenomenología, es una ciencia o una disciplina filosófica? ¿Cuál es su determinante, su punto de vista peculiar (objeto formal) que puede constituir el punto

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

de mira de una ciencia o disciplina filosófica? Se puede, por el momento, prescindir de la Lógica (cuyo objeto crea dificultades en la comparación) y tomar como referencia la Filosofía real.

Antes es necesario circunscribir el alcance de la expresión *fenómeno.* Puede ser de particular interés utilizar la determinación hecha por Heidegger en "Sein und Zeit".

EL CONCEPTO DE FENOMENO. La expresión griega φαινόμενον, *de la que procede el término Fenómeno, se deriva del verbo* φαίνεσθαι, *que significa "mostrarse", "manifestarse" (sich zeigen); fenómeno significa, por tanto, "aquello que se manifiesta", "lo que se presenta", "lo ostensible";* φαίνεσθαι *mismo es la voz media de* φαίνω, *"revelar", "aclarar", "hacer público", "manifestar";* φαίνω *pertenece a la raíz* φα, *"como",* αῶς, *"la luz", "la claridad", es decir, aquello por lo cual algo puede llegar a ser manifestado, visible en sí mismo.*

Debe retenerse, por tanto, como significación de la expresión "fenómeno": "lo que se manifiesta en sí mismo", "lo ostentado".

Los φαινόμενα, *fenómenos, son, pues, la totalidad de aquello que es manifiesto o puede hacerse ostensible, que los griegos, a veces, identificaban simplemente con* τὰ ὄντα, *"las cosas que son", "Das Seiende".*

Lo que es (Seiendes) puede manifestarse a partir de sí mismo de diversa manera, pero cada vez según el modo en que es posible acceder a él.

Subsiste aun la posibilidad de que el ente, no sea en sí mismo como se manifiesta. En este mostrarse, el ente se presenta así como si fuera lo que presenta. Semejante

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

presentación la llamamos "parecer" ("tener apariencia de", Scheinen). Y así, también en griego la expresión φαινόμενον, *"fenómeno", tiene el significado de "aquello que aparece como", "que tiene apariencia de", "lo aparente", "el reflejo" (aspecto);* φαινόμενον ἀγαθόν *significa un bien que tiene apariencia de tal, pero en realidad no es como se muestra.*

Para la ulterior inteligencia del concepto de fenómeno, principalmente, interesa ver cómo lo indicado en ambas significaciones de φαινόμενον *(fenómeno lo que se manifiesta y fenómeno simple parecer) está relacionado en sí según su estructura.*

Algo, en general, puede mostrarse como algo que no es, solamente en cuanto pretende, según su sentido, mostrarse, es decir, ser fenómeno.

En la significación φαινόμενον *(parecer) está ya incluída la significación originaria (fenómeno: lo manifestado) como la que fundamenta la segunda acepción* [*Schein, parecer*].

Aplicamos el apelativo "fenómeno" terminológicamente a la significación positiva y originaria de φαινόμενον *y distinguimos "fenómeno" de "parecer", como la modificación privativa de fenómeno. Pero, por de pronto, lo que ambos términos expresan absolutamente nada tiene que hacer con lo que se denomina "apariencia" (Erscheinung; "aparición fantástica, no real") o bien "pura apariencia". Así, se habla de "síntomas de enfermedad" (Kranheitserscheinungen). Se alude a los acontecimientos del cuerpo, que se manifiestan y, en manifestarse como tales signos manifestativos, señalan algo que no se muestra a sí mismo. La presencia de semejante*

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

acontecimiento, su mostrarse, va acompañado de la presencia de trastornos, que no se manifiestan a sí mismos. Apariencia en cuanto apariencia de algo, no significa, según esto, precisamente, el mostrarse a sí mismo, sino el anunciarse de algo que no se muestra, mediante algo que se muestra.

Aparecer (Erscheinen) es un no-mostrarse.

Este "no", de ninguna manera debe ser confundido con el "No" privativo, como aquello que determina la estructura del parecer.

Lo que no se muestra de la manera como se muestra lo aparente, tampoco puede parecer.

Todas las indicaciones, descripciones, síntomas y símbolos tienen la estructura básica formal del aparecer, aunque entre sí sean diferentes.

Aunque aparecer (Erscheinen) nunca es un mostrarse, en el sentido de Fenómeno, con todo, aparecer es sólo posible sobre la base del mostrarse de algo. Pero este aparecer, junto a un posible mostrarse, no es el parecer mismo. Aparecer es anunciarse mediante algo que se muestra. Cuando se dice pues: con la palabra "apariencia" llamamos algo en donde algo aparece, sin ser la apariencia misma, no se delimita el concepto de Fenómeno, sino se presupone; la cual presuposición permanece, sin embargo, oculta, porque en esta determinación de "apariencia" la expresión "aparecer" es usada con doble significación. Aquello donde algo aparece, significa, donde algo se anuncia, es decir, no se muestra; y en la expresión: "sin ser la apariencia misma", apariencia significa al mostrarse.

Este mostrarse pertenece con todo, esencialmente al "donde" en el cual algo se anuncia.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Fenómenos no son según ésto, apariencias, si bien cada apariencia se refiere al Fenómeno.

Si se define "fenómeno" con ayuda de un concepto de "apariencia' no aclarado aún, todo se invierte, y una crítica de la Fenomenología hecha sobre esta base, sería, por cierto, una empresa singular. La expresión "apariencia" puede aun tener un doble significado: primero, el aparecer en el sentido del anunciarse en cuanto este anunciarse es un mostrarse, y luego el mismo anunciante, que, en su mostrarse, señala algo que no se muestra.

Y finalmente se puede usar "aparecer" como nombre del genuino sentido de fenómeno en cuanto mostrarse.

Si a estos tres hechos diferentes se los califica como "aparecer", la confusión se hace inevitable...

Kant usa el término "apariencia" (Erscheinung) en esta combinación de sentidos. Apariencias son, según él, unas veces los "objetos de la intuición empírica", aquello que se muestra en ella. Este algo que se muestra (fenómeno en sentido genuino y original) es al mismo tiempo "apariencia" (Erscheinung) como anunciadora radiación de algo, que se esconde en la apariencia.

Puede también "apariencia" convertirse en puro reflejo (Schein) en tanto en cuanto un Fenómeno es constitutivo de la "apariencia", tomada en sentido de "anunciarse mediante un algo que se muestra".

En determinada luz puede alguien aparecer como si tuviese las mejillas enrojecidas; el enrojecimiento manifestado puede ser tomado como anuncio de la presencia de fiebre, la cual nuevamente, a su vez, indica un trastorno en el organismo.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Fenómeno —lo que se muestra en sí mismo— significa una manera destacada en que algo acontece.

Apariencia, por el contrario, significa una relación existente en el ser mismo; de tal suerte es, por cierto, Fenómeno, que lo anunciante solamente puede satisfacer su posible función, si muestra algo en sí mismo.

Apariencia y reflejo (Erscheinung — Schein) se fundan de distinta manera en el fenómeno.

La confundente multiplicidad de los fenómenos, que se significan con el apelativo "fenómeno", "reflejo", "apariencia", "pura apariencia", se despeja solamente si desde el principio se entiende en el concepto de fenómeno: lo que se muestra en sí mismo (puro Signo).

En esta acepción del concepto de fenómeno, no se determina qué ser es tratado como Fenómeno, y queda sin definir si lo que se muestra es un ser o si es un carácter del ser, puesto que exclusivamente se ha obtenido el concepto formal de fenómeno.

Pero, si se entiende por lo manifestativo del ser, más o menos lo que en el sentido de Kant es accesible mediante la intuición empírica, entonces el concepto formal de fenómeno pasa a un uso correcto. Fenómeno, en esta acepción, llena la significación del concepto vulgar de fenómeno. Sin embargo, este concepto vulgar no es el concepto fenomenológico de fenómeno.

En los límites de la problemática kantiana de tal modo puede aclararse lo que fenomenológicamente es conceptuado entre los Fenómenos —suprimidas otras diferencias— que decimos: lo que previa o simultáneamente al Fenómeno vulgarmente entendido —es decir, no temáticamente— se muestra ya en las apariencias, puede temáticamente ser elevado a un mostrarse y esto que así

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

se muestra en sí mismo (formas de la intuición), son los fenómenos de la Fenomenología... ("Sein und Zeit". Halle 1935. Einleitung. Zweites Kapitel; paragraph 7; "A Der Begriff des Phänomens".)

Esta conceptuación, basada en la etimología y en la lingüística, aporta a la definición descriptiva del fenómeno mismo dos elementos esenciales: la manifestación de sí mismo y el anuncio (algo menos que manifestación) de algo que está presente sin manifestarse o mostrarse.

Todo puede reducirse entonces a una sola expresión: *El fenómeno es un signo.*

El signo es algo que además de su propia forma manifestada, de suyo lleva al conocimiento de otro objeto. El tipo propio del signo es el sensible; pero este concepto tiene una función que analógicamente puede ser ejercida por algo no sensible. Entonces es posible un puro signo, cuya forma no apareciera sino en tanto en cuanto anuncia otro ser.

El signo anuncia la presencia manifiesta u oculta de lo signado o señalado; pero también tiene su determinada estructura que se manifiesta ante la mirada para la cual es signo. Esta manifestación propia corresponde a todo signo, sea sensible, sea espiritual.

Expresamente prescindimos de los signos lógicos, puramente formales o puramente anunciantes y manifestados sólo a través de su objeto anunciado, porque en ellos la manifestación de su propia forma o estructura, es indirecta.

La afirmación de que todo signo implica la presentación de su estructura, debe entenderse que sólo implica una manifestación, sea directa sea indirecta. Si la manifestación directa de la estructura del signo fuera previa

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

a todo conocimiento de lo anunciado por el signo, el idealismo no tendría necesidad de probarse: sería necesario.

El signo de la experiencia sensible proyecta *su propia figura* y, además, anuncia aquello cuyo signo es.

El signo espiritual, como el concepto, no es él mismo manifestado, sino a través de aquello que él anuncia como presente. Hay, en este caso, una causación recíproca: el signo-concepto anuncia al objeto; por el objeto se manifiesta indirectamente el signo mismo.

En todo signo hay, además, una manifestación ocultante. El signo, como tal, es un símbolo, una señal que anuncia algo que no aparece; aparece o se manifiesta el signo, como sustituto y anunciador de lo señalado.

Hay, pues, un descubrir o señalar, condicionado por un ocultamiento previo. Ello, en definitiva, se debe a que todo conocimiento es relativo a un objeto dado, y la adaptación entre ambos no puede ser por identidad sino por presencia. El signo es la presencia oculta de lo señalado.

En definitiva, los signos originarios son los que pertenecen a la intuición sensible. De ellos depende la *presencia intencional* e inmaterial de todo ser ante la inteligencia.

¿Qué conexión tiene cada signo o signos de la experiencia sensible, es decir, los fenómenos, con lo señalado que se hace presente ocultándose detrás de ellos?

El número de elementos inteligibles no es infinito. Las categorías o clasificaciones que se pueden hacer en base a la estructura inteligible de los seres presentados en los signos tiene su límite. Sean las aristotélicas u otras posibles (no es el caso de determinarlo ahora), el hecho es que hay un número de signos-fenómenos que conectan la inteligencia a las categorías señaladas en los signos.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

¿No puede, acaso, pensarse en una sistematización orgánica, de estos signos? Es posible describirlos y numerarlos, luego clasificarlos según el objeto señalado, luego analizar el aspecto o faz típica, manifestada en el signo, que pueda considerarse como anuncio característico de aquel objeto a quien el signo pertenece.

Esta enunciación, descripción, clasificación y análisis de los signos-fenómenos puede orgánicamente sistematizarse.

La respuesta depende de dos factores: de la naturalidad significativa del signo y del concepto de disciplina filosófica correspondiente a esta sistematización de signos.

Platón y Aristóteles resuelven el problema de la naturalidad señaladora del signo en sentido contrario.

Para Platón (demasiado influído negativamente por Heráclito a quien quería detener con una posición parmenidiana) el signo, por ejemplo, la palabra, en fuerza de su propia naturaleza, es decir, en virtud de su estructura, esa que se manifiesta, es señal del objeto cuyo signo es.

Para Aristóteles el signo es doble: natural y arbitrario. Es claro que la elección de un signo, por ejemplo, de una palabra u otra, tiene un fundamento en su estructura, esa que se manifiesta, para ser signo del objeto cuyo signo es; pero su capacidad significativa no es, por ejemplo, en la palabra, natural, sino a elección.

Los elementos naturales de un ser sensible, lo que Aristóteles denomina los accidentes, son signos naturales del objeto (sustancia) cuya presencia anuncian. El distanciamiento respecto a Platón está en esto. Esos elementos manifiestos tienen un nombre; el nombre (palabra) *naturalmente* anuncia o es signo del objeto. Entonces en

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

lugar de apelar a los elementos manifiestos (accidentes) para descubrir el objeto (sustancia) basta hacer la dialéctica de la palabra y su análisis.

Heráclito introdujo con la etimología el análisis de la palabra.

En esto Platón lleva sobre sí la influencia de Heráclito y tiene el puente tendido hacia una dialéctica pura de las ideas, como si fuera un desarrollo de los objetos mismos.

En cambio, Aristóteles deshace esa natural *conexión* (por otra parte inexistente) entre la palabra y el objeto, y obliga a la inteligencia a leer su objeto (sustancia), en los signos de ésta, a saber, los elementos sensibles (accidentes).

Heidegger es, aun en su método, un heracliteano que puede aceptar a Platón en la medida en que éste está influenciado por aquél.

La sistematización de los signos arriba indicados no se confunde en sus cuatro etapas —enumeración, descripción, clasificación y análisis— con la que pudiera hacer otra ciencia empírica cualquiera. Esto es evidente si se advierte que el punto preciso que serviría para clasificar y sistematizar los signos sería la connexión del signo con el inteligible anunciado en el signo; lo cual no hace ninguna ciencia empírica. Todas ellas suponen un núcleo inteligible y sistematizan los signos en lo que ellos tienen de manifiesto; mientras que esta disciplina lo haría sólo en cuanto a su connexión formal con los inteligibles (categorías filosóficas) cuyos signos son.

Si se las compara, entonces, a las ciencias y a la Filosofía, su punto de vista es más filosófico que empírico-científico. Podría ser una disciplina filosófica.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

La Historia de la Filosofía también tenía un proceso de manifestaciones que anunciaban una tendencia, orientación, dirección y sentido de la Filosofía. No era Filosofía, porque su punto de vista no coincidía con la Filosofía misma. Se la puede considerar como una disciplina auxiliar filosófica.

Esta sistematización de los signos, es decir, Fenomenología, tampoco es Filosofía, porque, si bien busca las connexiones de los signos con los inteligibles, eso lo hace de una manera a posteriori, es decir, busca las connexiones que de hecho se manifiestan, dónde se manifiestan; pero no cómo y porqué *deben* (a priori) por sus causas manifestarse; eso sería Filosofía.

Se la puede considerar como una disciplina filosófica cuya justificación de derecho estaría en manos de la Filosofía; digo la justificación de cómo y porqué tales signos tienen las connexiones que la Fenomenología hubiera encontrado.

El carácter propio sería: una disciplina de tipo explicativo en la línea del hecho filosófico, desde un punto de vista descriptivo diferente del punto de vista formalmente filosófico.

¿Es una ciencia? La respuesta está sujeta a discusión. A nuestro juicio no alcanza a ese tipo de conocimiento. Quizá esta opinión se funda en un concepto demasiado estricto de ciencia, en el concepto exigido por Aristóteles cuando pide para la ciencia "la develación de la causa en cuanto es causa"; lo cual no haría esta disciplina fenomenológica, cuyo alcance legítimo es, a nuestro juicio, establecer sistemáticamente las connexiones entre los fenómenos y los inteligibles. Los inteligibles y sus relaciones son el objeto de la Filosofía; los signos de los

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

inteligibles entre sí y con sus respectivos inteligibles sería el objeto de la Fenomenología en cuanto disciplina filosófica.

Atenuando el concepto de ciencia, quizá pudiera decirse que lo es, en cuanto señala el aspecto peculiar (objeto formal de la Fenomenología) gracias al cual un signo denuncia la presencia de un inteligible determinado con preferencia o exclusión de otro.

Aun entonces esto no se haría en forma necesaria, puesto que se diría el hecho de tal preferencia, pero no su causa o explicación.

La intención de esta nota era hacer ver cómo, a través de una comparación con la Historia de la Filosofía, la moderna Fenomenología se conecta con la Filosofía; precioso aporte, siempre que deponga los atavíos que no son suyos y se muestre como lo que es: la disciplina de los signos que, al manifestarse, anuncian, además, la presencia inteligible de algo que está más allá de ellos mismos.

Ese algo más allá es la Filosofía que conoce el objeto, cuyo signo estudia la Fenomenología en sus connexiones de hecho.

La determinación de este problema epistemológico nos parece revestir un particular interés, pues señalaría la manera de aprovechar el esfuerzo analítico que supone la creación de la Fenomenología.

JUAN R. SEPICH.

(1) Esto no quiere decir que *didácticamente* no pueda y deba hacerse, máxime cuando el estudio de la Historia de la Filosofía, es casi la única oportunidad de acercarse a la Filosofía misma. En la nota presente se atiende solamente a las exigencias estrictas emanadas de la propia estructura de la Historia de la Filosofía.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

ROMANCE DEL SEÑOR SAN IGNACIO

Señor San Ignacio,
alférez mayor,
llevas la bandera
delante de Dios.

Anónimo.

CABALGA *Ignacio Loyola*
Por esas tierras de España;
Noble capitán sin miedo
por esas tierras cabalga.

Escolta que le seguía
levanta gran ruido de armas.
Doncellas salen a verle,
doncellas enamoradas.

En el arte de la guerra
ilustra con sus hazañas
el nombre de sus mayores
y las crónicas de España.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Pero una batalla recia
—¡ay y qué dura batalla!—
para Ignacio de Loyola
estaba pronta y ganada.

No la libraba en Pamplona,
ni en Córdoba ni en Granada,
ni en Salamanca la docta,
ni en Castilla la nombrada.

Librábala sobre el campo
indómito de su alma,
y ganábala partiendo
el gavilán de su espada.

Cabalga Ignacio Loyola
los caminos de la Gracia.
Noble capitán sin sombra
Por esos cielos cabalga.

En la mitad de los siglos
fuertes legiones comanda,
abanderado de Dios
sobre los cielos de España.

ALBERTO FRANCO.

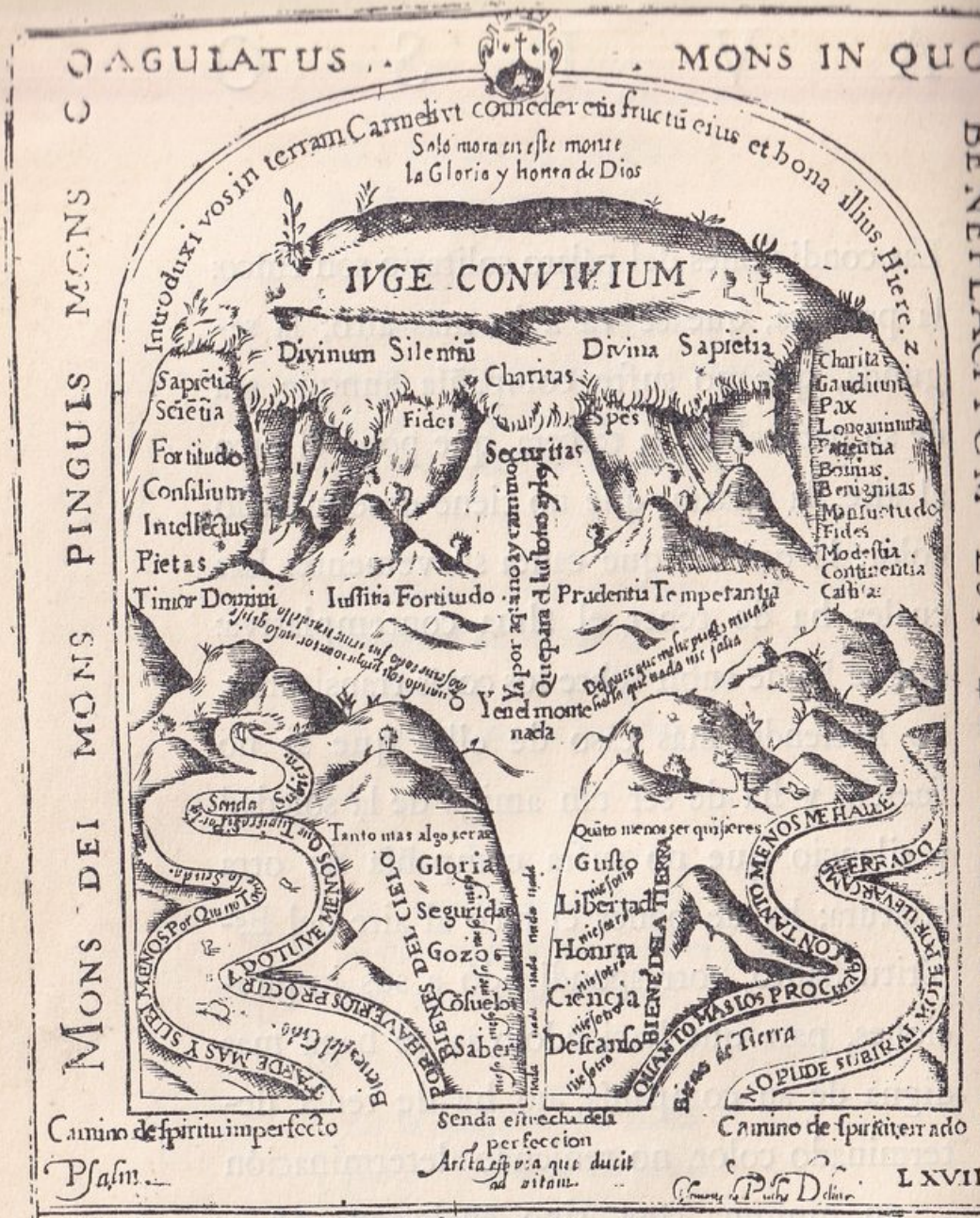
Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

A V I S O

Las condiciones del pájaro solitario son cinco: la primera, que se va a lo más alto; la segunda, que no sufre compañía aunque sea de su naturaleza; la tercera, que pone el pico al aire; la cuarta, que no tiene determinado color; la quinta, que canta suavemente. Las cuales ha de tener el alma contemplativa: que se ha de subir sobre los cosas transitorias, no haciendo más caso de ellas que si no fuesen, y ha de ser tan amiga de la soledad y silencio que no sufra compañía de otra criatura; ha de poner el pico al aire del Espíritu Santo, correspondiendo a sus inspiraciones, para que haciéndolo así se haga mas digna de su compañía; no ha de tener determinado color, no teniendo determinación en ninguna cosa, sino en lo que es voluntad de Dios; ha de cantar suavemente en la contemplación y amor de su Esposo.

De ("Avisos y Sentencias espirituales") de San Juan de la Cruz.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



Los Versillos siguientes declaran el modo de subir por la senda al Monte de perfeccion, y de arriba para no ir por los dos caminos torcidos.

Modo para venir al todo.

Para venir al que no sabes
as de ir por donde no sabes
Para venir al que no gustas
as de ir por donde no gustas
Para venir al que no posees
as de ir por donde no posees
Para venir al que no eres
as de ir por donde no eres

Modo de tener al todo.

Para venir à saberlo todo
no quieras saber algo en nada
Para venir a gustarlo todo
no quieras gustar algo en nada
Para venir a poseerlo todo
no quieras poseer algo en nada
Para venir a serlo todo
no quieras ser algo en nada

Modo para no ipedir al todo.

Quando reparas en algo
deja de arrojarte al todo
Porque para venir al todo al todo
as de dejar del todo a todo
Y quando lo vengas todo a tener
as de tenerlo sin nada querer
Porque si quieras tener algo en todo
no tienes puro en Dios su tesoro

Indicio de que se tiene todo.

En esto es nada y halla el
spiritu quietud, y es signo
porque en no hacia [illegible]
le impelle hacia arriba, y nada
le oprime hacia abajo, esta
en el centro de su humildad
Que quando algo codicia
en eso mismo se fatiga.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

SAN JUAN DE LA CRUZ

I

HABLAR de un Santo (así se trate de un santo-poeta y se haga presente, como tal, en una literatura) es tarea tan desproporcionada a la común medida del hombre, que la sola enunciación del propósito resulta exorbitante, si no vanidosa. Media un abismo entre la común estatura del hombre, que es la nuestra, y la estatura del Santo, que es la exacta y verdadera estatura del hombre: la naturaleza humana, ofrecida enteramente a las operaciones del arte divino, recobra en el Santo aquel "ser poco menos que un ángel": recobra la estatura de Adán; y rebalsa por último su propio nivel en aquel rapto indecible que hace uno del Amante y del Amado, que hace uno del Amado y del Amante, por la virtud unitiva del amor.

Pero esa resurrección a la vida del Amado no la realiza el Amante sino de entre sus cenizas, como el antiguo Fénix: si ha de resucitar a la vida del Amado, es preciso que el Amante sea primero el artífice de su propia muerte. Y se produce entonces lo asombroso, lo que parece absurdo a nuestra lógica de todos los días:

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

para lograr la plenitud de su esencia, el Santo debe realizar una larga y metódica destrucción de sí mismo.

Si las dificultades arrecian cuando tratamos de comprender al menos en teoría la naturaleza del Santo, no dejan de complicarse al infinito cuando se trata de un Santo con voz de poeta: es el caso de San Juan de la Cruz.

Si lo estudiamos como poeta veremos al artista frente a su obra, dueño y señor de su obra, por la virtud del Arte Humano; si lo estudiamos como Santo, vemos que deja de ser el artista, para convertirse en la obra de arte. Porque todo él es una obra inefable de Dios, San Juan de la Cruz es a la vez el artista y la obra de arte: un artista perfecto, según el Arte Humano, y una obra perfecta, según el Arte Divino.

Veamos ahora otro aspecto de su aparente dualidad: si consideramos en él al artista, vale decir, al creador por la belleza, o, como diría Jacques Maritain, al continuador de la natura, diremos que San Juan de la Cruz es un imitador del Verbo, en el orden de la Creación. Si lo consideramos como Santo, es decir, como hombre que consigue hacerse un trasunto de Jesucristo, diremos que San Juan de la Cruz es un imitador del Verbo, en el orden de la Redención. Cada una de estas imitaciones da sus frutos en el Santo; y nos preguntaremos ahora si los frutos de una imitación, la artística, pueden estudiarse como independientes de los de la otra. La respuesta es fácil: en San Juan de la Cruz la poesía es obra de santidad; es una versión "ad extra" del cántico inefable que modula el santo en la intimidad de su ser; es un itinerario de su viaje, la odi-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

sea de su ascenso a la mística montaña; es un fruto de su contemplación, un fruto que ha tomado la forma de la música. Digo la forma de la música, y no la imprecisión de la música: ¡ay de los que se queden en el juego de las imágenes y en el brillo exterior de las formas...! Los que quieran estudiar la poesía de San Juan de la Cruz deben entender que cada una de esas imágenes y cada una de esas formas tiene un valor simbólico: el suyo es un lenguaje tan preciso como el de las matemáticas. De lo dicho resulta fácil entender que es inútil estudiar la obra del santo como independiente de su santidad, y que es inútil aventurar siquiera una mirada en el asombroso tejido de sus poemas, si se ignora el idioma cifrado en que se hallan escritos y si no se tiene al menos una idea del clima espiritual en que dicho idioma es hablado.

Sería más prudente y más digno renunciar a la tarea; pero el caso es que la obra de San Juan de la Cruz pertenece a una literatura, y el historiador o el catedrático no tienen más remedio que abordarla. Unos lo hacen como a regañadientes (y es doloroso comprobar que una literatura tan rica como la de la mística española ocupa sólo tres o cuatro páginas en los gruesos tratados para uso de los estudiantes, y dos o tres horas en la exposición de los minuciosos profesores de literatura); otros abordan la materia con absoluta incomprensión, lo cual es una irreverencia, y otros con premeditada grosería, lo cual es toda una maldad.

Por eso, en el curso de mi disertación, trataré de dar, no una clave de San Juan de la Cruz, lo cual sería

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

pretencioso, sino una idea de cómo el estudioso puede acercarse a la materia, sin profanarla demasiado.

En primer lugar, aunque parezca ocioso, me referiré a la España, o mejor dicho, al siglo de España que vió florecer a San Juan de la Cruz en la doble primavera de su santidad y de su poesía. Digo que parece ocioso, porque las vías de un Santo no están supeditadas ni al espacio ni al tiempo ni a la tierra, sino que son ofrecidas y allanadas desde lo alto, por voluntad inexcrutable del querer divino. Sin embargo, la circunstancia de que el Doctor Místico apareciera en España, no como un hecho aislado, sino como participante de aquel gran mediodía español que tanto enriqueció al Cielo y a la Tierra en el siglo XVI, esa circunstancia, digo, nos hace volver los ojos hacia la España de San Juan de la Cruz, a esa España que, como nunca, se mantenía fiel a lo eterno, en el siglo que, justamente, señalaba el ocaso de la fidelidad.

En una de sus conferencias Eugenio Montes decía que la sucesión histórica de Edad Media y Edad Contemporánea, si convenía en cierto modo a la Europa, no convenía en ninguno a España. Y en efecto, acabada la Edad Media, durante la cual podemos decir que no se hizo nada humano que no tendiese a lo divino, la nueva era parecía obstinarse en distraer al hombre de lo sobrenatural, con el esplendor de lo natural que ahora cobraba delante de sus ojos un valor inédito: y es justamente en este siglo cuando España construye su Imperio, a filo de armas y a filo de carabelas; es en esta edad, justamente, cuando España evangeliza un Nuevo Mundo, combate a los herejes en el Norte, do-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

ma el orgullo de los infieles en el Mediterráneo y pone en la raíz de todas sus empresas un móvil sobrenatural.

Y más todavía: durante la Edad Media el hombre buscaba en sí mismo a Dios, porque se sabía imagen y semejanza de Dios; pero el Renacimiento había inaugurado nuevos caminos, al dar a luz una ciencia curiosa de los fenómenos naturales. La naturaleza era un libro escrito por Dios, según peso, número y medida, y era necesario, en adelante, buscar a Dios en el sellado libro de la naturaleza. Así lo creyeron, ingenuamente, aquellos padres de la ciencia moderna, y sería injusto negarles esa buena intención teológica: lo que no imaginaron era que, a fuerza de leer dicho libro, el hombre se quedaría en las minucias tipográficas, hasta olvidar al fin que las letras pertenecían a un libro y que ese libro tenía un autor. Pero el siglo XVI miraba con fervor los primeros pasos de aquella novedosa teología, y es justamente el siglo en que los místicos españoles hacen florecer como nunca el viejo sendero tradicional, buscando a Dios en sí mismos, y hallándolo en el obscuro vértice del alma.

Tal era el Siglo de Oro español. Y parecía que con la plenitud de su cuerpo Iberia conseguía la plenitud de su alma: tanto más fuerte se hacía el estruendo de sus armas vencedoras, tanto más crecía el de sus voces espirituales; junto a la figura del héroe se alzaba, paralela, la figura del santo; si los talones marciales herían la tierra en la conquista del Imperio Terrestre, los talones del santo, en asombrosa levitación, abandonaban la tierra tras la conquista del Reinado Celeste.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Y entre un dominio y otro las fronteras parecían quebrarse: un Felipe Segundo gobernaba la Ciudad del hombre, con los ojos puestos en la Ciudad de Dios; un soldado, Ignacio de Loyola, cambiaba de milicia, renunciando a las armas terrenales para tomar las armas espirituales; un poeta, Garcilaso, lloraba en la égloga de Salicio y moría batallando en la torre de Muey. Todas las cuerdas resonaban juntas, para formar ese acorde único que hoy llamamos Siglo de Oro: Santa Teresa y San Juan de la Cruz realizaban su asombrosa evasión del mundo, cuando España, si no era el mundo, era casi un mundo; cuando América, desnudándose recién ante los ojos maravillados, ostentaba sus riquezas ocultas y ponía en los oídos un peligroso canto de tentación, el padre Estella y fray Luis de Granada construían los severos caminos de la ascética; en medio de aquel mundo coloreado y enérgico, fray Luis de León hacía el elogio de la soledad y la exégesis de los Nombres de Cristo; al acento heroico de los grandes capitanes, respondía el salado acento de los grandes nautas y el acento lírico de los grandes poetas. Toda España era un gesto vivo y un cántico viviente.

En medio de tales voces y respirando tal atmósfera, San Juan de la Cruz, si no es hijo de aquel siglo admirable, armoniza admirablemente con él. Numerosos detalles de su biografía revelan a una España medioeval aún, con el sentido de lo sobrenatural arraigado como nunca en la entraña de sus gentes, y con la posibilidad del milagro en cada hora y en cada vida.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

II

Me he referido, primero, a Juan de la Cruz en su doble carácter de santo y de poeta; luego traté de ubicarlo en el Siglo de Oro español, no como un hecho aislado, sino en armonía con su siglo; abordaré ahora, y no sin temor, el comentario de su obra difícil.

Como la vía del Santo lleva, en su último extremo, a la contemplación "facie a facie" de la verdad y al conocimiento de los primeros principios en su verdadera y única fuente, lógico es que un modo tan inefable de conocer haya interesado a los filósofos, intrigándolos a menudo, desconcertándolos casi siempre. Si en los buenos tiempos tradicionales el filósofo, obrero de la razón discursiva, se inclinaba reverente y se detenía con temor en los umbrales del Santo, el filósofo moderno, por haber extraviado el sentido de lo sobrenatural, niega hoy toda vía de conocimiento que no sea la de la pobre razón humana, y adopta frente al Santo una postura de incredulidad, sino de sarcasmo. Ciertamente, "la pobre razón humana", con su andar de tortuga y sus fatigosos ajetreos, es nuestro "modo natural" de conocer; pero el filósofo antiguo sabía que dentro de las posibilidades humanas existía otro modo de conocer, un modo sobrenatural de conocimiento que no a todos era dado actualizar en este mundo, sino a los pocos elegidos a quienes Dios llevaba, como de la mano, por las ásperas laderas del Monte Carmelo.

La filosofía moderna, desconociendo y negando ese modo "a lo divino" de conocer, empezó por quedarse con el modo "a lo humano" del conocimiento, y

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

terminó en un puro agnosticismo, veamos por qué: al referirme a "la pobre razón humana", no lo hacía, por cierto, con desdén, sino adjudicándole un calificativo que sin duda conviene a nuestra naturaleza, en su estado presente; justo es decir ahora que, pobre y todo, a pesar de sus limitaciones y fatigas, la razón humana puede alcanzar alturas vertiginosas, si se mantiene fiel a sí misma y a las leyes naturales que rigen su operación. Pero la filosofía moderna, después de hacer tabla rasa con todo conocimiento sobrenatural, acabó por hacer imposible hasta el conocimiento natural, al poner en duda la eficacia de la razón y en tela de juicio sus leyes operativas, o mejor dicho, al destruir el solo instrumento que le quedaba. Y ahora, ¿con qué ojos intelectuales podrá considerar el filósofo al Santo? Veamos un ejemplo:

Hace tres o cuatro años, en uno de sus artículos habituales, el filósofo español Ortega y Gasset criticaba el conocimiento por la mística, y refiriéndose a San Juan de la Cruz lo presentaba como un hombre que, después de haber efectuado un viaje maravilloso, no sabía contar lo que había visto. En aquel entonces, por razones individuales, la materia tenía para mí un interés que no era, por cierto, el de una mera curiosidad científica y, después de asombrarme no poco ante la incomprensión del filósofo, me puse a hilvanar las razones que hubiera dado yo a Ortega, si hubiese tenido que refutar su crítica. Diré ahora cuáles eran dichas razones.

En primer lugar, al decir que se trata de un viaje, Ortega dice bien: es un viaje espiritual, o mejor dicho, una ascensión mística, y San Juan de la Cruz la

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

llama "Subida del Monte Carmelo". Ese libro de San Juan, tan oscuro, y, a la vez, tan pavorosamente claro, es el itinerario de su viaje: señala el punto de partida, las etapas que debe cumplir el viajero, y la meta final, o sea: la contemplación de Dios, cara a cara, y la contemplación de toda la verdad en Dios, como en su fuente y principio. Es el conocimiento total, y no alcanzado según el modo indirecto de la razón, sino directamente y de una sola mirada.

San Juan de la Cruz ha realizado el viaje y ha conseguido la visión directa. Ya de regreso, no cuenta lo que ha visto en el ápice del monte, y el filósofo se ve defraudado: en realidad, no es que el Santo "no quiera" referir el objeto de su visión, sino que, humanamente, "no puede" referirlo, por tratarse de un conocimiento experimental, intuitivo, directo, y, por ende, incomunicable.

Fácil es demostrar que todo conocimiento intuitivo es incomunicable, y el filósofo tiene dos ejemplos a mano: el conocimiento por los sentidos corporales y el conocimiento por la belleza, pues uno y otro son de tipo experimental. Supongamos que yo he tocado un tizón encendido y que deseo comunicar esa impresión a Sócrates, el cual no ha tocado nunca un tizón ardiente. En vano agotaré las palabras, los razonamientos y las figuras: no conseguiré mi propósito. Y Sócrates, a fuer de hombre curioso, no tendrá más remedio que hacer la experiencia y poner su mano en el tizón, si quiere saber exactamente lo que yo he sentido al tocarlo. Por eso, y en este orden, es imposible comunicar a un ciego

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

qué cosa es un color, y a un sordo qué cosa es un sonido.

Veamos otro ejemplo, el de la belleza. Supongamos que yo he saboreado la hermosura de una rosa, y deseo comunicar ese sabor a Sócrates, que no ha visto nunca dicha flor. Tendré que llevarlo delante de la rosa, para que conozca directamente su hermosura, y Sócrates la conocerá sólo cuando haya realizado por sí mismo la experiencia de ver y gustar.

Y bien, por analogía nuestro filósofo debe admitir en el Santo la posibilidad siquiera de un conocimiento semejante. Y si quiere saber, además, lo que ha experimentado el Santo en el ápice del Monte, que se lo pregunte. San Juan de la Cruz le dirá, sin duda, lo que yo dije a Sócrates:

—Haz la experiencia, y lo sabrás.

—¿Cómo hacer la experiencia?

San Juan le ofrecerá su itinerario: la "Subida del Monte Carmelo". Pero antes le advertirá:

—"Muchos son los llamados, y pocos los elegidos". ¿Has oído el llamado? ¿Eres un elegido?

Y si el filósofo dice que sí, agregará el Santo:

—Así como la visión corporal requiere un ojo adecuado al objeto que mira, también la visión espiritual requiere un ojo adecuado al suyo, que es Dios en su infinita grandeza. Debes preparar el ojo de tu alma.

—¿Cómo? preguntará el filósofo.

Y el Santo le responderá con estas palabras asombrosas:

"En una noche oscura,
Con ansias, en amores inflamada,

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

¡Oh, dichosa ventura!
Salí sin ser notada,
Estando ya mi casa sosegada".

Podría suceder que, decepcionado, el filósofo no viera en la estrofa más que un juego de imágenes poéticas. Y entonces San Juan, en el admirable comentario de su poema, le dirá que la Subida del Monte Carmelo, vale decir, el viaje del alma que tiende a unirse con Dios, se hace de noche y puede llamarse noche, por tres causas: "La primera, por parte del término de donde el alma sale, porque ha de ir careciendo del gusto de todas las cosas del mundo que poseía, en negación de ellas, lo cual es como noche para todos los apetitos y sentidos del hombre. La segunda, por parte del medio o camino por donde ha de ir el alma, que es la fe, la cual es oscura para el entendimiento, como la noche. La tercera, por parte del término a donde va el alma, que es Dios, el cual, por ser incomprensible e infinitamente excedente, se puede también decir oscura noche para el alma, en esta vida". Son las tres noches por las cuales debió pasar Tobías, antes de unirse con la Esposa; o mejor dicho, son tres tiempos de una misma noche, el primero corresponde al anochecer, el segundo a la medianoche y el tercero a la hora nocturna que precede al alba. Y el alba luminosa es el término del viaje, o sea, la feliz unión del alma con el Esposo Místico. Por eso dice San Juan:

"En una noche oscura..."

La primera noche se llama "del sentido". En ella

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

debe perder el hombre el sabor de todas las cosas de este mundo, y destruir el apetito que siente por ellas el corazón, así como Tobías quemó el corazón del pez, en su primera noche. Luego, en la segunda, tendrá que desnudarse el alma de todos los apetitos espirituales, de todas las cosas del entendimiento, de todos los lastres de la memoria, de todos los movimientos de la voluntad; tendrá que combatirse el alma en todas y cada una de sus tres potencias, hasta lograr la más completa oscuridad interior. Entonces, desnuda ya de todas las cosas, así sensuales como espirituales, el alma sólo se guiará por la fe, que también es oscura para el entendimiento, y ésta es la noche segunda en que Tobías fué admitido en la compañía de los santos patriarcas, que son los padres de la fe. San Juan de la Cruz dirá entonces que, "estando ya su casa sosegada", vale decir, habiendo logrado ya esas dos noches del sentido y del entendimiento, el alma sale de viaje:

"Salí sin ser notada,
Estando ya mi casa sosegada".

Y sigue la segunda estrofa:

"A oscuras y segura,
Por la secreta escala, disfrazada,
¡Oh, dichosa ventura!
A oscuras y en celada,
Estando ya mi casa sosegada".

La "escala secreta" que dice San Juan es la "fe viva", el oscuro camino, la noche de la fe, por la cual va

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

el alma comunicándose con Dios, muy secretamente. Es la hora del desposorio místico: el alma ve acercarse al Amado, el cual, por ser oscuro para ella, en su incomprensible misterio, también se le aparece como una noche, que es la tercera y la más tenebrosa. Dice San Juan que el alma va "disfrazada", es decir, que habiendo perdido su color terrestre se viste ya con las tintas del cielo y con la librea del Amado.

Por estas tres noches debe pasar el alma en su viaje hacia Dios: la primera se refiere a la Vía Purgativa, y logra el sosiego de la casa; la segunda es la Vía Iluminativa, la de la fe, y dice Juan, refiriéndose a ella:

"Aquesta me guiaba
Más cierto que la luz del mediodía,
Adonde me esperaba
Quien yo bien me sabía,
En parte donde nadie parecía".

La tercera noche corresponde a la Vía Unitiva, y San Juan la describe así:

"¡Oh, noche que guiaste!
¡Oh, noche amable más que el alborada!
¡Oh, noche que juntaste
Amado con Amada,
Amada en el Amado transformada!"

Porque después de la tercera noche viene la unión del alma con Dios, el término feliz del viaje, la regalada quietud que goza el alma en el eterno mediodía del

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Amado, y que San Juan describe así en la estrofa final de su canción:

"Quedeme y olvideme,
El rostro recliné sobre el Amado,
Cesó todo, y dejeme,
Dejando mi cuidado
Entre las azucenas olvidado".

Así responderá el Santo al filósofo. Y agregará:

—Mal puedo contar mi visión en tu idioma de filósofo, si para ver lo que vi necesité primero desnudar mi alma de todo aquello que hace tu idioma de filósofo. Si estás llamado y quieres ver lo que vi, haz la experiencia de las tres noches oscuras y del alba resplandeciente. Si no lo estás, calla, y respeta los prodigios que hace Dios con la paciencia de sus elegidos. Y, sobre todo, teme, porque hay un temor que es el principio de la Sabiduría, aunque no figure, por ahora, en tu Teoría del Conocimiento...

Habiendo esbozado ya una respuesta al filósofo, no está demás que dirija unas palabras al esteta moderno, al profesor de literatura que todos hemos oído alguna vez en la cátedra, tergiversando, ya sea por incomprensión, ya por malevolencia, el sentido de aquel amoroso idioma que suelen emplear los místicos en la narración de sus espirituales aventuras.

La "Subida del Monte Carmelo" no es, en definitiva, sino un viaje de amor, un sendero que conduce al Amante hasta el Amado, y lo hace uno con él, por la virtud unitiva del amor. San Juan expone la misma realización mística del Carmelo, pero lo hace ahora en len-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

guaje amoroso, como el de Salomón en el "Cantar de los Cantares", y nos da entonces su más divino que humano "Cántico Espiritual".

La Esposa del "Cántico" es el alma que ya herida de amor pregunta por el Amado, es decir, por el Verbo, Hijo de Dios:

"¿Adónde te escondiste,
Amado, y me dejaste con gemido?
Como el ciervo huiste,
Habiéndome herido;
Salí tras ti clamando, y ya eras ido".

No pudiendo comunicarse por sí misma, el alma se vale de terceros, como en los amores terrestres, y solicita el buen oficio de sus ansias, gemidos y oraciones, para que muevan al Amado a mostrarse:

"Pastores, los que fuerdes
Allá por las majadas al otero,
Si por ventura vierdes
Aquel que yo más quiero,
Decidle que adolezco, peno y muero".

Pero viendo que no valen las tercerías de sus afectos, el alma resuelve salir ella misma en busca del Amado, y se dispone al rigor de la vía purgativa, que es negación de todo lo terreno, y a la vía iluminativa, que transpone todas las fronteras entre Dios y el alma:

"Buscando mis amores
Iré por esos montes y riberas,

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Ni cogeré las flores,
Ni temeré las fieras,
Y pasaré los fuertes y fonteras".

Así dispuesta el alma, comienza por buscar las huellas del Creador. Su Amado, en el semblante de las criaturas. Y les pregunta:

"Oh bosques y espesuras
Plantadas por la mano del Amado,
Oh prado de verduras,
De flores esmaltado,
Decid si por vosotros ha pasado".

Interrogadas así las criaturas le responden:

"Mil gracias derramando,
Pasó por estos sotos con presura,
Y yéndolos mirando,
Con sola su figura
Vestidos los dejó de su hermosura".

Pero no satisfecha con ese mensaje de las criaturas, el alma quiere noticias más directas del Amado. Y exclama:

"¡Ay, quién podrá sanarme!
Acaba de entregarte ya de vero,
No quieras enviarme
De hoy más ya mensajero
Que no sabe decirme lo que quiero".

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Y al cerrar sus ojos al mundo exterior, "que no sabe decirle lo que quiere", el alma entra en la noche que ya describió San Juan en la "Subida del Monte Carmelo". No quiere ver al Amado en imágenes, ya sean exteriores o interiores, sino en su propia y cabal figura. Y le dice:

"Descubre tu presencia,
Y máteme tu vista y hermosura;
Mira que la dolencia
De amor, que no se cura
Sino con la presencia y la figura".

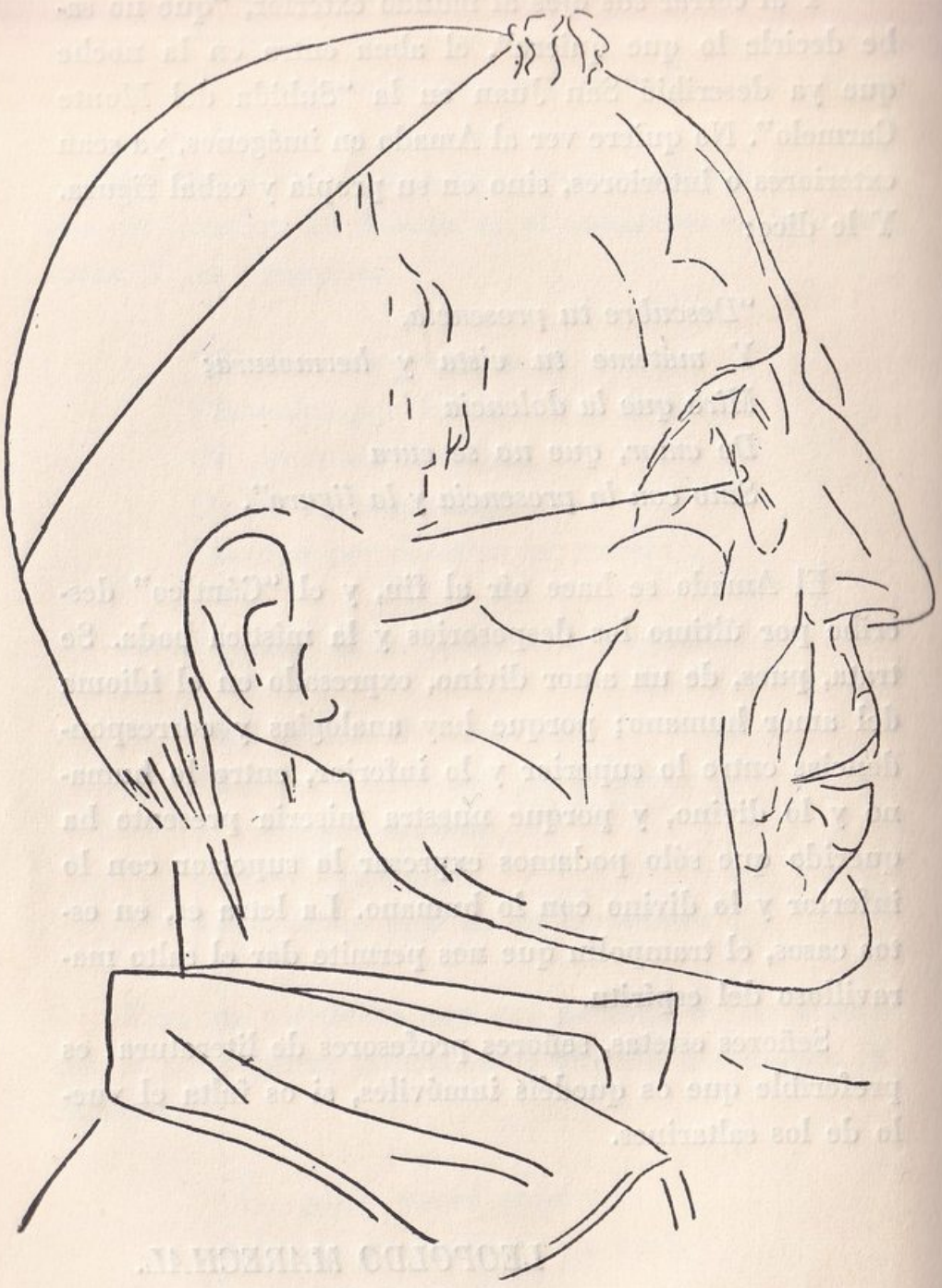
El Amado se hace oír al fin, y el "Cántico" describe por último los desposorios y la mística boda. Se trata, pues, de un amor divino, expresado en el idioma del amor humano; porque hay analogías y correspondencias entre lo superior y lo inferior, entre lo humano y lo divino, y porque nuestra miseria presente ha querido que sólo podamos expresar lo superior con lo inferior y lo divino con lo humano. La letra es, en estos casos, el trampolín que nos permite dar el salto maravilloso del espíritu.

Señores estetas, señores profesores de literatura: es preferible que os quedéis inmóviles, si os falta el vuelo de los saltarines.

LEOPOLDO MARECHAL.

Amigos del Arte, 1938.

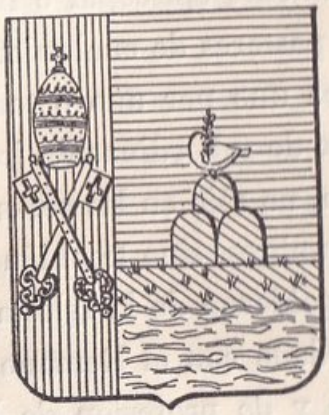
Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



Pío XII
por Marcelo Pearson

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

PASTOR ANGELICUS



PIO XII apacienta hoy la Iglesia de Jesucristo. Su nombre de antes ya no interesa. Su nombre de hoy es Pedro. *"Tú eres Simón, hijo de Jonás; te llamarás Cefas, que quiere decir Pedro"*. (Juan I, 42). Su origen y sus antecedentes, su concepción propia de los problemas actuales, sus opiniones y preferencias tampoco interesan. *"Y dijo Jesús a Simón: No quieras temer, desde hoy serás pescador de hombres"*. (Lucas, V, 10).

Pío XII es Pedro, Vicario de Jesucristo. Desde el preciso momento en que acepta el resultado de la elección, canónicamente efectuada, entra en posesión de la sede episcopal de Roma, sede de Pedro, y por lo mismo queda investido de todos los derechos y prerrogativas a ella anexas.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Enseñamos y declaramos —dice el Concilio Vaticano— que la Iglesia Romana, por disposición del Señor, tiene el principado del poder sobre todas las otras Iglesias y que este poder de jurisdicción del Romano Pontífice es verdaderamente episcopal e inmediato: con respecto al cual los pastores de cualquier rito y dignidad y los fieles —ya sea uno por uno o todos juntos— están obligados al deber de subordinación jerárquica y de verdadera obediencia, no sólo en las cosas que pertenecen a la fe y a las costumbres, sino también en las que miran a la disciplina y gobierno de la Iglesia universal; de tal modo que —guardada con el Romano Pontífice la unidad de comunión y de profesión de la misma fe— la Iglesia de Cristo es una grey bajo un supremo Pastor. Es ésta la doctrina católica de la cual nadie puede apartarse sin peligro de la fe y de la salvación.

Lo dicho a Pedro por Cristo persevera, entonces, dicho a Pío XII: "*Tú eres Pedro y sobre esta Piedra edificaré mi Iglesia. Apacienta mis ovejas. Apacienta mis corderos.*

"*Yo he rogado por ti para que tu fe no desfallezca y tú, una vez convertido, confirma a tus hermanos*".

Pío XII, sucesor de Pedro y Vicario de Jesucristo es, entonces, Doctor, Pontífice y Pastor de la Iglesia universal con poder pleno e inmediato sobre todos y cada uno de los fieles cristianos.

Su misión es la misma e idéntica que la de Pedro, Lino, Clemente, Gregorio, Benedicto, León o Pío: "*Apacienta mis ovejas; apacienta mis corderos*". Pero esta misión, una e idéntica a través de 262 diferentes Pon-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

tífices, puede revestir una modalidad diversa, ya que diversas son hoy las condiciones de la Iglesia y de los fieles cristianos que han de ser apacentados. De aquí resulta que es lícito hablar ya de la fisonomía del Pontificado de Pío XII. Pero ¿podemos preguntarnos cuál ha de ser esta fisonomía? Efectivamente, porque lo contrario equivale a rebajar el alcance de la inteligencia humana. Porque la inteligencia aplicada correctamente al estudio de los problemas históricos, si procede con profundidad, debe ser capaz de prever el futuro inmediato (por lo menos en sus líneas generales), ya que este futuro está en el pasado como el efecto está en la causa. No se quiera invocar la contingencia de los hechos históricos, a causa de la libertad humana, porque esta contingencia, como la misma libertad, es muy relativa. Las causas libres se mueren libremente dentro de un ámbito de ineludible necesidad. Así —poniendo un ejemplo que ha de ilustrar esto de mejor manera que largas explicaciones— ¿quién puede negar que los factores de la revolución española, como Azaña, Prieto y Largo Caballero, no han actuado como autómatas sino libremente, en el proceso del drama español? ¿Pero por eso podrá negarse, acaso, que la revolución española es el desenlace lógico y necesario, previsible y de hecho previsto por los observadores sagaces? Es decir: los fenómenos históricos colectivos y la vida de las instituciones pueden ser previstos con anticipación.

Será, sin duda, imposible determinar anticipadamente las características individuales y contingentes de los fenómenos, pero no ha de ser imposible señalar las

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

esenciales. Así, por ejemplo, no se podrán indicar ahora los caracteres individuales de ciertos hechos del Pontificado de Pío XII, pero no puede ser difícil señalar desde ya la dirección de este Pontificado (que es el sexto en una línea progresiva y constante de Pontífices que llenan cien años de historia), sobre todo si se considera que un único móvil, expresado constantemente de mil diversas maneras, agita con fuerza la acción de estos diversos Pontífices dando admirable unidad a una actividad múltiple y fecunda. Porque desde Pío IX hasta Pío XI, vemos a los Pontífices romanos proponerse constantemente un único y supremo objetivo: *la restauración de todas las cosas en Cristo,* como decía Pío X, o *la Paz de Cristo en el reino de Cristo,* según la expresión de Pío XI.

Las palabras con que Pío XI comienza su encíclica sobre la Realeza de Jesucristo, constituyen el lenguaje ordinario de todos los últimos Papas:

En la primera encíclica que dirigimos, una vez ascendidos al Pontificado, a todos los obispos del orbe católico, mientras indagábamos las causas principales de las calamidades que oprimían y angustiaban al género humano, recordamos haber dicho claramente que tan grande inundación de males se extendía por el mundo, porque la mayor parte de los hombres se habían alejado de Jesucristo y de su santa ley en la práctica de su vida, en la familia y en las cosas públicas; y que no podía haber esperanza cierta de paz duradera entre los pueblos, mientras los individuos y las naciones negasen y renegasen el imperio de Cristo Salvador. Por lo tanto, como advertimos entonces que era necesario buscar la paz de

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Cristo en el reino de Cristo, así anunciábamos también que habíamos de hacer para este fin cuanto nos fuere posible, en el reino de Cristo, decíamos porque nos parecía que no se puede tender más eficazmente a la renovación y afianzamiento de la paz, sino mediante la restauración del reino de Nuestro Señor.

Los Pontífices hablan invariablemente de la restauración del reino de nuestro Señor. Reconocen, por lo tanto, que este reino se asentó antes sobre la tierra, pero que luego sufrió una especie de destrucción. Y así es, en efecto. Desde el Renacimiento, se inicia un proceso de rebelión contra la Santa Iglesia y contra la sociedad por ella modelada. Este movimiento —con el libre examen y con el filosofismo, después de quebrar la influencia de la Iglesia en las artes, en las ciencias, en la política, en la economía, en el corazón de los niños y en la masa de los trabajadores— ha destruído la sociedad cristiana.

¿Qué ha hecho la Iglesia frente a este movimiento arrollador de la impiedad? Ha ido retrocediendo hasta perder casi por completo su influencia sobre la sociedad.

Si se pudiese dibujar en un diagrama la curva de este proceso, veríamos que ella baja casi sin interrupción desde el Pontificado de Bonifacio VIII descendiendo hasta casi cero en el Pontificado de Pío IX. Pero desde aquí la curva vuelve a subir.

En la línea de los Pontífices Romanos, Pío IX es, entonces, un punto que pone fin a la llamada edad moderna (que es edad de diabólicas rebeliones) y punto en el que se inicia el glorioso resurgimiento de la restauración cristiana. Pío IX —porque es un punto final—

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

condensa en un definitivo documento público (el *Syllabus*), todos los errores que la impiedad viene vomitando desde la reforma protestante y que, en resumen, se condensan en la última Proposición condenada que dice así: "El Romano Pontífice puede y debe reconciliarse con el progreso, con el liberalismo y con los modernos principios de la civilización".

Porque es un punto final, Pío IX renuncia a todos los gloriosos privilegios y derechos del Pontificado Romano y se resigna a vivir preso en su propio palacio, en medio de pueblos hasta poco antes cristianos. La Iglesia de Jesucristo queda expuesta a una absoluta desnudez. Los arúspices del siglo pueden vaticinar a corto plazo los funerales del Pontificado Romano.

Pero como punto inicial, Pío IX, despojado de todo, afirmará solamente los dos dogmas sobre los que levantará el edificio de la reconstrucción cristiana, un poder contra el cual nada pueden las puertas del infierno: el de la plenitud jurisdiccional y magisterial del Romano Pontífice y el de la Inmaculada Concepción.

En las postrimerías del género humano, cuando el enemigo antiguo se apresta para dar las últimas batallas, nada más necesario que recordar a la humanidad el poder de Aquella que ha de aplastar la cabeza del Supremo Dragón.

Y cuando la cristiandad, herida en el Pastor, amenaza disgregarse, Pío IX, proclamando la plenitud del Pontífice Romano establece aquella piedra de unidad sobre la que puede edificarse el gran edificio de la Iglesia de Jesucristo. Los fieles cristianos alrededor de los sa-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.a

cerdotes, éstos en torno a sus propios obispos y éstos, a su vez, alrededor del Papa: he ahí una unidad compacta e indestructible que jamás había sido vista.

De esta manera, la Iglesia —puesta bajo la invisible protección de la mujer fuerte como un ejército en línea de combate y bajo la protección visible de aquel contra el cual no han de prevalecer las puertas del infierno— podía comenzar *la restauración de todas las cosas en Jesucristo.*

Esta es la tarea que se proponen, como peculiar y propia de los tiempos nuevos, los Papas desde León XIII a Pío XI. Y como el Pontífice Romano, de acuerdo con los títulos de Jesucristo —de quien es Vicario— es Doctor, Pontífice y Pastor, ha de usar toda la fuerza que le confieren estas prerrogativas en la nobilísima tarea de restablecer el reinado de Jesucristo sobre la tierra.

León XIII es el Doctor de la Restauración del Reino de Cristo.

Pío X es el Pontífice Santificador.

Pío XI es el Pastor, Constructor y Rector de este reino.

Benedicto XV, sucesor de Pío X, no tiene una misión especial en esta tarea, porque la guerra europea interrumpió aquel trabajo de reconstrucción cristiana. "Religio depopulata" (la cristianidad desolada) es el lema de San Malaquías que tan fielmente refleja este carácter de su Pontificado.

Al repetir que León XIII es el Doctor de la Restauración del Reino de Cristo, recordamos aquella fórmula de consagración que el gran pontífice ordenó para todo

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

el mundo y en la que muestra que el reinado de Cristo era lo que más ocupaba su corazón:

"¡Oh Señor, sed Rey, no sólo de los hijos fieles sino también de los pródigos que os han abandonado... Sed Rey de aquellos que por seducción del error o por espíritu de discordia viven separados de Vos... Sed Rey de los que permanecen todavía envueltos en las tinieblas de la idolatría o del islamismo."

En esta magnífica oración comprendió León XIII los tres grandes problemas del reinado universal de Jesucristo, que tan eficazmente habían de promover sus sucesores hasta el día de hoy: la santificación de los pueblos cristianos, el retorno de los herejes y cismáticos y la conversión de los pueblos paganos.

Pero el problema difícil y fundamental era la recristianización de los pueblos cristianos. León XIII lo acometió con empuje. A una sociedad alucinada por máximas engañosas de civilización, el gran Pontífice le hacía ver en su primera encíclica *Inescrutabili Dei* del 21 de abril de 1878, que *la causa de la civilización carece de fundamentos sólidos, si no se apoya sobre los principios eternos de la verdad y sobre las leyes inmutables del derecho y de la justicia y del amor,* cuyo depósito ha sido confiado a la Santa Iglesia. Y a una sociedad imbecilizada por la pseudociencia, que el Apóstol San Pablo llama *filosofía y vana falacia,* le mostró como principal Maestro y Guía a Santo Tomás de Aquino, *amador únicamente de la verdad, riquísimo en la ciencia divina y humana que comparado al sol animó al mundo con el calor de sus virtudes y le iluminó con esplendor* (*Acterni*

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Patris del 4 de agosto de 1879). A una sociedad, imbecilizada por la pseudo libertad le mostró el origen divino del poder (*Diuturnum,* 29 de junio de 1881) y las condiciones de la verdadera libertad que no puede existir donde no ejerce sus derechos la Santa Iglesia. (*Libertas* del 20 de junio de 1888 e *Inmortale Dei* del 1º de noviembre de 1884). A esta sociedad, imbecilizada por la avaricia que la hacía lanzar en una carrera desenfrenada de enriquecimiento sin límites, a expensas de una esclavitud ominosa de los trabajadores, le muestra en la *Rerum Novarum* (15 mayo 1891), la dignidad del obrero que tiene derechos inalienables que nadie puede conculcar sin graves convulsiones sociales.

Y mientras el sabio Pontífice catequiza tan luminosamente a una sociedad sin Dios, no deja de ilustrar en la fe a los pocos cristianos sinceros que había dejado incólumes la Revolución y a ellos dirige su hermosísima Carta *Sapientia christiana* en la que resume los principales deberes de los ciudadanos cristianos; y la otra, *Inter gravissimas,* en que aconseja a los católicos franceses aceptar lealmente la república, trabajando dentro de ella por el reinado de Jesucristo.

Este último documento ha de considerarse como una de las directivas más sabias y de beneficios más incalculables del Pontificado de León XIII. Desde entonces, los católicos supieron a ciencia cierta que la Iglesia quiere que no hagan cuestión de regímenes políticos y que, en cambio, deben tratar de infiltrar la doctrina cristiana en todos los órdenes de la vida. La actuación de los católicos *fuera y por encima de todos los partidos políticos*

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

(como diría más tarde Pío XI) es, desde entonces, condición indispensable para la reconquista de los pueblos cristianos.

León XIII es, en verdad, el Doctor de la Restauración del Reinado de Cristo. *Lumen in coelo,* como reza la divisa de la Profecía de San Malaquías que le corresponde. Pío X será, en cambio, *Ignis ardens,* el Pontífice santificador de esta misma restauración. Por esto, los actos específicos de su Pontificado, aquellos que ponen como una nota distintiva en la serie de los Papas restauradores de la cristiandad, son sus decretos sobre la comunión cotidiana (1905), sobre la primera comunión de los niños al despertar de la razón (1910), sobre una sólida enseñanza catequística impartida a la niñez (encíclica *Acerbo nimis*), sobre el canto gregoriano y la liturgia como *la fuente primera e indispensable del espíritu sobrenatural;* y, en fin, su acción constante por la santificación del clero. La primera encíclica de Pío X (4 octubre 1903) comenzaba con estas palabras: "*Crezca el sacerdocio en la santidad de vida y en la pureza de doctrina y el pueblo se formará en Cristo*".

Después del Pontificado del Doctor y del Pontífice había de seguir el del *Pastor.* Pío XI rige los pueblos hacia la restauración del reinado de Cristo.

Los Pontificados de León XIII, Pío X y Benedicto XV han suscitado un resurgimiento admirable del espíritu cristiano en todos los órdenes de la vida: en el orden intelectual, por el magnífico desarrollo de la intelectualidad tomista de la que son exponentes fecundos centros universitarios; en el orden religioso por el incre-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

mento de la sólida piedad alimentada por una instrucción rigurosa en las verdades de la fe y en la piedad litúrgica; en el orden social por la difusión de la doctrina social de la Iglesia hasta concretarse en promisoras organizaciones de trabajadores; y en general, por la autoridad alcanzada por la jerarquía católica y particularmente la Cátedra de Pedro.

Pío XI, mientras impulsa este vasto movimiento, tiende a darle *terminación;* por eso, su tarea peculiar será organizar el laicado católico (ya adoctrinado por León XIII y santificado por Pío X) en el apostolado de la verdad católica. Pío XI es el Papa de la Acción Católica: logra dar forma propia a este movimiento que es como una movilización metódica y jerárquicamente disciplinada de la actividad católica universal, por la subordinación de la actividad de los católicos alrededor de sus propios curas, de éstos alrededor de sus obispos y de éstos, por fin, alrededor de Pedro, principio y centro de la unidad universal.

El pontificado de Pío XI, en lo que tiene de propio y distintivo, es un pontificado de *terminación,* de *acabamiento.* Si examinamos detenidamente, vemos que no hay nada en él —aparte de los actos que importan este acabamiento—, que pueda considerarse nuevo o peculiar. Sus mismos documentos más notables responden a documentos de los Pontífices León XIII o Pío X. Su encíclica *Studiorum Ducem* sobre Santo Tomás al *Aeterni Patris* de León XIII; *Quadragesimo Anno* a *Rerum Novarum* de León XIII; *Divini illius magistri* sobre la educación, a las normas constantes de la enseñanza de la

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Iglesia; *Casti connubii* sobre el matrimonio cristiano a la *Arcanum Divinae* de León XIII. La conducta seguida en el asunto de la "Action Française" continúa las directivas de León XIII en el "ralliement" y de Pío X en "Le Sillon" acerca del no enfeudamiento de la Iglesia en las contiendas partidarias.

La misma forma del Tratado de Letrán logra sentido admirable dentro de esta misión específica de Pío XI en la serie de los Pontífices restauradores, en cuanto *termina y acaba,* cerrando una situación de hecho, la plenitud espiritual del Romano Pontífice, Doctor, Pontífice y Pastor de la Iglesia Universal.

Pío XI es, entonces, por excelencia, el Pastor en la línea de los Papas restauradores. Pero su misión no es la del apacible conductor de la grey por valles fértiles y amenos, sino del corajudo y prudente que ha de guiarla por sendas peligrosas.

Tres hechos nuevos, totalmente nuevos, el comunismo, el fascismo y el nacionalsocialismo, junto con la terrible crisis económica, plantean al Santo Padre problemas nuevos que le dan un carácter de lucha a su pontificado.

Si quisiéramos determinar el carácter del Pontificado de Pío XI, diríamos que es un pontificado donde el oficio pastoral debe consagrarse al gobierno de la grey católica "recristianizada", pero amenazada por grandes y graves peligros; gobierno pastoral que exige una *fe intrépida* según la divisa que le corresponde en la Profecía de San Malaquías.

El gobierno de Pío XI se distingue, entonces, del de

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

sus predecesores inmediatos en que éstos no podían ejercer el oficio pastoral por no tener una grey recristianizada. Su labor era predicar: enseñar y santificar para recristianizar. Recién cuando, gracias a la doctrina y acción de León XIII y Pío X, han surgido núcleos de cristianos, purgados de la ponzoña liberal y alimentados por la fe, puede el Pontífice ejercer su oficio pastoral.

¿Y cuál ha de ser el Pontificado de Pío XII? ¿Cuál su nota distintiva? Será la continuación de Pío XI, porque Pío XII será Pastor. Pero el carácter distintivo de su misión pastoral no será la lucha, sino la paz.

Pío XII será el Pastor que ha de coronar brillantemente la restauración del reino de Cristo que se viene preparando desde Pío IX. Con él la curva, que desde entonces va en ascenso, logrará el punto más alto. Su acción pastoral conocerá las delicias de un vergel de santidad en la Iglesia y de una paz firme en el mundo. Paz (su nombre lo indica, Pacelli), que ha sido rescatada por el holocausto sublime de Pío XI, quien por ella dió el último suspiro y que ha sido prenunciada por el arco iris que envolvió al cónclave de donde salió electo Pío XII. Paz que no está reñida con una terrible y espantosa guerra que puede teñir los primeros años de su Pontificado y que sería el precio doloroso de un feliz alumbramiento.

Veamos en qué se funda este pronóstico. Si examinamos los últimos Pontificados, vemos que todos ellos llenan un período completo de acontecimientos humanos. Pío IX llena la época de esplendor liberal, masónico, economista; León XIII la época de agudización

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

industrial, laicista, cientificista; Pío X la declinación del liberalismo con la agudización del democratismo; la declinación del industrialismo con la agudización del socialismo, el anticlericalismo.

Con el Pontificado de Benedicto XV, que llena los 8 años de guerra europea (1914-1922), se cierra la época pastosa del último siglo de historia moderna y con el Pontificado de Pío XI se inaugura la época del heroísmo, del heroísmo *del diablo* con el comunismo, del heroísmo de los valores *naturales* con el fascismo y el nacionalsocialismo, del heroísmo *sobrenatural* con la cruzada cristiana de liberación española.

Pío XI hizo de la humanidad en toda la época heroica hasta dejarla en el umbral mismo de la Restauración de la cristiandad, que esto significa el triunfo nacionalista en España. Pío XII, entonces, ha de regir la Santa Iglesia durante la Restauración de la cristiandad.

En otra parte (*) he demostrado que con España comienza ya, en el plano de la vida pública de los pueblos, la restauración de la Cristiandad. Pero este proceso ha de culminar con la cristianización pública de Francia.

"La cristiandad —escribíamos en *Criterio* del 10 de marzo de 1938— sólo puede surgir de una acción común, no sólo política sino plenamente cultural de España y Francia. España, la fortaleza, y Francia, la caridad. España esgrimiendo la espada y Francia levantando la cruz. España y Francia trabajando, a uno y otro lado de la Roma de Pedro, que es Cristo mismo sobre la tie-

* *"Que saldrá de la España que sangra"*. (Edición del Secretariado de Publicaciones de la Asociación de los jóvenes de la Acción Católica. — Buenos Aires, 1937).

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

rra, en la difusión hacia Oriente y Occidente de los últimos fulgores de la Cruz de Cristo".

Que Pío XII haya de ser el maravilloso Pontífice que presida la cristiandad cuando Francia, completando a España, dé cima a su Restauración, parece presagiarlo el magnífico y profético discurso que desde la cátedra de *Notre Dame de París* pronunció el entonces legado Pontificio, el Eminentísimo Cardenal Pacelli.

"*Porque aquí* —decía el entonces Cardenal— *es el alma misma de Francia, el alma de la hija primogénita de la Iglesia, la que hable a mi alma. Alma de la Francia de hoy que viene a decir sus aspiraciones, sus angustias y su oración; alma de la Francia de otro tiempo, que remontando de las profundidades de un pasado catorce veces secular, que evocando las "Gesta Dei per Francos", aquí, entre las pruebas lo mismo que entre los triunfos, suena en las horas críticas, como un canto de noble fiereza y de imperturbable esperanza. Voz de Clodoveo y Clotilde, voz de Carlomagno, voz de San Luis sobre todo..., voz también de los grandes doctores de la universidad de París, de los maestros en la fe y en la santidad... jalonan como ruta triunfal la historia de una Francia que marcha y que avanza a pesar de todo, de una Francia que no muere.*

En su fidelidad para con su vocación, a despecho de todas las dificultades, de todas las pruebas, de todos los sacrificios, está ligada la suerte de Francia, su grandeza temporal lo mismo que su progreso religioso. Cuando pienso en ello, con qué corazón, hermanos míos, invoco a la Divina Providencia, que no ha dejado nunca en

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

las horas críticas de dar a Francia los grandes corazones de que tiene necesidad; con qué ardor le pido que suscite hoy en ella, héroes del amor... para curar las heridas sangrientas del mundo, para apresurar el día en que Notre Dame de París ha de cobijar de nuevo bajo su sombra maternal, a todo su pueblo, para hacerle olvidar como un sueño efímero las horas sombrías, en que la discordia y las polémicas le velaban el sol del amor, para hacer resonar dulcemente a su oído, para grabar profundamente en su espíritu, la palabra tan paternal del primer Vicario de Jesucristo. "Amáos los unos a los otros con un amor fraternal, en la simplicidad de vuestros corazones". (I Petri I, 22).

Pío XII ha de ser entonces el Pastor pacífico del reino de Cristo.

Reino de Cristo en la historia, en el enigma de la fe, lleno de deficiencias y flaquezas propias de la humanidad caída, pero reino de esplendor teologal, porque la *sabiduría tomista* de doctores y pontífices santos formulará la síntesis esplendorosa de la verdad católica; reino de esplendor de amor porque suscitará Dios corazones santos que santifiquen la universidad y la fábrica, la política y la economía, las armas y el foro; reino de los apóstoles, clérigos y laicos, que se den a la tarea de restablecer *la paz de Cristo en el reino de Cristo;* reino de la verdad y de la unión, porque los restos salvables de herejes y cismáticos volverán contritos a la Cátedra de Pedro, principio sagrado de unidad, coronando así el magnífico esfuerzo de la Iglesia por atraer a su seno a los miembros separados; reino universal,

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

porque el movimiento misional se verá coronado con la entrada de pueblos enteros en el redil de Cristo; reino asimismo universal, porque los impíos que no se conviertan quedarán como encandilados por la majestad esplendorosa de la tiara del Pastor Supremo.

Pío XII será el Pontífice Santo de la Sexta Edad de la Iglesia, *edad de consolación en la cual consolará Dios a su Iglesia de la aflicción y de las grandes tribulaciones de la edad precedente,* en la que *todas las naciones se rendirán a la unidad de la fe católica, el sacerdocio florecerá más que nunca... y los hombres vivirán en paz.* (Bartolomé Holzhauser, 1613-1658, Interpretación del Apocalipsis.)

Pío XII será el Pastor Angélico.

JULIO MEINVIELLE.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

En la sancta fe sois nascido, e otra ves regenerado en agua de Spíritu sancto. Si te conviniere de pelear por tu solo cuerpo contra cualquier que dixese la sancta fe católica non ser así, obligado eres a ello; esta es buena caballería, la mejor que ningún caballero puede facer, pelear por su ley e fe, cuanto mas teniendo la verdad.

Gutierre Díaz de Gámez
"Victorial de Caballeros"

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

DIOS puso en las manos del Generalísimo la espada de la guerra y el Generalísimo deposita en el altar de Dios la espada de la victoria. Está teñida de sangre —porque la salvación de España debía llevarse a cabo sangrientamente— y está teñida de luz —porque su salvación debía realizarse luminosamente—.

Bajo la mirada del Cristo Negro de Lepanto el Caudillo de la Cristiandad lee con la voz arrasada la fórmula de su homenaje. Dos falangistas sostienen el pergamino de la ofrenda.

Hincada la rodilla española, el Generalísimo es la encarnación de la grandeza de su pueblo, de ese pueblo que solo hinca la rodilla para levantar el vuelo.

Y la Iglesia recibe la espada del Caudillo,
porque la espada es la afirmación
heroica de la Cruz.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

dice

EL CAUDILLO

SEÑOR, acepta con complacencia el esfuerzo de este pueblo siempre tuyo, que, conmigo, por tu nombre, venció con heroísmo al enemigo de la verdad en este siglo. Señor Dios, en cuya mano está todo el derecho y todo el poder, préstame toda tu ayuda para llevar a este pueblo a la plena libertad del Imperio, para tu gloria y la de tu Iglesia. Señor, que todos los hombres sepan que Jesús es el Cristo, el hijo de Dios vivo.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

dice

EL CARDENAL

QUE el Señor esté siempre contigo El, de quien procede todo el derecho y todo el poder y bajo cuyo imperio están todas las cosas, que te bendiga y que la Divina Providencia siga protegiéndote a ti y al pueblo cuyo régimen te ha sido confiado. En prenda de estos favores, te bendigo en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

FLOR DE LEER

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

"VIDA DE SAN ALEJO"

ALGUNAS líneas son tal vez necesarias para la mejor interpretación de estos versos. Esos cuatro fragmentos narrativos constituyen una muestra sumaria, pero suficiente, de la añeja y conmovedora biografía.

El Misal de los benedictinos de Saint-André anota esta escueta y ajustada noticia: "San Alejo nació en Roma hacia el año 350, de una acaudalada familia, y tuvo por padre al senador Eufemio. Guiado por el Espíritu Santo, renunció a todo su patrimonio y visitó como piadoso peregrino los santuarios del Oriente. Murió en el siglo V, bajo el pontificado de Inocencio I. Su cuerpo fué depositado en Roma sobre el Monte Aventino, en la Iglesia que lleva su nombre".

Aunque ese nombre de Alejo conserva todavía bastante difusión como designativo de persona en los países de hablas neolatinas, la vida y los trabajos de ese mismo santo hoy parecen no estar muy precisos en la memoria de la gente.

No ocurrió así en otros tiempos. Por su firme y rigurosa ejemplaridad, esa biografía de San Alejo cuenta en el número de los motivos hagiográficos en los que con más acentuado encariñamiento supo demorarse la pluma de muchos

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

escritores medievales. En las letras italianas, como en las letras francesas, es dado señalar muestras muy representativas de esa antigua preferencia. En su sabia y siempre sugeridora *Storia de la letteratura italiana* (cap. VI), Francisco De Sanctis destaca a este propósito: "Una de las vidas más interesantes y populares es la de San Alejo, que abandona la casa paterna y la propia esposa en el día de sus bodas para peregrinar y vivir de limosnas. Después de muchos años, de regreso a la patria, sirve, sin ser reconocido, en la casa de su padre, donde tampoco se manifiesta ni a la madre ni a la esposa, y donde los criados lo abofetean, mientras él permanece humilde y paciente". Esto en cuanto al asunto. Por lo que se refiere al valor estético del relato, el mismo De Sanctis observa que de primera intención esa victoria sobre los impulsos elementales no conmueve. En Alejo —dice— no alienta el *homo sum*; no hay lucha ni conciencia del sacrificio, a tal punto que a ese extraordinario penitente le parece accesible y fácil ejercicio virtuoso lo que a nosotros nos desconcierta y maravilla. En el poema, lo extranatural se ha hecho naturaleza. El interés del relato sólo despunta cuando la endeblez humana deja oír su voz y realza, por necesario contraste, todo el merecimiento de la criatura escogida.

Y hay episodios hermosos. Muerto Alejo tras de esa vida de ininterrumpido sacrificio, he aquí que el Pontífice se adelanta por entre la multitud innumerable para venerar al santo varón despreciado. Es entonces cuando un grito quiebra de pronto la solemnidad del instante. "¡Dejadme pasar, dadme sitio, haced que pueda ver a mi hijo, al que he amamantado con mis propios pechos!" El relato parece no menos veraz cuando, al razonar con criterio de madre, la afligida matrona increpa a su hijo y lo llama "descorazonado", o cuando muy luego, y sin interrumpir su llanto, lo glorifica gozosamente.

Este *Antichissimo ritmo volgare de la leggenda di S. Alessio* data de los fines del siglo XII o de los comienzos del XIII.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

De mayor antigüedad es el poema francés compuesto sobre el mismo asunto. La *Vie de Saint Alexis* se remonta a los mediados del siglo XI. Nada se sabe del autor de ese expresivo poema, todo henchido de observaciones precisas y de gracia emocionada. Lo integran ciento veinticinco unidades estróficas de cinco versos decasílabos monorrimos. Sus méritos literarios son aún más apreciables que los del poema italiano, si bien puede decirse que la observación de De Sanctis vale igualmente, al menos en términos un tanto generales, para la composición francesa.

El centenar de versos que entresacamos de los seiscientos veinticinco de que consta el poema permite seguir a Alejo en algunos de los trances más ilustrativos de su vida; permite, sobre todo, asomarse a ese intenso drama, a ratos tan finamente enternecido y a ratos tan áspero y casi visceral, de la soledad materna.

El alto decoro de ese tema —cuya concertada significación así humana como divina es la que se hace patente en el grupo de la Piedad— no podía menos que solicitar la atención conmovida de los ya aludidos escritores medievales. Tema de siempre y para siempre, unas veces es el llanto de Agar imaginando la muerte de Ismael en el desierto de Bersabec; otras, en cambio, es el largo y armonioso plañido de Andrómaca sobre el cadáver de Astianax, cuando manos enemigas lo precipitan desde las torres de Troya; otras, en fin, es ese mismo o parecido episodio en multitud de literaturas y pueblos distintos. Sin ir muy lejos, aun en la historia de las letras de nuestro propio idioma no faltan preciosas muestras. Pensemos —y no es el punto de partida más remoto— en el llanto de la madre de Lorenzo Dávalos: en aquel doloroso y bien compuesto retablo del siglo XV que Juan de Mena figuró en las estrofas 201-207 de su *Laberinto de Fortuna:*

Bien se mostraba ser madre en el duelo...

Lado a lado, y a manera de díptico idiomático, aquí se

Archivo Histórico de Revistas Argentinas www.ahira.com.ar

trasladan los pasajes del viejo poema de Francia: el texto original y una versión en prosa de cada uno de sus versos. Ese texto se reproduce según el establecido por E. Devillard hace ya algunos años (París, C. Klincksiek, 1887).

En la medida en que lo permiten explicables diferencias de construcción y de léxico, el traslado se desarrolla con un apego casi literal y como de calco. Esta voluntaria adhesión al texto hace que la traducción pierda jerarquía literaria y garbo poético, pero así puede procurar un más seguro auxilio para la recta interpretación de los versos originales: es sólo en estos versos donde se consigue estimar debidamente la fuerza de los aciertos expresivos. El escrúpulo de la literalidad estaba impuesto, de igual modo, por las muchas resistencias que el francés antiguo opone casi siempre aun a las personas más avezadas en el buen dominio de sus manifestaciones modernas. Por eso, y tal vez a riesgo de incurrir en una oficiosidad impertinente, tal fidelidad se ha extremado para allanar así al lector no especialista el directo acceso al poema.

Quedarse en la aclaración sólo gramatical de los textos es gesta filológica prescindible. En cambio, si se disfruta de algún sentido de lo pasado y de lo contemporáneo —y más aún de lo que en el pasado no es sino contemporaneidad distante—, siempre parece grato allegarse a estas historias. Ello interesa no menos al sano recreo de nuestra emoción que al buen conocimiento de la literatura o de la espiritualidad de otras épocas. La *Vie de Saint Alexis* no ejemplifica únicamente una etapa más en esa trayectoria, ya varias veces secular, de un tema poético. En ese mismo relato se evidencia el motivo profundo por el que aquellos anónimos escritores gustaron detallar esa biografía con un airoso y aplicado afán de miniaturistas. La alternativa íntima de San Alejo —y esto sí importa destacarlo— fué en resumidas cuentas el drama, en él pronto resuelto, de la vocación irreprimible: "Et omnis qui reliquerit domum, vel fratres, aut sorores, aut patrem, aut matrem, aut uxorem, aut filios, aut agros, propter nomen

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

meum, centuplum accipiet, et vitam aeternam possidebit". (*Math.* XIX, 29).

Plus aimet Deu que trestot son lignage

puntualiza, tajante, uno de los versos. La vida que se nos narra en ese poema es pues una respuesta: un sí absoluto al *Sequere me* cristiano. (*Math.* IX, 9).

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Vie de Saint Alexis

Ad un des porz qui plus est pres de Rome,
iloc arivet la nef a cel saint home.
Quant veit son regne, durement se redotet
de ses parenz, qued il nel reconoissent,

5. e de l'honor del siecle ne l'encombrent.
Eist de la nef e vait edrant a Rome:
vait par les rues dont il ja bien fut cointes,
altre puis altre, mais son pedre i encontret,
ensemble od lui grant masse de ses homes:

10. sil reconut, par son dreit nom le nomet:
" Eufemiens, bels sire, riches hom,
" quer me herberge por Deu en ta maison:
" soz ton degret me fai un grabaton
" empor ton fil dont tu as tel dolor:

15. " tot sui enferms, sim pais por soe amor."
Quant ot li pedre la clamor de son fil,
plorent si oil, ne s'en pot astenir:
" Por amor Deu et por mon chier ami,
tot te dorrai, bons hom, quant que m'as quis,

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Vida de San Alejo

A uno de los puertos que está más cerca de Roma,
allí arribó la nave a ese hombre santo.
Cuando ve su reino, duramente se atemoriza
por sus padres, por que no lo reconozcan

5. *y con las honras mundanas lo agobien.*
Sale de la nave y va en seguida a Roma:
va a través de las calles que por él eran ya bien conocidas;
uno tras otro, por fin encuentra a su padre,
junto con él gran número de servidores;

10. *lo reconoció, por su verdadero nombre lo llama:*
"Eufemio, gentil señor, hombre acaudalado,
"quiérasme alojar, por Dios, en tu morada:
"debajo de tus peldaños hazme una yacija,
"por tu hijo, por el que sientes tú tal pena;

15. *"estoy enteramente enfermo, aliméntame".*
Cuando oye el padre la mención de su hijo,
lloran sus ojos, no se puede contener:
"Por el amor de Dios y por mi amigo,
"todo te daré, buen hombre, cuanto me has pedido,

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

20. lit et hostel e pain e charn e vin."
Cil le menat endreit soz le degret,
fait li son lit ou il pot reposer:
tot li amanvet quant que besoinz li ert.
. . . . . .
Sovent le virent e li pedre e la medre

25. e la pulcele qued il out esposede:
par nule guise onques ne l'aviserent;
n'il ne lor dist, n'il ne li demanderent,
quels hom esteit ne de quel terre il eret.
Soventes feiz lor veit grant dol mener

30. e de lor oilz molt tendrement plorer
e tot por lui, onques nient por el.
. . . . . .
Soz le degret ou gist sor une nate,
la le paist l'hom del relief de la table:
a grant poverte deduit son grant barnage.

35. Ço ne volt il que sa medre le sachet:
plus aimet Deu que trestot son lignage.
De la viande qui del herbec li vient
tant en retient dont son cors en sostient;
se lui'n remaint, sil rent as almosniers;

40. n'en fait musgode por son cors engraissier,
mais as plus povres le donet a mangier.
En sainte eglise converse volentiers;
chascune feste se fait acomungier.
Sainte escriture ço ert ses conseiliers:

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

20. *"lecho y albergue y pan y carne y vino".*
Este lo lleva derechamente bajo los peldaños,
hácele el lecho donde pueda reposar,
le aporta todo cuanto le era necesario.

. . . . . .

Frecuentemente lo vieron el padre y la madre

25. *y la doncella que él había desposado:*
en modo alguno nunca lo reconocieron;
ni él se lo dijo, ni ellos le preguntaron
qué hombre era ni de qué tierra venía.
Frecuentes veces los ve soportar gran duelo

30. *y por los ojos llorar tiernamente,*
y todo por él, nunca por otra cosa.

. . . . . .

Debajo de los peldaños donde yace sobre una estera,
allí lo nutre el hombre con los restos de la mesa;
en una gran pobreza soporta su gran señorío.

35. *Así, él no quiere que su madre lo sepa;*
ama más a Dios que a todo su linaje.
Del alimento que del hostal le llega,
tanto guarda cuanto a su cuerpo sostiene;
si algo le resta, lo entrega a los limosneros:

40. *no hace provisión para cebar su cuerpo,*
pero a los más pobres lo da para que coman.
A la santa iglesia concurre de grado;
en cada fiesta recibe la comunión.
Las Santas Escrituras son su consejero:

Archivo Histórico de Revistas Argentinas www.ahira.com.ar

45. del Deu servise le rovet esforcier:
par nule guise ne s'en volt esloinier.
Soz le degret ou il gist e converset,
iloc deduit liedement sa poverte.
Li serf son pedre qui la maisniede servent

50. lor lavedures li getent sor la teste:
ne s'en corocet ned il nes en apelet.
Tuit l'escharnissent, sil tienent por bricon:
l'egue li getent, si moilent son linçol;
ne s'en corocet gienz cil saintismes hom,

55. ainz preit Deu qued il le lor pardoinst
par sa mercit, quer ne sevent que font.
Iloc converset eisi dis e set ans;
nel reconut nuls sons apartenanz
nel neuls hom ne sout les sons ahanz,

60. fors sol li liz ou il a geut tant:
ne pot muder ne seit aparissant.
Trente quatre ans at si son cors penet:
Deus son servise li volt guerredoner.
Molt li engrieget la soe enfermetet;

65. or set il bien qued il s'en deit aler...
. . . . . .
De la dolor que demenat li pedre
granz fut la noise, si l'entendit la medre.
La vint corant com femme forsenede,
batant ses palmes, cridant, eschevelede:

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

45. *en el servicio de Dios lo invitan a esforzarse,*
de ningún modo quiere apartarse de él.
Bajo los peldaños donde yace y habita,
allí sobrelleva alegremente su pobreza.
Los siervos de su padre que sirven en la mansión

50. *las lavazas le arrojan sobre la cabeza:*
no se encoleriza ni los acusa.
Todos lo escarnecen, lo suponen un bribón:
le arrojan agua, le mojan la camisa; el lecho
por nada se encoleriza ese santísimo hombre,

55. *mas ruega a Dios que El se lo perdone*
por su misericordia, porque no saben lo que hacen.
Allí permaneció así diecisiete años;
no lo reconoció ninguno de sus parientes,
ni ningún hombre supo sus afanes,

60. *salvo sólo el lecho donde ha yacido tanto:*
no puede cambiar para que eso no sea visible.
Treinta y cuatro años así ha mortificado su cuerpo:
Dios su servicio quiere galardonarle.
Mucho le acrece la enfermedad:

65. *entonces él sabe bien que se debe marchar...*
. . . . . .
Del dolor que conmovió al padre
grande fué el ruido, y la madre lo oyó.
Allí llega corriendo como mujer fuera de tino,
batiendo las palmas, gritando, desgreñada:

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

70. veit mort son fil, a terre chiet pasmede.
Qui donc li vit son grant dol demener,
son piz debatre e son cors degeter,
ses crins derompre, son vis demaiseler,
e son mort fil detraire et acoler,

75. n'i out si dur cui n'estoust plorer.
Trait ses chevels e debat sa peitrine,
a grant dol met la soe charn medisme:
" E! filz, dist ele, com m'ous enhadide!
" E jo, dolente, com par fui avoglide!

80. "Nel conoisseie plus qu'onques nel vedisse."
Plorent si oil e si getet granz criz;
Sempres regretet: "Mar te portai, bels filz!
" E de ta medre quer n'aveies mercit?
" Por teim vedeies desirrer a morir:

85. " Ço'st granz merveile que pitet ne t'en prist.
" A lasse mesre! com oi fort aventure!
" Ci vei jo morte tote ma portedure.
" Ma longe atente a grant dol est venude.
" Que porrai faire, dolente, malfedude?

90. " Ço'st granz merveile que li miens cors tant duret.
" Filz Alexis, molt ous dur corage.
" Com adossas tot ton gentil linage!
" Sed a mei sole velz une feiz parlasses,
ta lasse medre si la reconfortasses,

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

70. *ve muerto a su hijo, en tierra cae desvanecida.*
Quien entonces la hubiese visto debatirse en su gran pena,
golpear su pecho y revolcar su cuerpo,
arrancar sus crenchas y desgarrar su cara,
y levantar y abrazar a su hijo muerto,

75. *no hubiese tenido corazón tan duro para no llorar.*
Arranca sus cabellos y golpea su pecho,
en gran dolor pone a su misma carne:
"¡Ay, hijo, dice ella, cómo me has odiado!
"Y yo, cuitada, cómo fuí del todo ciega!

80. *"No lo conocía, como si nunca lo hubiese visto".*
Lloran sus ojos y lanza grandes gritos,
siempre se lamenta: "¡Desdicha haberte engendrado,
hermoso hijo!
"¿Y de tu madre, por qué no has tenido piedad?
"Por ti me veías desear la muerte:

85. *"Es grande maravilla que la piedad no te haya dominado.*
"¡Ah, desventurada madre, qué tremendo suceso escucho!
"Así veo muerta toda mi progenitura.
"Mi larga espera en gran duelo ha concluído.
"¿Qué podré hacer, cuitada, desdichada?

90. *"Es grande maravilla que mi corazón resista tanto.*
"Alejo, hijo, has tenido un corazón muy duro.
"¡Cómo has abandonado todo tu amable linaje!
"Si a mí sola siquiera una vez me hubieses hablado,
"hubieses reconfortado a tu desdichada madre,

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

95. " qui si'st dolente; chiers filz, bor i alasses.
" Filz Alexis, de la toe charn tendre!
" A quel dolor deduit as ta jovente!
" Por queim fuis! Jat portai en mon ventre;
" e Deus le set que tote sui dolente:

100. ja mais n'ierc liede por home ne por femme.
" Ainz que t'ousse sin fui molt desirrosse;
" ainz que nez fusses, sin fui molt anguissosse;
" quant jot vid net, sin fui liede e goiose;
" or te vei mort, tote en sui coroçose:

105. " ço peiset mei que ma fin tant demoret.
" Seinors de Rome, par amor Deu, mercit:
" aidiez m'a plaindre le dol de mon ami.
" Granz est li dols qui sor mei est vertiz;
" ne pois tant faire que mes cors s'en sazit;

110. " il n'est merveille: "n'ai mais filie ne fil."

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

95. "*que está tan dolida; querido hijo, te hubieses ido auguralmente.*
"*¡Alejo, hijo, oh tu carne delicada!*
"*¡En qué padecimiento has pasado tu juventud!*
"*¡Por qué me huías! Te he llevado en mi vientre,*
"*y Dios sabe que estoy toda acongojada:*

100. "*jamás conseguiré alegría por hombre ni por mujer.*
"*Antes que te tuviese me sentí muy deseosa;*
"*antes que nacieses me sentí muy anhelante;*
"*cuando te vi nacido, me sentí gozosa y alegre;*
"*ahora te veo muerto, me siento toda descorazonada:*

105. "*así me pesa que mi fin demore tanto.*
"*Señores de Roma, por amor de Dios, piedad:*
"*ayudadme a lamentar el dolor de mi amigo.*
"*Grande es el duelo que sobre mí ha caído;*
"*nada puedo hacer para que mi cuerpo no sea dominado;*

110. "*no es maravilla: no tengo ya hija ni hijo.*"

Traducción y nota de ANGEL J. BATTISTESSA.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

ACERCA DE LA LEYENDA

CONSTITUYE una sentida necesidad de nuestros tiempos el tratar de comprender qué cosa sea la leyenda, cuál su valor, su dignidad, y —en muchos casos— su "valor nutritivo". Hoy en día se la ha olvidado de tal manera que casi ha caído en desuso. Ella, sin embargo, alimentó a nuestros padres e inundó a Europa con la más encantadora, permanente y útil de las literaturas. La reemplaza hoy lo que llamamos Mito, esto es una falsedad que pretende aparecer como verdad histórica. Veremos más adelante en qué forma el mito contrasta con la leyenda.

La leyenda puede ser definida así: Es una historia que se cuenta acerca de alguna persona real, de alguna virtud verdadera, o de alguna verdadera experiencia espiritual, de tal calidad que ilumina y satisface al oyente, al par que amplifica y da nueva sustancia al asunto a que se refiere.

De este modo, una leyenda puede ser totalmente verdadera, a pesar de contener episodios asombrosos y de apariencia puramente artística; o bien puede estar —y a menudo está— llena de detalles que nadie pretende verdaderos pero que se les admite como mera ficción, pero ficción, y este es el punto importante, que relata, exalta y fija en la inteligencia alguna realidad de valor permanente. Es de la esencia de la leyenda que su tema no sea la verdad histórica. No se la

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

debe creer como refiriendo un acontecimiento sino como un ejemplo o aun, tan sólo, como un cuadro cuya sola belleza nos conforta.

La razón por la cual la leyenda pasó de moda y fué denigrada y ridiculizada hasta perderse casi totalmente, se originó en el hábito en que cayeron los hombres de medirlo todo con exactitud, mientras despreciaban todo aquello que no podía ser medido.

Esa ha sido la gran enfermedad intelectual de nuestros tiempos, enfermedad que tiene su principio en el éxito alcanzado por la física y otras ciencias como consecuencia de la exactitud de las medidas. Es natural que una ficción o una verdad pintoresca trasmitida por aquellos a quienes las pruebas no inquietaban porque sólo perseguían o la belleza o una verdad moral, no podían ser aceptables para hombres caídos en aquel hábito mecanicista. Cuando oyeron hablar de San Jorge y el Dragón, preguntaron dónde había tenido lugar el combate y si la figura del Dragón representaba algún animal verdadero y conocido. Cuando se les dijo que era un cuento y que tenía moraleja, perdieron por el relato todo interés.

En la misma forma un chico deshumanizado a quien se le narrara el cuento de "Jack the Giant Killer", con miras a provocar en él sentimientos de valor y caballerosidad, podría pedir que se le mostrara en un mapa el lugar donde estaba situado el castillo del gigante. Enterándose de que nunca ha existido tal castillo, este chico presumido llegaría a la conclusión de que luchar en desigualdad de condiciones es una tontería.

La inteligencia de los hombres ha caído en un grado tal de torpeza, que confunde el verdadero sentido del cuento. El hecho de que mucho en la leyenda no fuese históricamente cierto, los llevó a la conclusión de que toda leyenda es por naturaleza una mentira. Pero el abandono de la leyenda ha llevado a falsedades mucho más grandes de las que su uso jamás pudo provocar. Porque la leyenda se tomó una terrible venganza y en su ausencia los hombres se vieron conde-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

nados al Mito, esto es, a la afirmación dogmática de una cosa falsa.

La generación se negó a seguir escuchando la leyenda del Pájaro Milagroso, aquel del que al escuchar los trinos pasaban cien años como una hora, llegó a negar la inmortalidad y la eterna beatitud. Esto es lo que ocurre cuando los hombres se ven privados de la leyenda, y por eso debemos rogar para que vuelva.

Es perfectamente cierto, por supuesto, que la leyenda puede, como a veces pasa, convertirse en Mito, contra lo cual la sociedad debe ponerse en guardia. Tenéis de ello una analogía en la degradación de las imágenes por su uso falso.

La devoción a las imágenes santas, que es una parte noble y admirable de la verdadera religión, puede ser exagerada hasta convertirse en idolatría. Pero nosotros sabemos de dónde pueden derivar mayores perjuicios para la sociedad; si de una condena total de las santas imágenes o de un poco de exceso en la devoción a ellas.

Es un error exagerar la devoción a un determinado santuario, como hizo aquel rey francés que secretamente robaba dinero a Nuestra Señora de París para dárselo a Nuestra Señora de Tours. Pero peores resultados tiene el no hacer ningún caso de los santuarios. Lo mismo pasa con la leyenda.

Cuando una leyenda se convierte en Mito, es decir, cuando algo que sin duda no es históricamente cierto se afirma como verdad histórica, y así se la usa en la política o en la vida corriente, lo que ocurre es pernicioso. Pero un mal mucho más ponzoñoso existe cuando la inteligencia ha llegado a rechazar instintivamente cualquier relato espiritualmente verdadero, hermoso y edificante, por el sólo hecho de que pueda no ser históricamente cierto.

La leyenda abarca desde el cuento de hadas en un extremo, hasta la anécdota exquisitamente contada y admirablemente ilustrada en el otro. Entre los dos figura la gran masa de leyendas, con mayor o menor proporción de funda-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

mentos históricos pero casi siempre con valor análogo, como inspiración para la santidad y la buena conducta.

Tomemos por ejemplo dos narraciones: una históricamente cierta, la otra no. La primera se encuentra en un libro sobre San Luis escrito por un contemporáneo que lo conocía bien. Es un simple hecho histórico del cual el autor fué testigo presencial, pero que bien podía haberse ridiculizado como una leyenda si el texto de su libro se hubiese extraviado. Es la historia de cómo el Santo Rey sentado con su familia en la cabina de un barco en viaje para las cruzadas sintió la embarcación en peligro de zozobrar; de cómo subió al puente y preguntó al capitán qué era esa borrasca y de cómo el capitán contestó: "No fué uno de los cuatro vientos del cielo sino un pequeño viento sin importancia que llamamos en estas regiones *guerbin.* A lo que San Luis maravillado dijo a aquellos que le rodeaban: "Ved cuán grande es Dios. Cuando Se propone poner en peligro la persona del Rey de Francia y a todos los de su sangre, utiliza, no uno de sus cuatro grandes vientos, sino un pequeño vientecillo llamado *guerbin,* del que nunca oímos hablar".

Esto podría haberse transformado en leyenda, con muy poca modificación.

Como leyenda podría haber sido que el Rey de Francia estaba hablando de la grandeza de Dios, que en el medio de su discurso ocurrió este accidente, que le pareció milagrosamente a propósito y que lo utilizó para destacar aquella moral.

Tal leyenda hubiera sido un relato un poco redondeado pero sustancialmente cierto desde el punto de vista histórico y totalmente cierto en moral y teología. Pero los que desprecian la leyenda habrían dejado olvidada la verdad histórica y la moral sin destacar.

El otro ejemplo es un leyenda que no tiene probablemente elemento histórico alguno pero que, mientras tenga aliento, recordaré con particular simpatía porque la encuentro la más agradable y sustentable de las leyendas: me refie-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

ro a la leyenda de San Cristóbal, quien, llevando sobre sus hombros un niño a través de un río, sintió crecer en forma sorprendente el peso de su carga, hasta que en un momento casi le derribó; aquel niño era el Redentor del mundo.

Muy poco sabemos de San Cristóbal. Más bien debiera haber dicho "no sabemos nada" si no temiese que algún ilustrado campeón me saliese al paso contradiciéndome. De todas maneras, sabemos muy poco, y no me asombraría si nunca hubiese vivido.

No obstante, su imagen, gigantesca y bondadosa, estaba en un tiempo a la entrada de todas las iglesias, de un extremo a otro de Europa. El racionalismo se desprendió de ella. Ahora ha vuelto en la más inesperada de las formas: con el automóvil. De paso diré que no estoy muy seguro que estén acertados aquellos que han convertido su imagen en mascota para los automóviles. Me temo que aquel gran barquero, en su simpleza, pensará con facilidad que lo que se le pide es que transporte la gente a través de aquel último río a cuyas orillas los automóviles tienen la justa reputación de llevarnos.

Sea de esto lo que fuere, como leyenda es inapreciable; es la leyenda cuya moral nos enseña a servir al prójimo como un camino para la beatitud. Como dice el poeta: "Tú llevas el peso de todas las cargas del mundo cuando llevas mi debilidad, *Cristóbal*".

En contraste con este rol principal de la leyenda como ejemplo e inspiración (entre las cuales la de Cristóbal puede destacarse) consideremos en ella otro uso, en cuanto testigo de la verdad histórica, al retener en una narración hermosa, hechos que de otra manera se hubiesen perdido.

De estas, no sé de otra de mayor valor y peor comprendida, que la leyenda de Glastonbury y cómo —desprovista de verdad histórica— tiene especial valor ilustrativo.

Por lo menos una vez al año y a menudo más de una vez, paso por Glastonbury. Cada vez que veo esa colina famosa me maravilla la forma en que Inglaterra ha sido separada de su viviente pasado.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Glastonbury debiera estar entre la media docena de lugares más famosos de Europa. Lo fué ciertamente por más de mil años, quizás por trece o catorce siglos; hoy es un sitio donde algunos turistas, y no muchos, vienen a bostezar ante las ruinas, pero para Inglaterra en sí, ya nada significa. Un puñado de las clases educadas conocen su significado, pero Inglaterra ya no se acuerda de él.

¿Qué diríamos nosotros si Italia procediese así con la escarpada ladera de Monte Casino, o Francia con el "Mont-Saint-Michel", o los españoles con Santiago? ¿Qué diríamos si Reims no significase para los franceses más de lo que significa Glastonbury para los ingleses? Y, sin embargo, Glastonbury significa mucho más que cualquiera de éstos.

Significa más aun que Santiago. Fué el primer Santuario del oeste y considerado como algo apostólico, fundado a los pocos años de la crucifixión. Por supuesto que la narración es legendaria. Pero recordemos que hay historia en la mayor parte de las leyendas, y aun podría decirse, en un sentido amplio, que hay mucho más historia que fantasía, y esto es especialmente cierto de las leyendas más antiguas.

La leyenda es esta: San José de Arimatea, que tuvo el acierto de costear el entierro de Nuestro Señor vino a Inglaterra con algunos compañeros trayendo reliquias de la última Cena y especialmente el Cáliz, y fundó aquí un santuario que desde entonces ha perdurado. Estoy seguro que se me juzgará absurdo cuando diga que creo que esta leyenda contiene verdad histórica. De ella crecieron algunos agregados; hermosas narraciones que no son históricamente ciertas. Algunas de estas cosas maravillosas o poco comunes bien pueden serlo, porque siempre es regla segura en historia aferrarse a la tradición, lo cual no impide admitir que en la mayor parte de las leyendas existen elementos de fantasía.

Pero yo no encuentro nada imposible o aún improbable en estas historias de peregrinaje durante los tiempos apostólicos Aquellos que miran con desprecio estos relatos y piensan con esto demostrar que tienen "mentalidad histórica", consiguen precisamente lo contrario, mostrándose incapaces de colocar-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

se dentro de los zapatos del hombre antiguo. Es indudablemente exacto que el efecto producido por el Ministerio, Pasión y Resurrección de Nuestro Señor en el circulo relativamente pequeño que recibió la impresión original de estas cosas tremendas, fué muy grande. La prueba de que ésto fué así, es que encontramos a la Iglesia conservando el recuerdo vívido de esos acontecimientos, difundidos en toda la civilización. Es ciertamente exacto que los hombres que recibieron estas impresiones, ardían en deseos de comunicárselas a los demás, aún a costa de largos viajes y grandes peligros. ¿Por qué entonces no habían de llegar a los límites del Oeste?

La topografía de Glastonbury se acomoda perfectamente a esta historia.

Era en esos días el puerto de una laguna que hoy ha sido reemplazada por una planicie chata y pantanosa. Se puede ver aún hoy, cómo la vieja Vía Romana se acercaba no en la forma directa que lo hubiera hecho si Glastonbury hubiese estado rodeada de tierra firme, sino por un puente sobre el angosto espacio de agua. Es exactamente como la entrada de la Vía Romana a lo que era entonces la Isla de Thanet.

La pequeña iglesia de cañas que fué la primera que se edificó en Glastonbury, fué cuidadosamente conservada y encerrada en un nuevo edificio para mantenerla intacta en los siglos siguientes. Hay buenas pruebas de ello. Fué un santuario de Bretaña en los tiempos de Roma. Las pruebas de que el Cáliz fué enterrado aquí, se apoyan en tradiciones perfectamente auténticas, únicamente rechazadas por aquellos que no saben cómo se forma una tradición.

Debe haber sido entonces un lugar de reverenciada antigüedad ya al final del imperio romano, y el hecho de que tuviese origen apostólico, no sería más fantástico, que el hecho de que Santo Tomás haya predicado en las Indias. No tenemos documentos contemporáneos, pero existe la más arraigada y poderosa tradición. La gente que piensa que tradiciones de esta naturaleza pueden tomar su origen de la nada, son incapaces de comprender la humanidad o su historia.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Si el Cáliz de la última Cena fué realmente llevado allá o no, no es posible afirmarlo, porque hoy la tradición es confusa, por la masa de narraciones posteriores contradictorias. Que el Cáliz debió ser conservado, es de sentido común. Se podría legítimamente dudar de reliquias de una gran personalidad, si se se atribuyesen a fechas anteriores a la época en que ella hubiese afectado a su generación, pero es tonto negar a aquéllas que se atribuyen a un período posterior, a aquél en que la afectó poderosamente.

Uno puede dudar de una reliquia de la Sagrada Infancia, pero ¿cómo dudar de las reliquias de la Pasión?

Yo descarto que las reliquias de la Pasión fueron conservadas; me parece normal que lo hayan sido. El cargo de la prueba, contra la autenticidad de la mesa de la última Cena que se encuentra en Roma, por ejemplo, o contra los clavos o los restos de la corona de espinas o la lanza de Longino que los Cruzados encontraron en Antioquía, no está a cargo de aquellos que creen en la tradición, sino de sus opositores.

Sea como sea, la leyenda de que el Cáliz fué enterrado en Glastonbury (o en la colina opuesta llamada Wearyall) no tiene la misma base que el resto de la historia. Pero lo demás es razonable.

El nombre de San José de Arimatea ha estado vinculado a Glastonbury, desde tan antiguo, como desde que existían trazas de la narración. El lugar ha sido evidentemente considerado con la más alta reverencia desde remota antigüedad. Hasta inmediatamente antes de los grandes Concilios de la pre-reforma, Glastonbury tenía precedencia sobre todos los establecimientos monásticos del Oeste. Su origen apostólico, era incuestionable, y Glastonbury puede entonces datar perfectamente del siglo Iº.

Decir ésto hace cien años, hubiese sido considerado como una locura; hace treinta años hubiera parecido pérfido; hoy parece absurdo; mañana va a ser hasta dubitable y probable, y en una próxima generación aceptado como cierto. Es así como se afirman las verdades basadas en la tradición. Siempre les llega su hora de verdad.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Pero es cierto que siempre está expuesta la leyenda a crear el Mito y que el Mito es siempre un mal.

La palabra Mito puede ser, y a veces es, usada en toda clase de sentidos. Es usada para significar una historia meramente simbólica como aquella de Mitras, o el caso masónico de Hiram, que nadie nunca ha pretendido aceptar como verdadera historia; y es usada también (erróneamente) como un equivalente de la leyenda.

Yo la uso aquí con un sentido limitado y definido: "Como falsa historia que se hace pasar por verdadera". Es un mal particularmente nocivo porque conduce a una orientación falsa.

La observación del mundo, digamos por unos cuarenta años de vida activa, desde la juventud hasta alrededor de los sesenta años, puede dar un claro panorama del Mito; cómo nace un Mito, cómo se forma, cómo se afirma, es aceptado y pasa por fin como una especie de dogma público.

Tomemos, por ejemplo, el Mito del Pueblo, el Mito de la Teoría, y el Mito del Acontecimiento, y en los tres se puede descubrir por experiencia, que siguen las mismas líneas de desarrollo. Después de un cierto números de años, se tiene en la mente el plan de este desarrollo, como podría tenerse el que sigue el desarrollo de un vegetal desde la semilla hasta el fruto.

En primer lugar, se formula una afirmación sobre una Persona, un Acontecimiento o una Teoría; acerca, por ejemplo, de la inocencia o culpabilidad de una persona acusada, digamos Dreyfus, o el pretendiente Tischborne; o acerca de la realidad o falsedad de un acontecimiento particular, como la frase atribuída a Galileo: *Y sin embargo se mueve*; o sobre su carácter, como ser las causas reales del estallido de una guerra; o una afirmación de cómo tal o cuál teoría soluciona un problema particular, como por ejemplo la teoría de que una raza gloriosa (pero imaginaria), como la ra-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

za nórdica, compuesta de gentes desiguales como nosotros, soluciona el problema de cómo se hacen las cosas.

Por un período que puede ser largo, aunque generalmente es bastante corto, esa afirmación alcanza a un pequeño grupo de personas. Estas son fervientes y la propagan con todo su poder. Aún cuando la afirmación es falsa, ellos la creen verdadera, ya que difícilmente se puede considerar que sea de la naturaleza del hombre propagar con entusiasmo y audacia combinados una falsedad conocida, concurriendo para ello un gran número de personas en cooperación, o bien, que se suprima en la misma forma, la prueba en contra de esta afirmación, porque lo diabólico es raro, en la misma forma que es rara la santidad.

Esta falsa afirmación, entonces, es creída por quienes la sostienen; la siguiente etapa comienza con el ataque que se le lleva cuando se hace más ampliamente conocida. Choca con el sentido común y la experiencia del hombre medio, y es entonces activamente combatida. Generalmente el naciente Mito es muerto en su infancia por este proceso. Nunca llega a arraigarse, y si por acaso sobrevive, sólo sobrevive en el despreciado fanatismo de unos pocos.

Pero si en los sectores en controversia entran cuestiones que nada tienen que ver con ella, si la controversia origina pasiones en materias que la razón distingue como enteramente diversas de la afirmación original, entonces ha aparecido el suelo propicio para el Mito, la atmósfera favorable para su desarrollo.

En este punto la próxima etapa es el avance prodigioso, en fuerza y amplia difusión, de la afirmación falsa; podríamos decir que se la ha movilizado y armado, y sale a dar la batalla en gran escala.

Aún en esta etapa puede ser muerto por la derrota con iguales probabilidades que las que tiene de sobrevivir.

Esto es lo que ocurrió, por ejemplo, con el Mito del "Collar de Diamantes", inmediatamente antes de la Revolución. Se sostuvo, por los opositores de María Antonieta, que ella

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

era culpable de robo y falsedad y que aquellos que por último fueron condenados, eran inocentes víctimas expiatorias sacrificadas por su maldad. Se formaron dos partidos; la vasta marea revolucionaria y todos sus entusiastas favorecían el Mito. La lucha se mantuvo por cerca de setenta años o más, pero al cabo de cien, el Mito ha sido destruído, y la verdad ha ocupado su lugar en la Historia. Existía ya la certeza, a fines del último tercio del siglo XIX, de que la Reina era inocente y todos los historiadores serios aceptan este hecho.

Pero muy a menudo sucede lo contrario. El entusiasmo que sostiene la mentira es demasiado fuerte para sus oponentes. Conquista; la oposición vacila; y al final aquellos pocos que permanecen firmes en su apego a la verdad son desoídos, o cuando se les escucha con tratados como locos. El Mito, entonces, ha llegado a su madurez y puede así conservarse, firmemente establecido, durante siglos.

Muy a menudo lo que vuelve la corriente en favor de la falsedad, es la decadencia de aquellos intereses, o de aquella filosofía que sostenía a los que luchaban por la verdad, con la aceptación, en cambio, de la filosofía opuesta. El patriotismo, por ejemplo, podría crear un Mito, que el sentido de una comunidad internacional destruiría. Con el aumento del patriotismo el Mito se hace universal; y puede notarse que la duración de la vida humana tiene mucho que ver con ésto; cuando la primera generación de los combatientes muere, generalmente, sólo uno de los dos lados opuestos conserva suficiente convicción o interés en el asunto, como para mantener su posición.

Pero a la larga el Mito explota; a veces, ésto no pasa sino después de varios cientos de años, y cuando explota, aparece un descubrimiento muy interesante: entre las ruinas del Mito se puede encontrar que sobreviven inesperadas formas de Verdad.

Ya he descripto cómo la Donación de Constantino es un ejemplo de ésto. Fué aceptada desde hace unos mil años hasta hace unos cuatrocientos años, y aún vigorosamente defendi-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

da hasta hace trescientos años. Luego los conocimientos históricos la destruyeron. Durante unos doscientos años fué tratada como simplemente ridícula; y por fin, en nuestros días, pacientes investigaciones han mostrado que a pesar de ser un Mito, y falso, estaba fundada en importantes verdades históricas.

He dicho que he podido personalmente observar el crecimiento de un buen número de Mitos, y debo reconocer que el proceso me entristece. No es un acontecimiento feliz ver cómo algunas falsedades se establecen firmemente, la mayor parte de las cuales están directamente relacionadas con los modernos ataques a la Religión. Pero queda cierto consuelo en la comedia de todo este asunto.

Uno puede conservar una permanente sonrisa de superioridad ante la extravagancia de aquellos que son fieles al Mito. Sus bufonadas resultan divertidas.

Si surgiera, por ejemplo, un Mito según el cual, alrededor del año 80 del siglo pasado, había existido un unicornio en el Zoológico, y si todos los niños contemporáneos míos lo creyesen, me entristecería ver cómo una mentira tan monstruosa, aunque innocua, podría apoderarse de la inteligencia moderna. Pero confieso que me resultarían divertidas todas las derivaciones que podrían surgir. Yo oiría decir que porque negaba el unicornio, se me consideraba un tipo fantástico. Que como ya no soy joven, se me diría que había perdido la memoria. O bien que en la juventud pertenecía a una clase de la sociedad demasiado humilde aún para ir al Zoológico. O bien, lisa y llanamente, que estaba mintiendo para defender algún precepto religioso. Todo esto me divertiría enormemente.

He visto un Mito verdaderamente monstruoso alcanzar la madurez durante mi propia existencia, y lo he visto explotar ante mis propios ojos. Fué el Mito de la "Selección Natural". El entusiasmo que lo sustentó y facilitó la atmósfera

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

en la cual debía desarrollarse, fué la fobia de los Sin-Dios. La "Selección Natural" fué considerada como una solución para deshacerse de la necesidad de un Creador. Aún cuando muchos que la aceptaron ignoraban este motivo, esa fué la fuerza directiva.

Y bien, ha explotado.

Y un verdadero alivio es verse libre de su presencia. Ya no se le acepta. El patriotismo, y el desagrado de confesar un error, le han conservado, especialmente en nuestro país, algunos sostenedores rezagados; pero la opinión general la ha puesto en evidencia.

Esperemos —aún contra la esperanza— que otros Mitos sigan igual suerte; especialmente los peores Mitos que contiene la Historia oficial, anticatólica.

Y mientras el gran destructor del Mito es el estudio paciente y metódico de las pruebas, su gran paliativo es la Leyenda. Vayamos a golpear sobre las ruinas del Mito que considera a todos los piratas Isabelinos como héroes conquistadores, pero acariciemos piadosamente la hermosa leyenda de los versos de Tennyson sobre la Venganza. Ello podría consolarnos por lo menos de la lamentable verdad acerca de ese tipo desagradable que fué Richard Grenville.

HILAIRE BELLOC

Traducción de Cosme Beccar Varela

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

DESESPERACIONES
de amor que hizo un penado galán

Cuando en la mayor altura
de mis altos pensamientos
yo pensé
de poner vuestra figura
—figura de mis tormentos—
figuré,
figuré que mis enojos
han sido tantos y tales
a la clara
que si no os vieran mis ojos
la creciente de mis males
se pasara.

Mas, como siempre tus mañas
han sido darme pasiones
y serán,
quieres tú que mis entrañas
siempre estén hechas carbones
y estarán,

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

pues porque contra un cautivo
tu merced su fuego atiza,
pues sabréis
que aunque parezco estar vivo
es un poco de ceniza
lo que véis.

Y si piensas que es victoria
poner contra un siervecillo
furia tanta,
ten memoria, ten memoria
cómo tienes el cuchillo
a mi garganta;
que si de esto tú la tienes,
yo confío en tu grandeza
y en mis daños
que no querrás que mis bienes
se conviertan en tristeza
tantos años.

Ni querrás que mi tormento,
pues, señora, a ti me di
sin defensa,
dé lugar al pensamiento
para que haga de mí
lo que piensa;
que le hallo tan extraño
que solamente en pensallo
creerás

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

que es ya tan grande mi daño
que aunque quieras remediallo
no podrás.

Porque ya, desventurado,
ya tan rota mi pasión
de esta vez
que de blanco soy tornado
muy más negro que el carbón
y la pez.
Mira, señora, cuán presto
de sano volví doliente
de tal son
que las muestras de mi gesto
te dirán bien lo que siente
el corazón.

Que, si pudiese quejarse
de sus males y despecho,
sé decirte
que jamás podrían contarse
los pedazos que está hecho
por servirte.
Pues tu merced ya despierte
a ver cómo ando penando
tan de veras,
y verás cómo la muerte
contra mí va desplegando
sus banderas.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Y el dolor que a mí se arrima
a tal punto me ha traído
ya en mis días
que si el mal que me lastima
lastimase tu sentido
morirías;
donde podrás conocer
que mi vida se adelgaza
por tal vía
que, señora, has de creer
que el tormento me amenaza
cada día.

Y, por ver que en mis pasiones
te descuidas no queriendo
remediallas,
la muerte con sus pendones
contínuo me está pidiendo
mil batallas;
más yo, como buen guerrero
que contínuo he guerreado
en tal conquista,
no temo ser prisionero
porque estoy aprisionado
de tal vista.

La cual ha hecho venir
en mí tan grandes desmayos
y tan presto
que no puede resistir

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

a los claríficos rayos
de tu gesto,
que, por ser tan ilustrantes,
con muy terrible violencia
me cegaron,
y fueron tan penetrantes
que de mi misma potencia
me privaron.

Ven, señora, ya a valerme
pues que tienes el poder
y es razón
que si venciste en vencerme
no pienses que fué vencer
un león:
porque estaba tan vencido
al tiempo que me venció
tu beldad,
que antes que hubiese nacido
ya te había rendido yo
mi libertad.

COMPARA Y APLICA

Cuando el ciervo está herido
y la yerba va sintiendo
que le hiere,

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

pensando ser socorrido
a las fuentes va corriendo
y allí muere.
Así yo, desventurado,
desde que herido quedé
sin concierto
fui a ti a ser remediado
y en llegando que llegué
quedé muerto.

Duele de que estoy enfermo
y no tengas en tan poco
mi cuidado,
que jamás velo ni duermo
sino me estoy como un loco
desvelado,
rodeado de tormentos,
aquejado de pesares
y tristuras,
pues que ya mis mandamientos
no son sino mil millares
de amarguras.

CABO

Acaba, acaba, señora,
de acabar mi vida apriesa
porque amanse

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

la congoja que en mí mora,
y méteme ya en la huesa
do descanse;
que con esto seré rico
y lo demás yo concluyo
con mis daños.
Solamente te suplico
que te acuerdes que fuí tuyo
muchos años.

ANONIMO (SIGLO XVI)

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

L I B R O S

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

ROCA, por Leopoldo Lugones. Prólogo de Octavio R. Amadeo. Imprenta y Casa editora "Coni" Bs. Aires, 1938

Como toda la prosa de Lugones, ésta de su libro póstumo, asombra por la ceñida objetividad de la expresión literaria, por la justeza de un lenguaje que va derechamente a las cosas. Fiel a su condición de tal, la prosa de Lugones, no sugiere, sino que juzga; es traslúcida y no refleja.

De ahí su rigor lógico, y esa feliz ausencia de lo que suele llamarse estilo. Recuérdese, en efecto, algunas definiciones que del estilo se ha dado. Desde la conocidísima, el estilo es el hombre, pasando por la igualmente vaga, el estilo es el alma, hasta una última, el estilo es la emotividad, todas, al acentuar su procedencia subjetiva, radican su naturaleza esencial en algo que, de por sí, es inefable, objeto más de experiencia que de ciencia y, por ende, no suceptible de definición. Lo cual no implica, por cierto, negar que, como el tono a la voz, el estilo, así considerado, sea algo real, algo que suela, imperceptiblemente, colarse en la expresión escrita. No; lo que aquí se dice es simplemente, que mal podrá lograrse una definición del estilo si se le considera como arraigando, únicamente, en la subjetividad de su hacedor (1).

Pero hay otro estilo, un estilo que está detrás y no antes de la expresión pura y simple de las ideas, y que determina como una cualidad a la cosa expresada. De ese estilo, al que podría definírsele como la armonía causada por la justa trabazón de las ideas en el discurso, la

(1) Para evitar un equívoco al lector, es bueno decir que en esta reseña se habla, únicamente, del estilo en la expresión de ideas agrupadas alrededor de un tema. No se refiere, pues, ni al estilo de la creación poética, ni aun al de la pura invención en prosa. Pero ocurre, y eso es lo curioso, que esta virtud de estilo sólo se aplica, en el lenguaje corriente, a aquellas obras cuya finalidad primordial es la comunicación por las ideas. No se habla, en efecto, del estilo de un poema, ni tampoco, y en cuanto tal, del de una novela, y sí, en cambio, del de un ensayo o del de una página de crítica.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

obras de Lugones rebosa. Estilo difícil, pues. Estilo para el que no valen las influencias literarias ni las modas retóricas, y que es, juntamente, signo de auténtico escritor y de clásico espíritu. Porque, en efecto, qué es un escritor, sino un hombre vocacionalmente dotado para expresarse y en el cual, cuanto más puro es el don, cuanto más libre de la faramalla del temperamento, mayor es la virtud expansiva, más universal el alcance de su palabra. Podría objetarse, sin embargo, diciendo que, generalmente, ocurre lo contrario y que a una mayor mistificación retórica, suele corresponder mayor notoriedad, mayor difusión literaria. Mas en todo caso esa comprobación sólo vale como prueba de una inteligencia disminuída y de su desoladora incapacidad para trascender las más superficiales emociones. Por eso esta disgresión no sería, quizás, vana, si, al destacar en la prosa de Lugones la superioridad de aquel estilo que pertenece al discurso hecho, sobre el otro, que es como la marca de su procedencia particular, explicara la relativa falta de difusión de una obra tan compenetrada, sin embargo, de su designio social como la Lugoniana. Deficiencia, pues, no suya sino de sus destinatarios. Pero de todos modos, y a pesar de ellos, esa ínsita veracidad de su don expresivo, valdrá siempre en su obra como inapreciable muestra de aquella exigencia de encarnar nuestro pensamiento en una lengua de cultura, de que hablaba Unamuno.

Antes de reseñar el contenido del libro del epígrafe, conviene detenerse en la consideración de su naturaleza. El Roca de Lugones, como relato de la vida de un personaje histórico se ubica en el extremo opuesto al de las biografías en boga, llamadas biografías noveladas. Designación exacta, ya que sólo son especie de un género más amplio, la novela; novelas con un solo personaje. Como éstas, las biografías noveladas muévense en un ámbito puramente psicológico. Circunscriptas a la consideración de lo que en su personaje es más efímero y mudable, deberán, por lógica consecuencia, destacar como más valedero los "tics" de su sensibilidad que sus actos de hombre.

En el libro de Lugones ninguna preocupación de esa especie cabe. Sólo busca en su personaje —y por el hecho de merecer que su vida sea contada, ha de tenerlo— aquello que le comunica con lo que está por debajo y por encima de su epidermis psicológica, con el hombre universal. Para decirlo con palabras autorizadas "trata de encontrar en el hombre su inmutabilidad de tal, en tanto que inmutabilidad de su ser, es decir que por más diferencias que existan de hombre a hombre en el espacio y en el tiempo, ellas permanecerán infinitamente menores que la esencial igualdad de hombre a hombre" (2). Pero el mismo Lugones, en otros términos, se encarga de decírnoslo cuando afirma en la pág. 147: "Sí (precisamente por aquello) "no hay grande hombre para

(2) THEODOR HAECKER: Virgile Pere de L'Occident. D. de Brouwer. 1935.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

su ayuda de cámara", rebajará la historia quien la escriba con criterio de lacayo. La historia es un arte y el arte un señorío. Nunca hay belleza en la vulgaridad, con lo que es de necio su consideración estética".

En cuanto al contenido mismo del libro que nos ocupa, sabida es su condición trunca. Interrumpido al promediar el capítulo IX, por la muerte del gran poeta, la parte publicada llega, apenas, hasta la campaña del Desierto, cuya acción relata. Todo el largo período del reinado político de Roca —nuestra "era victoriana"— queda, pues, nuevamente en la sombra. Y la circunstancia es aún más dolorosa porque en Lugones se daban, parejamente, todas las dotes que un juicio cabal de esa época requiere. Pero no sería justo, que, por discurrir, un tanto inútilmente, sobre lo que pudo ser y no ha sido el libro de Lugones, se oculte al lector, el significado que la parte publicada tiene. Ella ofrece, en efecto, a modo de síntesis coronadora de su especulación política, y sobre algunos temas vitales de nuestra realidad histórica, el juicio maduro y madurado del gran escritor. Así en los capítulos I y II —Los Constructores y el Hogar Hidalgo— al exaltar el valor heroico de la conquista española, muestra cómo su espíritu —naturalmente latino y sobrenaturalmente cristiano— se encarna y da su fruto adecuado en la sociedad colonial, y cómo, por ese mismo acto y para siempre, márcase el sentido de nuestro vivir histórico.

Pero escuchemos al propio Lugones. En la página 55 dice: "De este modo, pues, no hay civilización completa sin latinidad; o mejor dicho, la civilización es cosa romana como la ciudadanía de idéntico sentido esencial; y por lo mismo, también, el cristianismo perfecto es el católico romano", luego un poco más adelante, en la página 56: "Cobra, así, una trascendencia evidente el hecho de que fuese España, campeón del catolicismo, quien conquistara estos países para incorporarlos a la Cristiandad, formándolos por consiguiente en el heroísmo y en la fe de su inspiración militante. Categoría histórica más alta aún, según lo dicho, si se considera que siendo España, por la sangre, tan arábiga y hebrea a la vez, era completamente latina por la fe y el idioma que constituyen los valores esenciales del alma; pues, con ello, vuelve a verse que es el espíritu lo que forma al hombre y al pueblo, y no la raza o materia biológica, y menos, la territorial o climatérica. Pero, más todavía, ninguna de las naciones pertenecientes a la latinidad fué tan romana como aquélla, y bastan para comprobarlo, tres elementos fundamentales de su índole: el idioma, superior en la prosa, con temple y decoro análogos a los de aquel verbo imperial, también mejor, por lo más genuino, que los metros de la retórica helenizante; el derecho precristianizado, diré así, en la noción estoica del "Género humano", que, al soplo ya providencial del Evangelio, inspiraría con santo amor de justicia la legislación promovida por Victoria y Las Casas; y el heroísmo

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

caracterizado por la estupenda constancia, zócalo de granito con que en su propia cordura, daba apoyo la empresa al arrebato quimérico que no era sino la negación de lo imposible, como hachón precursor descabellado en llamaradas. Pues lo asombroso de la Conquista estuvo en que excedió los modelos ya sobrehumanos de su propósito: romances caballerescos y leyendas de santidad. Así con Alvar Núñez, Pizarro, Cortés, Francisco Solano, Ruiz de Montoya..."

Esta afirmación de la Conquista Española tiene en boca de Lugones, un particular significado. Es Ramiro de Maeztu quien recuerda, en su Defensa de la Hispanidad, que Lugones era poco afecto a la retórica hispanófila. De ahí que ese reconocimiento postrero del gran escritor, sea doblemente valioso: por venir de quien viene y por no haber tenido —aquel hecho histórico— otro título para imponérsele, que el de su sola evidencia.

En cuanto al tema central del libro —la personalidad de Roca—, sólo diremos —porque detenerse en un análisis detallado extendería excesivamente esta nota— que Lugones, al iluminar simultáneamente la personalidad de su biografiado y su contorno histórico, su figura y el paisaje que la enmarca, ha querido, con mengua de la nitidez de los trazos psicológicos de la primera —mengua que nada mengua, según se dijo más arriba—, pero con evidente ventaja para la cabal comprensión —y era eso lo que interesaba— de su significado político, ha querido, decimos, destacar las fuertes raíces que la unían —y que dan también, razón de muchos rasgos de su carácter— con la recia armazón espiritual de la colonia, que si estaba ya agrietada por el vendaval del liberalismo, mantenía aún vivos, algunos destellos de la gran tradición cultural cristiana.

Publicado por la Comisión Nacional Monumento al Tte. Gral. Julio A. Roca, el libro está precedido de un prólogo del doctor Octavio R. Amadeo, en el que estudia, sucesivamente, la personalidad del poeta, el libro que prologa y, limitada a una enumeración de los hechos, la parte de la vida de Roca no alcanzada por Lugones. — *MAXIMO ETCHECOPAR.*

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

POEMA DE LA BESTIA Y EL ANGEL, por José María Pemán. Jerarquía, Zaragoza, 1938.

Es fácil, demasiado fácil, convencer al mundo de la prosperidad material de una nación. Puede hacerlo un economista mediante la difusión internacional de estadísticas espectaculares. La estadística es el sucedáneo moderno del cantar de gesta. El mundo antiguo se ocupaba de enaltecer las virtudes de un pueblo tomando como tipo a un héroe que resumía esas virtudes. El mundo moderno se contenta con enaltecer las costumbres —buenas o malas— de la multitud destacando el número de cepillos de dientes que esa multitud gasta o el número de toneladas de carne que consume o el número de enfermos venéreos que contiene. El héroe —el antiindividuo— ha desaparecido para ceder su lugar al individuo. Decir la gloria de un héroe es siempre una empresa difícil. Decir la gloria de una multitud de héroes es casi una empresa sobrehumana. Es la empresa que ha cumplido Pemán en su "Poema de la Bestia y el Angel".

España es, afortunadamente, un fracaso en materia de estadísticas interesadas, como un santo es un fracaso en materia de depósitos bancarios y Grecia era un fracaso en materia de alfabetismo popular. España ha nacido para cosas más altas que la hidropesía económica o el gigantismo industrial. Nació en la tierra más rica de Europa, ganó la tierra más rica del mundo, y se gastó su fortuna en las empresas menos lucrativas desde el punto de vista de la utilidad nacional, en el derroche del oro y en el derroche de la sangre, en la caridad y en el heroísmo, en la aventura de la Cruz y en la aventura de la espada. La Cruz y la espada son en España las dos expresiones de un mismo signo: el signo de la Cruz, por el cual España pelea y se sacrifica como quien pelea para salvar su vida y como quien se sacrifica para salvar su alma. España vive de conquista en conquista y de reconquista en reconquista. Porque posee un destino cuya cifra es la Cruz, su conquista tiene el esplendor justiciero de la reconquista y su reconquista tiene el entusiasmo nuevo y aventurero de la conquista. Ella conquistó a América para reconquistarla para Dios —porque América le pertenecía como cosa creada por El— y reconquistó otra vez a España para reconquistar a Dios —porque Dios pertenecía a España—.

José María Pemán ha realizado el poema de la última aventura española en el lenguaje imperial que exigen las aventuras españolas: lenguaje de palacio y de serranía, de labriego y de cortesano, de vasallo y de emperador; lenguaje donde cada cosa encuentra su nombre propio y definitivo, porque toda España tiene un mismo y único lenguaje espiri-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

tual. Es el lenguaje que sirve para escribir el "Libro de Guisados" y "Las Soledades", el madrigal de los ojos claros y "El Castillo Interior"; el lenguaje limpio y totalitario de Adán y Eva en el Paraíso Terrenal.

Con palabras limpias y totalitarias Pemán nombra y sitúa al bien y al mal y los juzga con ese aparato de alto tribunal de justicia que los españoles adoptan siempre para desempeñarse ante los más grandes y los más pequeños acontecimientos de la vida. Para un hombre de cualquier raza inferior —quiero decir para un hombre de cualquier raza no española— eso se llama solemnidad, en el sentido peyorativo que el manoseo democrático de las solemnidades ha impuesto a la palabra solemnidad. Para cualquier hombre de raza española eso se llama pura y sencillamente seriedad: seriedad en el sentido español, seriedad y no tristeza —que es la traducción protestante de la seriedad—, seriedad española, que consiste en tomar seriamente las cosas —las cosas alegres y las cosas tristes— porque todas llevan al fin último del hombre, que es la cosa más seria de la tierra.

Pemán canta la guerra santa —necesaria por santa— y la canta con palabras triunfales adelantándose al reconocimiento universal del triunfo, de ese triunfo que hoy han reconocido todos los hombres y además los liberales. España había triunfado en el momento de tomar las armas para salvarse, porque el propósito de salvarse significa la salvación; la salvación a costa de su sangre, porque España debía pagar con sangre el precio de dos siglos de olvido del destino español, porque debía pagar con una sangría generosa el precio de dos siglos de digestión.

España, desterrada de sí misma, reconquista a España. Avizora de mares y escaladora de cielos, tiene un poeta de mar y de cielo que escribe su historia, porque la historia de toda grandeza se escribe con nostalgia de cielo y con anhelo de mar. Por eso la historia de España — la historia de la verdadera España— fué escrita siempre por sus poetas. Pemán es el poeta laureado de los juegos florales de muerte y de resurrección con que Dios quiso celebrar la primavera de España: el poeta aplaudido con aplausos de cañones y acariciado por el viento de los robledales. — *IGNACIO B. ANZOATEGUI.*

DON GALAZ EN BUENOS AIRES, por M. Mujica Láinez. Ed. Francisco A. Colombo, 1938.

Manuel Mujica Láinez ha publicado su primer novela. No se diga que Don Galaz de Buenos Aires es una revelación. El precoz de Don Galaz no sorprende: hace años que lo había precedido la temprana pro-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

moción de un escritor. Este libro no podía, pues, cubrir un anonimato con la inusitada abundancia del hallazgo. No podía este libro salir de lo desconocido. En su tersa entrelínea se declaraba el secreto ya a voces de la firma. Aun antes de nacer, Don Galaz tenía su autor y no tenía sino a uno, inconfundible. Y así, por el encuentro cierto del autor, damos con el prestigio del estilo.

¿Qué cosa es el estilo? El natural fluir de un escritor, la imponderable vía por la que nos introduce en su mundo, en lo suyo. Donde hay escritor hay estilo como donde hay humo hay fuego. Pues el estilo es el signo. Un signo formal —precisarían los escolásticos— porque no es nada en sí mismo sino que alude inefablemente. Y el estilo alude al escritor cuanto el escritor alude al hombre. De ahí la humanidad del estilo y de ahí también su sutileza (nada más sutil que el signo).

El estilo sólo debe referir al escritor. Un estilo que no nos haga sentir al escritor, que sea puro forjarse por sí mismo, que cierre tras de sí sin estelas, que tenga propia substancia, un estilo *a sé* es un signo rebelde que no quiere servir y devora, es lo monstruoso. El estilo por el estilo es una aberración, un pecado contra la inteligencia, un angelismo literario. No hay estilos puros porque no hay objetividad en el estilo. Ese no se qué del escritor (que es el estilo) es todo subjetivo. Y está siempre en actitud filial hacia él. Cuando un estilo de tan acicalado, distrae por sus ornatos y ya no comunica con el hombre, adviene falazmente lo artificial y lo falso. De este crimen de lesa humanidad en la expresión artística existe un caso famoso en la literatura. El caso de Flaubert tiene mucho de mitológico. Flaubert pretendió lo inhumano, quiso decir como un semidios, pluscuamperfectamente, y de veras lo consiguió, pero en un olimpo de opera, sin poesía. Flaubert introdujo la opera en la literatura así como Víctor Hugo introdujo la oratoria. Por eso Flaubert no interesa a nadie aunque todo el mundo recuerde el trabajo mítico (Flaubert es un Saturno devorado por sus hijos: Flaubert o la revancha de los hijos de Saturno), que le diera escribir la mejor y la más italiana de las óperas: su "Salammbó" (1). Claro que se explica el empeño que ponía Unamuno en puntear sus frases cuando le salían redondas. Precisamente en Unamuno —que como ejemplo lleva la ventaja de ser actual y de estar tan cerca nuestro— el estilo no es una preocupación sino una expresión. En Unamuno, el estilo se subordina al hombre y lejos de avasallar, es vasallo. A fuerza de ser suyo y de ser imponderable, no tenía estilo el estilo de Unamuno. En Unamuno, el estilo era como una urgencia imperiosa de decir, no era ni más ni menos que Unamuno. He ahí su clima humano y su genio clásico. Pues lo clásico es esta siempre natural, en el hombre, inclinación hacia lo auténtico. Por eso la verdad es clásica.

(1) Víctor Hugo interesa un poco más porque manejaba ideas. (Flaubert no era demagogo).

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Las consideraciones que apuntamos sobre lo que pudiera llamarse la verosimilitud del estilo son aquí pertinentes en cuanto llevan un asterisco aplicado a Mujica Láinez. Dijimos de su categoría al llamarlo primeramente, escritor. Pues, en efecto, Mujica Láinez maneja con pródiga facilidad su verbo literario, verbo cuya sola posesión ya es tan difícil. Su maestría a cada exigencia de la imagen urde celadas por donde el deslumbrado lector se entrega al dominio de esa rara destreza que solamente exhiben los artistas natos. Dotado de hecho de expresión artística, por leal y responsable perseverancia Mujica Láinez ha sabido responder al llamado espontáneo de la vocación y así logró, con la justeza del idioma —que nunca es gratuita— salvarse de la esterilidad y dar forma feliz a su inquietud. Real artista, Mujica Láinez conoce ahora los dorados aguijones de la tentación muy literaria del estilo, particularmente poderosa en los escritores de habla española porque se disimula tras el castizo estandarte gongorino. Pero en Góngora es monstruoso el escritor y su genio derramado, sólo se recojía en el retorcido recipiente de su verso. Pero el verso de Góngora es humanísimo porque es profundamente suyo, subjetivo. (Góngora es por tanto excepcional y una excepción a la española). Y si el gongorismo es la forma castiza más aguda de la tentación de estilo y hasta posta obligada en el barroco curso de la inspiración, quien no haya sentido alguna vez, como una sed de jitanjáfora, nunca fué, ni será poeta. Y ya, que Mujica Láinez no sea insensible a tal influjo, es de suyo gran indicio de la autenticidad de su llamado vocacional. Mas helo en trance de ser fagocitado por su estilo, sino fuera que su nervioso ingenio y su briosa floración verbal, lo preservaran al fin, de sepultar su humanidad, bajo la remachada arquitectura de sus frases redondas. La tentación muerde en los temperamentos bien dotados. Y además, nos imaginamos lo delicioso que para Mujica Láinez será comprobar el reiterado acierto con que esgrime su fina malla prosódica en complejos juegos malabares. Tal la tentación del tirador de provocar a cada paso duelos. Y ésta, la picardía del juego —picardía que es en él como un humorismo de la sangre— lo alejará, según dijimos, de la pretensión de laborar un estilo demasiado primoroso, lo que a veces, trasluce la cuidada fosforescencia de su prosa.

Presente un escritor, se suscita curiosa expectativa en el corrillo. Mujica Láinez ha suscitado esa expectativa todavía provinciana en nuestro medio. Es difícil hablar de literatura argentina, tan difícil como hablar de historia argentina. En nuestro país, por poco que se escarbe, se tropieza con el fenómeno de la contemporaneidad. Referir una literatura, supone como previa, la existencia de una constelación de valores perdurables. ¿Pues no andaremos en esto también hipotecando el porvenir? En todo caso no es lícito fomentar premeditadamente esa irresponsable e inmodesta afición nacional que consiste en sacar grandes temas de

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

la nada (1). En realidad la literatura argentina tiene la paupérrima gloria de los pueblos felices. Nuestra pretérita literatura se reduce al recuento de dos o tres libros incluídos Facundo y hasta las Memorias del General Paz. El final de siglo —Mármol, Guido Spano, Andrade, etc.— desarrolla un período de ripiosa eufonía, muy victorhuguesco. Estábamos ya hartos de las playas del Plata y de los vuelos del Cóndor cuando apareció el genio ardido de Lugones. Y con Lugones recién aprendemos en lícito modo nuestro a conjugar la lengua y aprendemos —a través de su propia evolución— lo valedero en la noción de la cultura. Y ahora que crece la nueva Argentina se exige de nosotros eludir rastacuerismos, porque nos escuchan algunos espíritus finos. Y puesto que es arriesgado hablar de una literatura argentina, mejor sería empezar con una paradoja —como Borges— y hablar del idioma de los argentinos. Así mediante el localismo se soslaya el mortal parangón, de pretenciosa paridad, con la literatura española a la vez que se señala nuestro aporte léxico a la madre lengua.

En este último sentido, Mujica Láinez se coloca entre los que pueden contribuir. Y con relación a lo nuestro, este es el valor señero de su obra. Ya, pues, nos acercamos a España sin recurrir para nombrarla a las consabidas castañuelas tonadilleras; que Larreta viese los tonos graves de la decoración española era mucho para su generación: el conocimiento empieza por los sentidos; pero Don Ramiro es un romántico un poco a la francesa, según Karl Vossler. Mujica Láinez, también describiendo hidalgos y esmaltando cruces, ha visto —sin decírnoslo— más hondo.

El asunto de Don Galaz trama naturalmente lo americano y lo español —en un solo acento— al ubicar su desarrollo en el Buenos Aires del siglo diecisiete. El autor se ríe del Obispo y se ríe de lo lugareño con prolija ironía. Nos ahorra, de este modo, los mimos marrulleros y los embustes del color local. El villorio, desnudo de piedra, todo suburbio, el puerto de barro y los aledaños de pastizal y sol, se desperezan con sopor asiático en la realidad que describe la novela. Por la engolada austeridad de las costumbres de Indias cojea el achaque colonial. Y el desgalichado y turbio Don Galaz es figura que asume el trágico morbo de esta tierra exhuberante de los ríos, de las selvas y de los indios. Y es que Mujica Láinez sabe que no necesita mentir grandezas para alzar nuestro linaje histórico. Estamos ante un escritor. Este es el mensaje que renueva Galaz. — *MARCELO SANCHEZ SORONDO.*

(1) Hay que vigilar al trópico.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

LA ORGANIZACION DEL ESTADO ARGENTINO EN EL DOGMA SOCIALISTA DE LA ASOCIACION DE MAYO, por Hipólito J. Paz. Ed. "El Ateneo", 1938.

Ya arraiga entre nosotros una corriente de revisión histórica. Representa, claro está, a quienes se resisten a aceptar como definitivos los juicios de una historia elaborada a gusto y conveniencia de un determinado sector de nuestra vida política, en una actitud que no es, por cierto, postura literaria, sino, sencillamente, la única posible en una generación que siente hambre de verdad y de justicia, después de un siglo de inauditas mistificaciones.

Es así que resulta de una tristeza desconsoladora la crónica oficial de nuestra historia. Impopular en su exaltación de minorías ilustradas, es suicida y contraría las exigencias de nuestros orígenes y de nuestro destino con el tono antiespañol de que se la informa. Como escrita por Alberdi, que juzgaba "manía ridícula y aciaga" el heroísmo, la historia de un país fundado por la espada encumbra desproporcionadamente la figura de próceres civiles y disimula en lo posible las virtudes guerreras de sus varones ilustres. Y cuando debe enfrentar el hecho rosista —veinte años de vida argentina— o procura ignorarlo, por "bárbaro y oscurantista", o lo somete al juicio inhábil, por parcial, de quienes fueron parte en el drama más tremendo de la vida nacional. ¿Y qué decir, por fin, de lo fría y mecánica que resulta de tal modo su enseñanza, ya que no inspira amor a nada, porque nada dice a la tradición y al espíritu genuino de nuestro pueblo, y sólo hace estribillo de los eternos lugares comunes de libertad, progreso y civilización?

El relato divulgado en nuestros textos escolares es una penosa liquidación de todo lo que en el pasado nos hizo grandes y nos dió una categoría entre los pueblos del mundo. Poco tiene que ver, pues, con nuestra verdadera historia y es natural que sus fallos —inapelables para comodidad de algunos—no hagan cosa juzgada para los argentinos de hoy.

Responde entonces a una exigencia ineludible la revisión iniciada. Pero la responsabilidad que se contrae es grande e impone, por consiguiente, una crítica histórica singularmente desapasionada, veraz y humana. Necesario será, por ejemplo, superar el fácil criterio que condena por traidora, en bloque y sin reservas, a la facción unitaria. Aparte de reducir a términos muy simples una cuestión tan compleja, no es lícito ni honesto prescindir del ambiente y del espíritu de una época, ni mucho menos suponer en varias generaciones de argentinos sentimientos bajos

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

y ruines para su patria. No se trata de obtener un desquite ni de actualizar divisiones feliz y definitivamente extinguidas. Restaurar la verdad es lo que importa y lo que el país exige, y esa tarea sólo requiere árbitros inspirados por la sencilla y difícil virtud de la justicia.

Son numerosos ya los libros y ensayos que inician este proceso. El año pasado Ricardo Font Ezcurra publicó "La Unidad Nacional", documentado, serio y vigoroso estudio, de tan extraordinario y merecido eco. Ahora es Hipólito Paz, que nos proporciona un interesante trabajo sobre el Dogma Socialista de Esteban Echeverría.

Sabido es la singular importancia del Dogma en nuestra literatura política y su trascendencia en la organización nacional. Junto con las Bases constituyen los pilares doctrinales de nuestro estatuto político y son fiel reflejo de la falsa y postiza cultura de la generación de esa época.

Echeverría, con Alberdi, Juan María Gutérrez y otros, integró el grupo del Salón Literario y después de la Asociación de Mayo, representativo y de influencia en una sociedad juguete de la moda intelectual. Saturados de romanticismo y deslumbrados por las luces de una Francia que traicionaba su vocación, tuvieron la peregrina idea de traducir a lo político todo el rococó de sus inquietudes espirituales. De ese ambiente y de ese mal paso nació el Dogma Socialista.

No es tarea fácil analizar el pensamiento de la Asociación de Mayo. Resulta casi imposible descubrir en el Dogma una idea central coordinadora y son demasiado frecuentes las contradicciones que dificultan la labor del intérprete.

El autor se propone desentrañar el sentido y el alcance de la teoría de Echeverría y para ello procura explicar el significado y el por qué de esas contradicciones, a las que atribuye con acierto todo el valor de un síntoma. Una y varias veces, a través de los diversos capítulos que comprende el trabajo, subraya como juicio fundamental de su exégesis el que la generación de entonces "vivió en perpetua oposición con su época y su medio". El rudo contraste entre sus conceptos teóricos e importados, por una parte, y la cruda realidad del cuerpo social sobre el que pretendían operar, por la otra, explican acabadamente la inseguridad doctrinaria que pone de relieve.

El ensayo esquematiza su labor analizando el Dogma en sus juicios sobre la soberanía y el sufragio; considera después la posición del grupo frente a unitarios y federales y sitúa el municipio en la teoría de Echeverría como núcleo generador de la organización nacional. En la última parte comenta su punto de vista en lo que respecta a la división de las funciones del Estado.

Si en cada uno de estos casos el estudio de Paz va exhibiendo la confusión de ideas del autor de "La Cautiva", ello se acentúa al considerar el problema de unitarios y federales, que los jóvenes de la Asociación de Mayo imaginaban soluble mediante sencillas convenciones.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

"Trazando arabescos en el papel —dice— pretenden encontrar la solución al problema vital del país en una transacción muy cómoda, muy fácil de traducir en ensayos literarios de discutible buen gusto, pero — y esto es lo importante— que las circunstancias rechazaban. No advirtieron la difícil misión que la historia había asignado a Rosas, "porque era necesario que uno de los dos partidos contendientes desapareciera", como lo había dicho San Martín al alejarse".

Muy saludables y oportunas son las reflexiones contenidas en los capítulos de la soberanía y las funciones del Estado y en especial las que se refieren a la teoría del sufragio expuesta en el Dogma.

Este trabajo cumple, pues, un señalado servicio al divulgar los gruesos errores de una obra clásica de nuestra literatura política y de tan desgraciada influencia en la vida institucional del país. Sus juicios son representativos del espíritu que une y anima a un núcleo de juventud argentina; espíritu bien distinto, por cierto, del que presidía las reuniones del Salón Literario y a quien no conmueve, precisamente, lo que arrancaba lágrimas de los inquietos y románticos jóvenes de entonces.

Quizás no hiciera feliz a Echeverría comprobar qué poco ha perdurado su ideario y qué abismo lo separa de la inteligencia argentina de estos días. Forzoso le sería constatar que nada dicen ya los Derechos del Hombre ni a nadie inmuta ahora la diosa Razón. Y debería advertir, probablemente absorto, que el lenguaje escéptico del Dogma suena con tañer de moribundo para una generación responsable que abraza alegremente la Verdad y procura servirla con estilo y austeridad castrense.

La seriedad de la investigación, lo didáctico y riguroso del método y la serena objetividad de sus juicios caracterizan este excelente ensayo, al que sirvió de base un estudio llevado a cabo en el Seminario de Derecho Político de la Facultad de Derecho. La Institución Mitre le otorgó el año pasado el primer premio de Humanidades. — *ENRIQUE PEARSON.*

IDEA DE LA HISPANIDAD, por Manuel García Morente (Espasa - Calpe, 1938)

"Estas conferencias no son otra cosa que un esfuerzo para apresar, en palabras y en conceptos, algo, al menos, de esa impalpable esencia que venimos llamando la hispanidad". En esta forma Manuel García Morente sintetiza el tema de sus dos conferencias pronunciadas en "Ami-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

gos del Arte" y publicadas luego en un pequeño volumen por la editorial Espasa - Calpe.

Ya Maeztu —entre otros— nos había dado una magnífica apología de la hispanidad, pero García Morente, que es filósofo y que por lo tanto se mueve en el campo sutil de las primeras causas, busca pintarnos la esencia misma de esa hispanidad. Pero la hispanidad es algo casi indefinible. ¿Cómo es posible definir una nación? ¿Qué es la nacionalidad? García Morente se plantea en la primera de las conferencias estos interrogantes. Desde un principio nos sitúa en el clima de la hispanidad. Nos muestra a España en medio de cuatro puntos cardinales —o cruciales—de su historia. España custodiando una civilización milenaria y "montando guardia al sur de Europa". Absorbiendo la civilización romana; destruyendo al musulmán; conquistando América al mismo tiempo que consolida su unidad y arma su brazo contra el hereje; evitando cruentamente que Europa caiga en la barbarie comunista. Así la vemos en medio de esos cuatro puntos que sintetizan su historia y que dan sentido a su esencia. Así, descansando infatigablemente sobre la Cruz. Sobre la locura de la Cruz. España sólo se hace inteligible cuando se la mira a través de ese signo incomparable. Y García Morente dice: "La fidelidad al destino no impidió jamás a España el ser fiel a sí misma y a su más íntima esencia". El destino de España es ese precisamente, el de no dejar jamás de ser fiel a sí misma. Y su fidelidad consiste en la caridad de no apartarse de la Cruz de Cristo. Fuera de la Cruz está la perdición. Para España y para cualquier otra nación del mundo, pero para España especialmente porque a ella se le ha dado más y se le exigirá más por lo tanto. A España se le ha concedido el estar encuadrada dentro de aquellos cuatro puntos de que nos habla García Morente y por lo tanto debe responder de ese claro privilegio.

La hispanidad es el estilo de España. Porque la nacionalidad —dice García Morente— es un estilo. Y la nacionalidad de España es su hispanidad. Es difícil definir una nacionalidad, en este caso una hispanidad. García Morente analiza las diversas teorías que se han dado sobre la nacionalidad. Las teorías naturalistas son lógicamente desechadas porque sólo se fundamentan en la materia: raza, sangre, territorio, idioma. Las espiritualistas de Renán y Ortega son insuficientes. García Morente prefiere definir a la nacionalidad como un estilo. "Una nación es un estilo; un estilo de vida colectiva". Pero ¿qué es un estilo? Para nuestro filósofo el estilo es una modalidad que expresa la íntima personalidad del agente y no la realidad objetiva del acto o hecho.

Un estilo no es algo definible. Y no es definible porque no es un ser, sino una modalidad. Es un modo de ser. Por lo tanto la hispanidad, que es un estilo, no es susceptible de definición. Es necesario evocarla ya que tampoco podemos intuírla. Mejor dicho, es necesario significarla,

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

simbolizarla. Un símbolo es aquello que además de su ser tiene la función de evocar algo distinto de él. El símbolo que García Morente va a utilizar para sugerirnos la hispanidad es el "caballero cristiano".

"El Caballero Cristiano" es el tema de la segunda conferencia. Aquí García Morente, como un hábil pintor, nos va delineando las virtudes y las tentaciones del caballero español. Es un símbolo amable en sí mismo, como es amable la rosa, o la nave, o el agua, u otro símbolo semejante. Porque hay símbolos, como los símbolos matemáticos, que en sí mismos no pueden ser gozados. El caballero cristiano es, sin embargo, algo singularmente bello. A través del caballero cristiano vemos la belleza de España. De una España eterna e inconmovible. De una España que es fiel a lo que debe ser o que cae en una nada total y absoluta.

El caballero cristiano es paladín, desfacedor de entuertos, ama a su ser por encima de su haber, puede pecar por orgullo pero no por humillación, desprecia la materia, odia las pluralizaciones, etc., etc. No podemos enumerar todo lo que García Morente enumera. Sería pretender esquematizar algo inesquematizable. El caballero cristiano, como signo, debe captarse totalmente.

García Morente se siente identificado a ese caballero cristiano y a esa hispanidad. Es lo que da a sus palabras un gozozo significado. García Morente perteneció a una generación que vivía al margen del estilo de España. Pero él tuvo la gracia de ver la muerte de lo que daba muerte a la hispanidad y de vivir horas de vida para España. García Morente creyó en los postulados de una filosofía fundamentalmente subjetiva y en una política ordenada a tal filosofía. Vió el fracaso de ambas. Hoy García Morente es fraile mercedario. — *JOSE MARIA DE ESTRADA.*

LE PARTHENON. Contribution a la Clef de Ses Proportions, por Carlos Wappers.

El Sr. Carlos Wappers da a conocer en este libro un hallazgo de excepcional importancia arqueológica: la clave geométrica del Partenón, que afirma haber encontrado.

Es sabido que las proporciones de los templos antiguos y medievales obedecen, por regla general, a figuras y proporciones geométricas, y vienen a ser, así, como una especie de materialización de la armonía matemática.

La búsqueda de la clave geométrica del Partenón ha ocupado a

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

muchísimos especialistas, de cuyos esfuerzos por encontrarla nos da cuenta el Sr. Wappers en la relación sucinta de su prólogo. Varias son, por lo demás, las claves publicadas, pero todas ellas adolecen de inexactitudes demasiado grandes para poder considerarlas verdaderas. El Sr. Wappers ha encontrado, en cambio, una serie de figuras y medidas geométricas cuya aplicación a las proporciones del Partenón resulta tan ajustada que, al entender del autor, e incluso a lo que entiende quien aprecia la cuestión con el solo sentido común, no puede ser sino la guía por la que los constructores del Paternón hallaron la secreta senda para concebir uno de los más hermosos templos de la Antigüedad, el más bello quizás.

Se trata, como se ve, de un trabajo de valor extraordinario. Y hasta diríamos, sin creer con esto descender a consideraciones de alguna puerilidad, que no deja de ser digno de contemplarse desde el punto de vista de la satisfacción de nuestro amor propio nacional, si se tiene en cuenta que el hallazgo de esta clave ha movido a los más avezados especialistas del mundo.

La naturaleza casi puramente científica del libro del Sr. Wappers nos impide entrar en más detalles. El aficionado a estas cosas hallará al leerlo el placer íntimo de la develación de un gran misterio y el de revivir a regla y compás —fruición para el matemático— esta inspiración maravillosa del mundo griego. Sólo nos queda por hacer una pequeña observación. El libro del Sr. Wappers se ciñe estrictamente a un punto de vista matemático. Eso no sería objetable si al hacerlo no dejara él traslucir una excesiva despreocupación por la interpretación mística de los símbolos matemáticos y de todo objeto de conocimiento. No podemos menos que recordar, al leerlo —salvadas las distancias—, la jubilosa explosión del profesor de Química, cuando, al explicar a sus alumnos la puerilidad de las creencias populares relativas a los fuegos fatuos, halla la ocasión de menoscabar el sentido de lo maravilloso. Decir que nada es maravilloso en el mundo porque todo puede ser explicado con arreglo a las cosas habituales, significa contraponer lo habitual a lo maravilloso, con lo cual se incurre, sin duda, en una petición de principio. A nuestro entender, la maravilla del fósforo no desmerece en nada, en cuanto maravilla, a la maravilla de las ánimas en pena, y un igualmente profundo misterio cabe a ambos.

Todo es cuestión de entenderse, porque si por maravilloso se entiende lo que encierra un misterio, nada hay en el mundo que no lo sea, porque nada, ni el fósforo del profesor, se explica por sí mismo, ni aún en sus causas intrínsecas. Resulta, pues, legítimo contestar a los racionalistas, que afirman que todo es vulgar, o que pueda haber algo verdaderamente vulgar, porque algo pueda explicarse inmediatamente de alguna manera (aunque, en realidad, refiriéndolo discursivamente a

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

otro algo siempre misterioso), que todo, incluso las más claras verdades matemáticas están preñadas del misterio del Ser. Aquí viene al caso recordar a César E. Pico: "La familiaridad con las cosas es un obstáculo para su conocimiento profundo, porque tiende a suprimir el sentido del misterio, a desvanecer esa "admiratio" que Aristóteles consideraba como la causa ocasional de la filosofía". — *CARLOS A. BERTACCHINI.*

"TRES ENSAYOS ESPAÑOLES", de Ignacio B. Anzoátegui. Ediciones Sol y Luna. 1939.

Ignacio B. Anzoátegui mira a España con mirada de poeta. Esto quiere decir que el paisaje descripto —la fecunda intensidad de la cultura española revelada en sus hombres— se ofrece en este libro con el preciso contorno que delimita una intuición estética. *Intuición,* decimos, para designar esa estirpe de conocimiento directo que consiste en la captación de una presencia; y *poética,* para determinar el género aludiendo al objeto específico de la percepción, a esa forma *sui generis* —la belleza— que fulgura en la materia contingente; y diferenciada, a su vez, de todo lo que alcanza la sensación o el concepto en sus respectivas funciones. Visión, en este caso, de la realidad española manifestada en la asombrosa grandeza de sus tipos representativos; belleza ecuménica de la España eterna bordada en la trama de su historia y de sus héroes.

El poeta alcanza al ser en una atmósfera opaca para la mirada común. Lo aprehende a través de una cuarta dimensión que resume el espectáculo distinto de la unidad, la bondad y la verdad trascendentales. Esquematiza, valora y contempla al mismo tiempo. Pero su esquema está quintaesenciado; su valoración —en el polo opuesto de Freud y del detallismo inoperante— responde a lo que hay de mejor en el objeto que contempla; su visión, finalmente, consiste en percibir el esplendor del ser, al modo con que se destacan, sobre el abismo nocturno, las estrellas: ígneas y pitagóricas.

Quien —desde una posición subalterna— no advierta la índole propia de la intuición poética, encontrará en la obra de Anzoátegui, en lugar de esquema purificado, simplismo; de valoración ejemplar, antojo; de visión original, ausencia de crítica y discurso. Perdido en el sentido gramatical de la frase, no encontrará su oculta sugerencia. En cambio un artista —Bernárdez— ha dicho de estos ensayos que, mejor que ensayos, debieron denominarse estampas. La palabra propuesta correspon-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

de, en efecto, a un signo que traduce una visión; y tratándose de Anzoátegui, poeta de la armonía visual, el vocablo se ciñe a más estricto significado, porque hace referencia a lo que hay de más característico en la poesía de este autor. Hasta su maravillosa eufonía verbal adquiere, en la prosa y en el verso, una transposición ocular; un resalte del color y de las proporciones plásticas. En esto radica su parentesco literario con Góngora; no en el conceptismo artificioso de este último, del cual Anzoátegui está exento, mas en la fina elegancia que, al deleite de los ojos, añade la armonía auditiva fundiéndose con él en un solo contenido. Así, la lírica de Anzoátegui es una lírica de orfebre. Trasunta optimismo cromático y hasta condiciona el tipo de su "humour".

He aquí lo que no han visto quienes, con fácil e inexacta asimilación, hablan de una influencia chestertoniana en el humorismo de Anzoátegui. El humorismo de Chesterton procede del buen sentido, es decir, de la razón; la poesía, aunque lo acompañe, le es generalmente extrínseca. El humorismo del Anzoátegui dimana de una "visión" poética y, como tal, es ajena al raciocinio; anda frisando la "greguería" y se acerca a la "boutade".

Otras veces las resistencias que la obra de Anzoátegui suscita, provienen de lo que podríamos llamar imperialismo artístico. Todo artista contempla o ejecuta la belleza en el separado recinto de su inconfundible personalidad. De ahí proceden muchas arbitrariedades respecto a la obra ajena cuando ésta no encuadra en el ángulo de la propia perspectiva. El crítico, por el contrario, debe trascender esos linderos que, para el artífice, protegen el fecundo campo de la invención. Por eso resulta abusivo exigir al artista creaciones incompatibles con su auténtica fisonomía espiritual; exigir, v. gr., a Anzoátegui un lirismo de raíces sentimentales o afectivas, cuando no expresiones directamente simbólicas de la armonía metafísica. La sencillez y la frescura de su alma de niño se expresará en él —paradojalmente— con una dimensión gongorina y humorística. Tal es su genuina gloria. Tal su señorío en las marcas latinas de la luz, bajo un cielo sin nubes.

La precedente ubicación de Anzoátegui simplifica la exégesis de sus tres ensayos españoles.

Como se trata de una intuición poética, lo que el autor persigue es, ante todo, una realidad, una presencia. No la presencia de sus personajes, sino la realidad permanente que esos personajes tipifican, es decir, la perdurable gloria de España. Quedará, pues, defraudado el lector que pretenda encontrar, en los ensayos españoles, un estudio de corte académico acerca de Mendoza, de Góngora y de Calixto — ente de fic-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

ción este último. Lo que hay que buscar en este libro es una visión de la España tradicional a través de aquellos tipos simbólicos que la representan. Tipos, no prototipos; porque la exuberante grandeza de España se dejará apreciar mejor en cualquiera de sus innumerables ejemplares que en la selección crítica de los más excelentes. Lo eximio es generalmente excepcional y, desde este ángulo, menos ilustrativo para traducir la esencia de una nación. Aquí, Mendoza no es el mejor héroe de España, ni se pretende tampoco que sea Góngora su poeta antonomásico, ni Calixto el prototipo del amante. Son simplemente el héroe, el poeta y el amante españoles: simples tipificaciones y denominador común. Ni siquiera se ahonda en sus caracteres para delinearlos en sus perfiles individuales. Fuera de preciosas referencias a la poesía de Góngora —explicables por la afinidad de Anzoátegui con el poeta cordobés— y que hacen de la estampa gongorina la mejor de las tres estampas, el autor utiliza sus personajes para, a través de ellos, ver a España. Una España concretada en la silueta colosal de su gesta histórica; estimada en su grandioso sentido de la vida y de la muerte; contemplada en su sobrio decoro, en su belleza católica. Es la gloria militar de la conquista, y la frescura de un arte que, en pleno renacimiento, puede cantar la naturaleza sin obscenidades paganas, y la mordedura del pecado en corazones viriles que no renuncian a la inteligencia y a la fe porque la pasión los arrebate. Es la tarde apacible del renacimiento español en la unidad espiritual del vasto imperio, libre de herejías y desgarraduras escépticas; continuación del humanismo cristiano y no recidiva idolátrica; ímpetu vital derramado por el orbe con absoluto desasimiento por la propia vida; aceptación fecunda de la existencia como un don de Dios y entereza final cabe la muerte.

Esta visión realísima de España la logra Anzoátegui mediante un atisbo penetrante, pleno de sorpresivos aciertos, y más verdadero que el escudriñar psicológico a la moda. Más verdadero que el resentimiento freudiano con sus babosos conatos de explicar lo santo y lo sublime apelando a la concupiscencia y al instinto. Y más verdadero, también, que los minuciosos análisis que, tras el fárrago erudito, pierden de vista el panorama.

¡Magnífica contemplación de un poeta que sabe destacar lo esencial y perdurable y que —escrutadora de símbolos— encuentra más sentido a la leyenda que a la historia! — *CESAR E. PICO.*

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

QUESTIONS DE CONSCIENCE - ESSAIS ET ALLOCUTIONS, por Jacques Maritain. París, 1938.

El libro aparece en la colección "Questions Disputées" que dirige el autor. La multiplicidad de los temas tratados pudiera dejar una primera impresión de libro sin unidad lograda o de publicación prematura.

No es así; tiene una y muy honda. Sus dos partes son: cinco cuestiones resueltas en cinco ensayos y seis alocuciones alrededor de los mismos temas.

Maritain es un filósofo a quien los acontecimientos anticristianos de hoy hacen sufrir enormemente a causa de su sincero amor a la verdad sin reticencias y a pesar del sufrimiento que esa adhesión incondicional implica, sobre todo para el hombre de mundo.

Su libro es un libro torturado y torturante; porque dentro de sus preocupaciones especulativas viven los temas viales para una existencia dignamente cristiana y humana, individual y colectivamente considerada. Es un libro en que su autor da testimonio sincero y valiente contra todas las claudicaciones y confusiones anticristianas.

Esos seis temas son:

Primero: las fuerzas naturales desplegadas en las civilizaciones y las fuerzas sobrenaturales desplegadas en la Iglesia. El problema es ver cómo lograr que esa "fuerza sobrenatural informe nuestro mundo histórico de hoy" tan falto de forma, parte en vías de disolución, parte agitado por unos heroicos deseos de integración espiritual.

Segundo: hay en el mundo natural una lucha contra lo sobrenatural, cuyo agente de estimulación es el pueblo judío, con la indudable complicidad de los cristianos. Maritain trata de definir cuál es la lucha espiritual contra el espíritu judaico y cuál el antisemitismo imposible de practicar por cristianos o por hombres. Toda violación de los derechos y principios naturales, aun bajo pretexto de la defensa natural, es antinatural y, por lo mismo, intrínsecamente malo e inhumano.

Tercero: las actividades mundanas se entrecruzan; el tema es jerarquizar los valores de la acción y la contemplación. La posición de Maritain, es la que no puede sustancialmente variarse: la primacía del Logos sobre el Ethos. "El activismo occidental bien pudiera ser una forma degenerada, emocionante aun en su agonía y desdicha, de un sentimiento incomparablemente verdadero de la vida y los valores humanos, y de un sentido o de un instinto de la contemplación misma, concorde con las más profundas exigencias de la realidad espiritual". (Págs. 95-96).

Cuarto: para los cristianos, la acción tiene una forma específica, del cristiano en cuanto cristiano, a saber, la Acción Católica. Y el problema

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

es que el mismo hombre tiene, en cuanto ciudadano, la acción política.

Quinto: el cristiano para cumplir su misión fermentativa en un mundo que lucha contra el orden sobrenatural, necesita la libertad que respete la dignidad de la persona. Ello no se concibe sin un desplazamiento del mundo hacia el amor de caridad, en que los hombres se reconocen como hijos de un mismo Padre y llamados a una misma vocación.

Esta profunda unidad tiene el libro de Maritain, que se preocupa sin miopía de la suerte del mundo, porque se interesa, por obligación y por amor, en la gloria de Dios, como es esencial a todo hombre cristiano. No es libro para lectores que miran los acontecimientos en un solo acto de ser; pero sí para los que buscan prever y encauzar sus posibilidades y derivaciones. Maritain juzga los hechos por el viejo refrán: "Bonum ex integra causa; malum ex quocumque defectu". — *JUAN R. SEPICH.*

DESPLEGADO

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS BIBLIOTECA BUENOS AIRES

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

L U N A

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Sennores e amigos quantos aquí seedes:
Mercet pido a todos por la ley que tenedes
De sendos "pater nostres" que me vos ayudedes;
A mí faredes algo, vos nada non perdredes.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

TERMINOSE DE
IMPRIMIR EN BUENOS AIRES,
EL 6 DE JUNIO DE 1939
POR FRANCISCO A. COLOMBO,
HORTIGUERA 552.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

EDICIONES

SOL Y LUNA

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

IGNACIO B. ANZOÁTEGUI

TRES ENSAYOS ESPAÑOLES

MENDOZA O EL HÉROE
GÓNGORA O EL POETA
CALIXTO O EL AMANTE

SOL Y LUNA
1938

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

PAUL CLAUDEL

HIMNO AL SANTISIMO SACRAMENTO

TRADUCCION DE OSVALDO HORACIO DONDO

SOL Y LUNA ✣ BUENOS AIRES

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

LEOPOLDO MARECHAL

DESCENSO Y ASCENSO

DEL ALMA POR LA BELLEZA

SOL Y LUNA ✣ BUENOS AIRES

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

en prensa:

HENRI MASSIS

JEFES

Las dictaduras y nosotros.
Conversaciones con Mussolini, Salazar y Franco.
La conquista hitleriana.
La guerra religiosa del III Reich.
Hitler en Roma.

Traducción del francés por ISIDORO GARCIA SANTILLAN
Prólogo de CESAR E. PICO

ETIENNE-GILSON

La Filosofía Medieval

De Scoto Erígena a Guillermo de Occam

TARDIFF DE MOIDREY

"El Libro de Ruth"

Personne depuis les grands siècles chrétiens, si l'on excepte Bossuet, n'avait si profondément, je ne dis pas compris, mais habité et vécu les Livres Saints. Personne ne les avait conferés et interprétés avec tant de piété et d'une intelligence qu'il serait plus juste d'appeler "génie".

PAUL CLAUDEL

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

SOL Y LUNA

DIRECTORES

Ignacio B. Anzoátegui *Juan Carlos Goyeneche*

SECRETARIO DE REDACCION

José María de Estrada

SUBSCRIPCION ANUAL:

Para el interior y República Oriental del Uruguay . . $ 8.—

Para el exterior . . . . . „ 10.—

Precio de un ejemplar $ 2.—

ADMINISTRACION:

PUEYRREDON 1777 BUENOS AIRES

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar